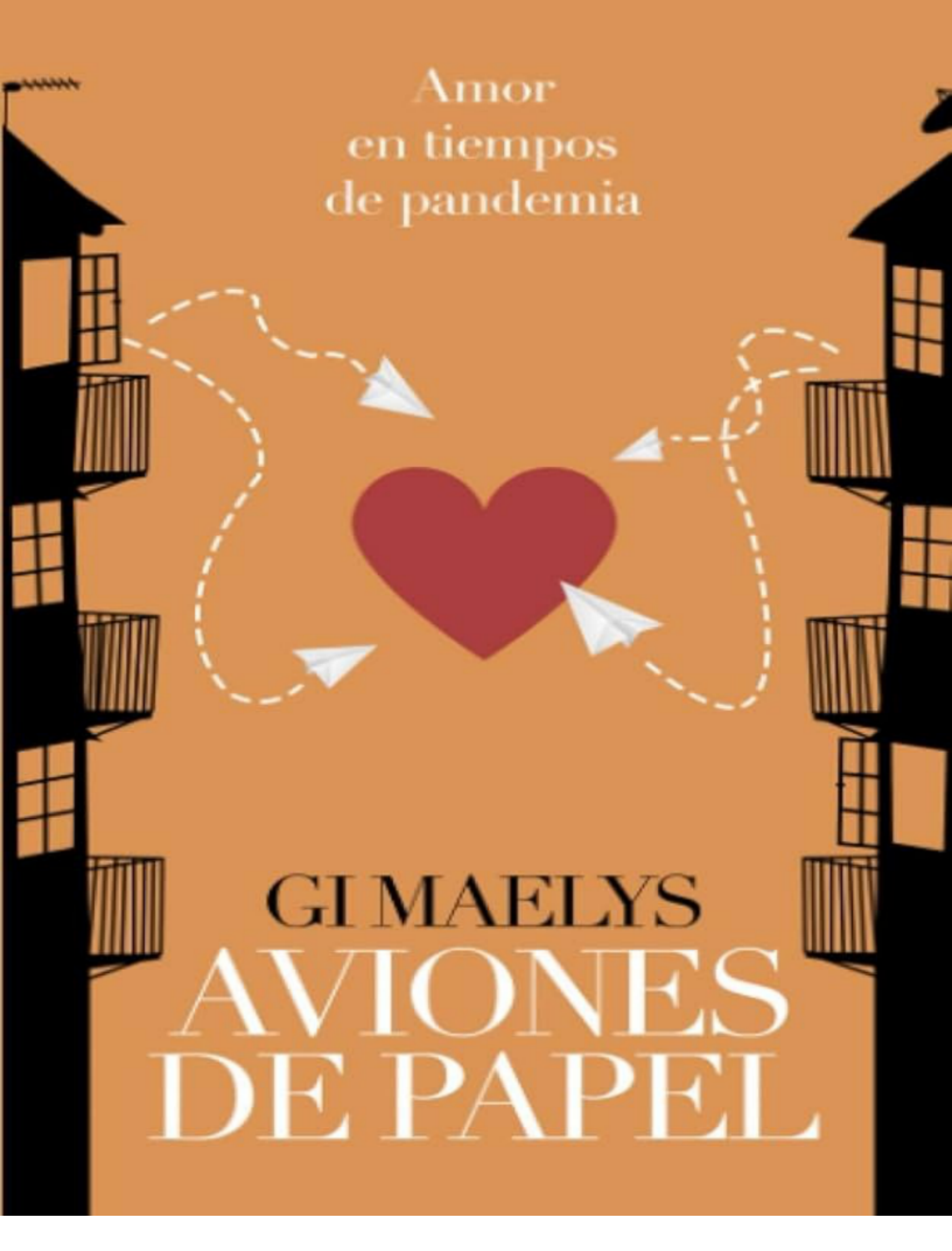

Amor
en tiempos
de pandemia
GI MAELYS
AVIONES
DE PAPEL

AVIONES DE PAPEL

AMOR EN TIEMPOS DE PANDEMIA

GI MAELYS

Portada realizada por Pedro Trancón
Correcciones, Ana Vacarasu

En honor a todos los que merecen ser recordados y a los que perdimos durante este año tan caótico.

Ven a romper las ventanas,

y hacer del caos un arte.

—Love of Lesbian

(2009. Voy a romper las ventanas)

I

EN LOS BALCONES

1

El mundo cambió demasiado rápido cuando se decretó el estado de alarma en cada país, por un virus que a la mayoría de las personas las tomó por sorpresa. Hacía días que Nazli Lebel se encontraba confinada en su departamento. Con mucho por hacer y nada a la vez, decidió salir al balcón a tomar un respiro. Sus vecinos solían hacerlo con regularidad. En tan poco tiempo se empezaba a extrañar el mundo exterior. A veces parecía una situación de película, con nadie circulando por las calles, con los reporteros casi intentando maquillar la realidad.

Por los medios de comunicación, pronto se supo que se debía evitar el contacto con el resto de las personas para evitar contagiarse. No es que fuera una enfermedad extremadamente mortal, el problema era que, si toda la población se enfermaba, el sistema sanitario iba a colapsar. Era una nueva enfermedad en la que cualquier decisión iba a tomarse prácticamente a ciegas. Se anunciaba que era como una gripe más, aunque con síntomas más agudos y de mayor riesgo en personas de avanzada edad. Si se quería cuidar de ellos y de todos, había que guardar la distancia. Esto se fue entendiendo por la mayoría de las personas al paso de los días. Era complicado hacer que la población estuviera dispuesta a abandonar su vida anterior al virus y cambiar lo que venían haciendo desde casi el primer día de su existencia. Resultaba difícil hacerles comprender a las personas que, si se mantenían confinadas, podían cuidar a otros. Algunos simplemente optaban por hacer caso omiso, dando cuenta de lo inhumanos y egoístas que podemos llegar a ser como especie.

A Nazli, al principio le pareció que no iba a durar mucho, quizá otros tantos pensaron lo mismo. No estaba sola. Compartía la experiencia con millones de personas alrededor del mundo. Quizá, fuera eso lo que pronto le hizo vivir una historia poco común y algo inimaginable.

El mundo ya lo estaba siendo, se estaba viviendo un hecho histórico y al paso de los días, podría constatarse al cien por ciento que, en efecto, la realidad supera la ficción, tanto que no sería necesario lanzar una nueva temporada de *Black Mirror*, ni siquiera esperar por ella. La humanidad pronto la estaría vivido en carne propia, quizá llegando al punto de implorar por piedad y por despertar del sueño colectivo que, al pasar de lo días, comenzaría a percibirse eterno.

Un día, al inicio del confinamiento, encontró una hoja con dobleces

sobre el piso de su balcón, no imaginó lo que vendría más tarde. Le pareció extraño al no visualizar a nadie afuera. A veces, la situación le daba miedo. En donde antes solía haber ruido, risas, gritos y fiesta, ahora solo había silencio.

Antes de tomar la hoja se dispuso a mirar con atención a su alrededor. Buscaba algún indicio que le hiciera saber quién le había arrojado un avión de papel, en cuya ala se veía escrito: LÉEME.

Se sintió como la persona que encuentra algo que no es suyo y espera a que alguien más lo reclame, aunque no hizo falta esperar mucho, lo cogió al cabo de unos segundos y sin mirar atrás, volvió al interior de su departamento.

Era una chica curiosa, le encantaba ser sorprendida y esta parecía ser una de esas ocasiones en las que algo bueno podía surgir. Ilusionarse un poco cuando el mundo parecía ser un caos, era ideal para evitar caer en la ansiedad, la soledad y la desesperación, sobre todo por no poder conectar físicamente con otros. Podía parecer una locura, pero el gesto le hacía mucha ilusión.

Era un escrito extraño en medio del caos, la tecnología, el pánico, el confinamiento y el virus. Para ella la carta representaba un momento de fraternidad, vamos que, con todos recluidos en sus departamentos, era imposible no volverse loco. «En tiempos como estos buscamos conexión. Luchamos contra nuestro instinto por mantener la cercanía, la comunicación y la socialización a la que tanto estamos acostumbrados», pensó cuando desdobló la hoja.

Sonrió un poco. Se encontraba sentada sobre el colchón de la cama, con las piernas cruzadas. En otro momento se habría encontrado en la misma posición viendo alguna serie en Netflix.

El escrito tenía una caligrafía al estilo libre, poco cuidada, pero con una redacción interesante. Tenía mucho que decir, eso era seguro. Por la letra, pudo deducir que el remitente era un hombre.

En algún lugar del mundo, 18 de marzo de 2020

Hola…

¿Has leído esas historias en donde el amor se encuentra en el momento más inesperado? Tenía una amiga que solía hablarme de esas cosas, y digo tenía porque hace tiempo que… bueno… podrás intuirlo. No, no era mi novia. Esto me hace pensar en todas esas personas que, durante esta pesadilla, van a terminar conociendo al amor de su vida. ¿No te parece de novela? Sería de locos. ¡Este confinamiento es una locura!

Extraño el mundo de antes, que, aunque no era muy bueno, podía soportarlo. Imagina lo que vendrá después. Esto apenas ha iniciado

y parece que nos lo tomamos con gracia. Cuando transcurra una semana, dos o tres… ¿tú aguantarás? ¿Cuál es tu plan? Yo he decidido enviarte cartas. Al carajo ¿y si la vida se termina mañana?…

Me he pasado, lo sé. El mundo no se va a terminar mañana.

Cuídate.

Quienquiera que le hubiera enviado la carta debía estarse volviendo loco. Nazli se sorprendió, no supo qué pensar. El mensaje era claro e ignoraba quién había decidido confiarle sus tan profundos pensamientos.

«No es una persona que necesite respuestas —se dijo—. De lo contrario, habría añadido su nombre o algún número telefónico. Quizá solo es una broma», pensó, aunque las palabras sobre la hoja le decían lo contrario.

Se sintió ilusionada y por tan solo un momento, pudo olvidarse de las noticias sobre la propagación del virus que la OMS había declarado una pandemia.

Suspiró mientras echaba a volar su imaginación. También sonrió como una tonta, aunque no fue consciente de esto último. ¿Qué podía representar para ella? No quería que representara nada. Después de lo de Marty, no había vuelto a salir con nadie más. Durante largo tiempo se convenció de que el amor no existía y aunque no lo quisiera admitir, muy en fondo de su ser, tenía miedo a enamorarse. Didiane, su mejor amiga, intentó convencerla de lo contrario, la llevo a fiestas, le presentó algunos amigos y la animó a salir con ellos, pero no consiguió hacerla cambiar de opinión. Se excusó en el trabajo y en su falta de tiempo e interés por conocer a alguien. Decía que ya llegaría el momento y que cuando lo hiciese, ella sería la primera en enterarse. Y así, siempre consiguió darle largas. Le atormentaba pensar en las rupturas y en el dolor que podía ocasionarle. En pocas palabras, no quería hacerse ilusiones, razón principal por la que juró no volver a enamorarse, eso hasta el día del confinamiento y no porque lo hubiera planeado. En realidad, se negaba a aceptarlo.

Al día siguiente, decidió colocar una silla en su balcón e intentar descubrir quién le había enviado el escrito, no para hacer alusión al romance, sino porque debía enfocar la mente en algo. Sin nada más que hacer, creyó que fingir ser una detective era la mejor opción para mantenerse ocupada, pues las noticias no hacían más que incrementar su pánico. Aquello inició como un proyecto de investigación mientras duraba el confinamiento, no quería volverse loca. También colocó una mesa pequeña y se propuso leer un libro mientras degustaba de una

taza de café. Esperaba que ocurriera algo interesante. Después de unos minutos, supo que no podría permanecer el día entero sentada en ese sitio. De hacerlo así, aseguraba un aburrimiento total.

Pensó en las personas que, en busca de un poco de aire, estaban en sus balcones. Procuró verlos como posibles sospechosos, como si fuera una detective.

—Veamos, el avión tuvo que haber venido de enfrente —dijo mientras examinaba a su alrededor—, aunque… también pudo haber venido del piso de arriba, es el sitio perfecto para conseguir que la hoja hubiese llegado a mi balcón, sin complicaciones… pero ¿qué caso tendría convertirlo en avión? Pudo haber venido de los laterales, aunque claro, es más complicado… solo entonces el avión tendría sentido. Vaya, pudo haber venido de cualquier parte. Quizá solo fue una coincidencia o ni siquiera era para mí —manifestó con desilusión —. Fue bueno mientras duró.

Al cabo de otros largos minutos, volvió adentro para preparar la comida y más tarde, después de haber establecidos horarios para no perder la cordura, salió al balcón encontrándose para su sorpresa, con otro avión. Ya había oscurecido, afuera no había nadie y el silencio era tan estremecedor que dudó en cogerlo.

—Dos ya no son coincidencia —susurró con cierto halo de misterio.

Hola…

Te estarás preguntando si se trata de una coincidencia o si en realidad son cartas para ti. Lo son, por supuesto. ¿Te ha sorprendido? No, no es culpa del confinamiento, bueno, en parte, sí. Te he visto mirando a tu alrededor, ¿pensabas en quién lo había enviado? Mantengámoslo así por unos días, la humanidad ha perdido la ilusión, y la esperanza se está yendo al carajo. Me doy por satisfecho si he conseguido hacer que olvidaras, por tan solo un momento, el infierno que estamos viviendo. ¿No te parece que nosotros y nuestro gobierno hemos tardado en poner en práctica las medidas preventivas? Hace tiempo que se supo sobre lo que ocurría en Wuhan. Ni hablar de lo que no se está haciendo en otros países. No sé, no soy político, ni representante de una nación, mucho menos soy médico o secretario de Salud, pero cabe en mi cordura, la importancia de mantener la distancia social… A todos nos ha tomado desprevenidos, está claro que no estábamos preparados y no sé si llegaremos a estarlo. Creo que estamos haciendo bien al mantenernos en casa…

Cuídate y no salgas si no es necesario.

Nazli tenía las dos cartas sobre su escritorio, las observaba con detenimiento, tenían la misma caligrafía. El remitente mantenía su anonimato y eso, empezaba a parecerle interesante. Ella amaba las películas románticas, tanto que le hacía ilusión imaginarse en una de ellas. Pensaba en todas las emociones que el amor podía despertar a través de una pantalla y esas mismas emociones, las estaba sintiendo en ese momento. Parecía una locura, alguien le estaba escribiendo con mucha sinceridad, como si la conociera de siempre.

La mujer sonrió y se obligó a tomárselo con calma. Deseaba responderle, pero ¿a quién? No lo sabía en realidad. Así que cogió el teléfono y llamó a su mejor amiga, Didiane, una chica que se encontraba a kilómetros de ella, para contarle lo que estaba ocurriendo.

—Todos, en algún momento de su vida tienen que vivir una historia así —mencionó con emoción después de haberla escuchado—. Ocurre que nos damos cuenta cuando ya se ha terminado…

—Oye... —la interrumpió con molestia.

—Bueno, no digo que vaya a terminarse. Quise decir que, a veces no nos damos cuenta de que estamos viviendo la historia de amor que tanto deseamos, o la que siempre creímos que jamás iba a ocurrir. ¡La historia es tuya! —chilló la chica al otro lado de la línea.

—No sé, me parece algo… de película. ¿Y si termina mal? ¿Y si no funciona?

—No pienses en eso ahora, creo que nos estamos adelantando. Quizá se siente solo, ¿quién no se siente así en días como estos? Escúchame, hasta que no ocurra algo más, NO TE ENAMORES —le advirtió Didiane, con decisión—. Te conozco, recuerda lo que ocurrió con Marty…

La conversación terminó al filo del anochecer y Nazli durmió con el recuerdo de su ex y los aviones del hombre misterioso, en su mente.

2

Por lo que se informaba en las noticias, la situación era grave. Afuera, la gente solo salía cuando era necesario. Casi nadie rondaba por las calles y a cualquiera que por un motivo u otro no hubiera estado informado sobre lo que ocurría, le iba a resultar bastante extraño no ver a nadie transitar por ellas. Nazli imaginó que podía ser como en esa serie de *zombies*, en donde el personaje principal despertaba en un mundo diferente al que recordaba.

—Esto parece formar parte de una historia apocalíptica —dijo frente al televisor como si estuviera hablando con el hombre del noticiero.

Era mediodía y había planeado salir a por provisiones para la despensa. En su camino hacia el supermercado se encontró con pocas personas, todas ellas guardando distancia y procurando no permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. A su mente, vinieron recuerdos de cuando, en compañía de Marty, su ex, solía ir de compras. Lo recordaba sonriendo, hablándole sobre la importancia de comer uno u otro alimento, sobre sus experiencias en el ciclismo o sobre sus pesadas jornadas en el consultorio. Marty era médico y debido al poco tiempo que tenía disponible, decidió apartarse de ella.

—No mereces que te haga pasar por esto. Escucha, te amo, pero no es sano lo que estamos teniendo… —le dijo una noche después de haber hecho el amor. Nazli se sentó sobre la cama y lo miró con odio. No podía creer que le estuviera haciendo eso. Él, un tipo diplomático, el mismo que le juró una y mil veces que era el amor de su vida. Quien no descansó hasta obtener una respuesta afirmativa de su parte para iniciar una relación, algo que quizá tenía el potencial de ir más allá de un noviazgo o un encuentro de cinco minutos. Por lo que le había dicho, ese *quizá* ya no podía convertirse en una relación formal, seria y digna de un final feliz. Sí, estaba rompiendo su corazón, y pisoteando sin arrepentimiento, cada una de las ilusiones que al paso del tiempo se habían formado en su cabeza. ¿Cómo se suponía debía tomar la declaración? ¿Debía aplaudirle el valor? ¿Debía abofetearlo por ser un patán? Se lo merecía, vaya que sí. Sobre todo, por atreverse a jugar con sus sentimientos, aunque, en el fondo, quería creer que no hablaba en serio, es decir, ¿cómo podía? ¿Después de una velada mágica?

—¿Qué no es sano? ¿Escuchas lo patético que suenas después de haber tenido sexo?

Se esforzó por no sonar dolida, quería una respuesta y se negaba a creer que el rompimiento se debiera a otra cosa. Porque eso era, ni siquiera le estaba hablando de una pausa o de darse un respiro. Había intentado ser sutil diciéndole que no merecía el trato que le estaba dando, pero el final era inevitable. Lo conocía, podía hacerlo entrar en razón, no es que las cosas estuvieran muy mal entre ellos, ni siquiera se trataba de una infidelidad o eso era lo que creía. Para ser sincera, ya no sabía qué creer. Quizá, lo mejor era abofetearlo.

—Naz… no te pongas así —intervino Marty, acercándose un poco. Aún desnudo, quiso tomarla en sus brazos.

—¡Imbécil! ¿Lo oyes? ¡Eres un puto imbécil!

Esta vez respondió soltándole una cachetada cargada de odio, desilusión y repudio, provocando un enrojecimiento instantáneo en su mejilla derecha. Marty podía ser lo que fuera, un hombre elegante, apuesto, interesado por el bien común y la salud de sus pacientes, pero no alguien por quien valía la pena llorar. No debía serlo, lo sabía, pero le dolía en el alma más de lo que podía soportar. Una ruptura dolía en la misma intensidad con la que se había amado. Ese había sido su error, lo había amado con locura y se había entregado a él sin pensarlo.

—¡Naz! —dijo al verla caminar desnuda hacia el cuarto de baño—. Cariño, yo… solo digo que necesitas a alguien que te dé toda la atención que mereces. La mayor parte del tiempo me la paso en el hospital y cuando no lo hago, el trabajo en casa me absorbe…

—¡Oh, mejor cállate, imbécil! —gritó al otro lado de la puerta—. Estás diciendo que, entre el trabajo y tu novia, eliges el puto trabajo. Date cuenta de lo que dices. Por eso fuiste tan romántico, por eso te esmeraste tanto para que esta noche fuera magnífica, ¡¿no?!

—Quería que fuera una buena noche…

—Pretendías hacer que la ruptura no te pesara, pues no, cabrón. ¡No, maldita sea! Eso lo hizo peor —reveló y empezó a sollozar mientras se dejaba caer al piso.

—Naz, abre la puerta —imploró el médico, con desesperación.

—¡Lárgate, Marty! Ya hiciste lo que tenías que hacer, ahora vete. Vete y no vuelvas a buscarme. ¡No te quiero ver, ni siquiera si es el maldito fin del mundo! —gritó con repulsión y en cuanto lo escuchó cerrar la puerta de su departamento, se obligó a borrar el recuerdo de sus cuerpos sobre el colchón.

Salió del cuarto de baño, se vistió y quitó todo lo que había sobre la cama, metió las sábanas en la lavadora y juró que iba a donarlas para no tener que recordarlo. Ahora, con el tema de la pandemia, pensaba en el fin del mundo, quizá en el final que aquella noche imaginó que jamás iba a llegar. Con la cabeza más despejada, quiso creer que Marty había hecho bien al elegir su trabajo. Aunque no sabía si en

realidad no quería volver a verlo.

Más tarde, de vuelta a su departamento, siguió las recomendaciones que sonaban como un mantra en los medios de comunicación. Se lavó las manos durante aproximadamente quince segundos con agua y jabón. Se aseó, cambió su atuendo y posteriormente, colocó en la despensa los productos que había comprado. Minutos después, encendió la televisión y cuando la película ya la había atrapado, por su mente pasó la idea de ir al balcón. El tiempo que pasó afuera debió haber sido el necesario para que el hombre misterioso le hubiera dejado otro avión.

«Si no aprovechaste la ocasión, bueno, entonces no sé qué estabas haciendo», pensó mientras se llevaba unas frituras a la boca. Después se dirigió al balcón y sobre el piso encontró lo que ya esperaba ver. Esta vez lo cogió con confianza y sin detenerse a ver a las personas que se encontraban afuera, volvió a su cama.

—Veamos qué quieres contarme ahora —dijo con entusiasmo, volviendo a la posición en la que se encontraba el día anterior.

Desdobló la hoja y leyó con interés, como si se tratara de una novela por la que no podía esperar al capítulo siguiente.

—Me mantienes en intriga, chico de los aviones.

Hola…

Este parece ser el preludio del fin del mundo. Creo que el confinamiento me ha pegado. Me siento algo raro… no, no, no te anticipes a pensar que tengo el Covid-19, si ni siquiera he salido o tenido contacto con otros… A lo que iba, me refería a que me la he pasado viendo videos, escuchando música, leyendo y entreteniéndome durante largo rato curioseando en las redes sociales. Pero ¿sabes? Todo eso ya me empieza a aburrir. Joder, solo han pasado unos días. Creo que voy a salir, soy de alma frágil, necesito estar afuera, necesito caminar, observar, respirar, percibir… Tampoco me estoy volviendo loco, no. Me estoy desesperando y, bueno, quise escribirte. Estos días me han hecho saber que quizá tengo futuro en la escritura, ¿qué te parece? Me doy cuenta de que en ocasiones las ideas fluyen, qué sé yo. Creo que esto nos va a ayudar a descubrir nuestro lado más artístico.

—Vaya —pronunció Nazli antes de soltar un largo suspiro—. La situación se complica. Me pregunto cuándo me dirás quién eres, quizá así podría ayudarte. Vamos, chico de los aviones, dime algo —imploró como si pudiera escucharla.

Más tarde, después de terminar de ver la película, salió a leer un

libro. Las compras le habían impedido salir por la mañana y se prometió que, a partir de ese momento, iba a seguir el horario que ella misma había establecido. Por las mañanas, pretendía degustar de una taza de café. Más tarde, había pensado contemplar cada puesta de sol hasta que la luz de las estrellas horadara la oscuridad.

Cogió un libro al azar de su estantería y tomó asiento en la silla que estaba en su balcón. En cada página se detenía a analizar a sus vecinos. Los examinaba, intentando saber si había algo sospechoso en ellos. Estaba tan concentrada cuando escuchó a alguien hablarle a su derecha.

—¿Cómo te la estás pasando? —quiso saber un chico, aproximándose al lateral de la baranda. Nazli cerró el libro y lo dejó sobre la mesa, dando la impresión de que no había estado leyendo el ejemplar—. Yo he llegado casi al borde de la locura —reveló con una sonrisa.

«¿Eres tú? —se preguntó, pensando en los aviones y en la última carta—. No, él dijo que no estaba loco… bueno, no lo sé. ¿Es él?»

—Sí, creo que a todos nos pasa.

En ese momento, en otro edificio, un hombre comenzó a cantar, animando al resto de los confinados a unirse. En cuestión de segundos, empatizaron con sus sentimientos, entonando desde el alma. A Nazli, eso le hizo soltar lágrimas. Con anterioridad había coreado en conciertos y amaba cuando las voces se unían, pero en esta ocasión, el canto significaba más que un simple coro, representaba fraternidad. Se dejó llevar hasta que sintió un nudo en la garganta.

—¿Eres tú quién me envía aviones? —preguntó de repente, en medio del canto.

—¿Qué? ¿Aviones? —respondió el chico mirando hacia arriba, sin lograr comprender.

—Nada, que si tienes provisiones.

—Ah, sí. Fui al supermercado en la tarde.

Durante los siguientes dos días, Nazli no recibió ningún avión y de no haber sido por las hojas que tenía sobre su mesa, habría pensado que todo había formado parte de una ilusión. Comenzaba a sentirse abatida, algo afligida y decepcionada. Quizá su amiga hubiera tenido razón al decirle que no debía enamorarse. «No, no lo estoy, no me he enamorado», se dijo con seguridad. «Es solo que hace tiempo que no me detengo a pensar en el romance. Después de mi última relación todo ha sido… normal.»

Pronto, recordó a Marty y miró hacia la estantería en la que se encontraban sus libros. Se dirigió hasta ellos y cogió el que su ex le

había regalado hacía tiempo. Se preguntó entonces, por qué no se había deshecho del ejemplar si las sábanas las había regalado casi al instante. Sin querer responder, tomó el libro además de su taza de café y salió al balcón a leerlo.

A Nazli no le importaba mucho que Marty no estuviera el día entero con ella. Eso era lo que más le había dolido. El médico había tomado la decisión sin siquiera consultarla. Fue un imbécil y un egoísta. Le hizo pensar que debía haber otro motivo, aunque jamás lo vio con otra mujer. Al final, se obligó a dar por terminada la relación.

3

Nazli recibió otro escrito. El ocaso estaba por llegar, para ella ese era un momento sagrado, amaba los atardeceres con locura y eso se debía a las bonitas experiencias que había tenido con su padre cuando era pequeña pues juntos solían ir a volar aviones, en la colina cercana a su casa. Justo después de eso se sentaban sobre el pasto con las piernas extendidas y mantenían una conversación autentica sobre cualquier tema que tuvieran en mente, aunque no por ello menos interesante. Antes de marcharse, su padre le daba un fuerte abrazo y ella no hacía más que sentirse agradecida por la familia que tenía. Acto seguido caminaban juntos de vuelta a casa. Sí, los atardeceres le hacían recordarlo y en días como estos, siempre se echaba de menos a la familia.

Hacía poco más de una semana que el gobierno había declarado el aislamiento obligatorio a domicilio, en su país. La situación se había agravado y empezaba a intuir que iban a ser tiempos difíciles. Procuraba no entrar en pánico. Sabía que necesitaba una rutina para evitar perder la cabeza, y que estar en casa haciendo nada, no iba a ser ideal. A eso se debía el tiempo que permanecía en el balcón, eran sus momentos de escape. No imaginó que, al paso de los días, se convertirían en lo mejor de su confinamiento.

Con curiosidad, tomó el avión que sobre una de las alas tenía escrito: LÉELO EN EL BALCÓN. Se lo pensó por un momento mientras miraba hacia el resto de los departamentos. Buscó algún gesto, un saludo, o un “hey, es mío, ¿me lo devuelves?”. También buscó por alguien que la mirase y le diera señales que la animaran a desvelar el secreto dentro de él, pero no encontró nada. Creyó que se trataba de un momento como el vivido hacía tres noches, cuando los vecinos, en muestra de fraternidad, comenzaron a cantar para hacer el confinamiento más llevadero.

Existía la posibilidad de que ellos se hubieran puesto de acuerdo para comunicarse de ese modo. «Vaya idea. Ocurrente e ingeniosa». Se la imaginaba siendo tendencia en las redes sociales, sonrió al pensarlo. La humanidad siempre encontraba el modo de pasársela bien, incluso durante los tiempos difíciles. «No te engañes, es él, ha vuelto. No estabas loca.»

Pensar en el chico extraño y en las cosas que tenía por decirle, fue lo que la animó a desdoblar la hoja y ver lo que había en ella.

Hola. ¿Cómo estás?

El virus ronda casi por cada esquina. Vaya lío. Esto me hace pensar en la novela de Shakespeare. El amor de Romeo Montesco y Julieta Capuleto emerge en medio de un escenario conflictivo. Ahora, algo cliché en las historias. Porque vamos, sus familias se odian, pero ellos se enamoran perdidamente en el baile de máscaras… En fin, no deja de ser una de las mejores o más bien, la mejor historia trágica de amor que pueda existir en el arte. No muchos aceptamos la tragedia en la literatura, el cine o el teatro, supongo que se debe a toda la desdicha que hay en el mundo. Pero date cuenta, aun en la tragedia, existe el amor… ¿No te parece cierto? ¿O eres de las que prefiere un final al estilo Disney? Estoy divagando, debe ser el confinamiento. Perdona que no te escribí hasta ahora, pero te vi leyendo la historia de William S. Tenía curiosidad por saber tu opinión y sí, también quería hablar con alguien. Estos días han sido duros… Quise mantener el anonimato por más tiempo, pero el mundo ya es demasiado malo como para dejarte con la duda… puede sonar muy dramático, pero con lo que está pasando, el mundo podría terminarse pronto, ¿no te parece?… En fin, no quise perder la oportunidad de revelarte quién soy, la vida es demasiado corta como para no arriesgar. Si el mundo se termina, puedo tener la satisfacción de decir: lo he intentado.

CARPE DÍEM.

Atte.: tu vecino de enfrente.

Él tenía razón, las sorpresas, los deseos y las mejores cosas, en general, solían dejarse al último momento por el patético ideal de que así podían disfrutarse más. Sí, en el pasado solía ser así y aplicaba para los días anteriores al virus, pero ahora que la humanidad amenazaba con extinguirse y la vida comenzaba a ser diferente, aquello quedaba en segundo plano. ¿No era en el lecho de muerte cuando muchos se arrepentían por no haber hecho lo que querían, por pensar que la vida iba a alcanzarles para hacerlo? ¿No era durante los días de confinamiento cuando muchos empezaron a pensar que debieron haberse atrevido a vivir? Bien, él pensó en eso y no encontró motivos para continuar con el anonimato, no quería ser un sujeto efímero, quería que ella supiera quién le escribía y que cuando leyera las cartas, pudiera imaginarlo. A decir verdad, le estaba dando un rostro y un motivo a sus desvelos.

Ella volvió a leer con detenimiento la última parte, y al cabo de la segunda vez, sonrió como la chica que descubre quién es su

enamorado secreto. Alzó la vista hacia el sitio en el que vivía el remitente. Un joven pareció sentir su mirada y dejó lo que estaba haciendo para volverse hacia ella. Después, alzó la mano y la movió de izquierda a derecha para saludarla.

Era alto y atractivo, como esos hombres que esperas ver en la playa, quizá no tuviera músculos muy marcados y no hiciera ejercicio los sietes días de la semana, pero por su aspecto, parecía ser un hombre que cuidaba su salud. Tenía el cabello corto y una barba de pocos días. Parecía ser un tipo que se apasionaba por el arte, la meditación o los viajes. Era difícil de explicar, para ella, él era como una obra esculpida por el mismísimo Miguel Ángel. Algo en él, le transmitía confianza. Quizá hubiera sido la manera en la que sus ojos se cerraron o los pliegues que se formaron en su rostro cuando sonrió, pero en cuanto lo vio alzar la mano, Nazli sintió algo que no pudo describir.

—¿No podías decirlo en voz alta? —Se apresuró a preguntar mientras alzaba la hoja y pensaba en el resto que tenía sobre la mesa. También tuvo que obligarse a despertar de la ilusión en la que se encontraba, no estaba dispuesta a hacerle ver que la había cautivado.

—Sí, bueno. Es más romántico, ¿no? —Sonrió el hombre que ahora de pie, recargaba el cuerpo sobre la baranda de su balcón—. ¿Te ha gustado? Con el lío que me ha costado hacer que llegaran hasta allá —expresó, extendiendo sus manos hacia enfrente.

—¿Romántico? —preguntó con curiosidad y también ocultando su emoción.

—Sí, vaya. En estos tiempos la situación es tan complicada que pensé que un poco de romance podía amenizar nuestros días —explicó gritando al otro lado del edificio, sin importarle si el resto de los vecinos lo escuchaba.

Nazli rio, y eso a él, le pareció maravilloso. Ella era más baja que su vecino, quizá unos pocos centímetros, por lo que veía. Era delgada y tenía una mirada para enamorar. Su pelo quebrado, color castaño, le llegaba ligeramente por debajo de los hombros. Al hombre, las facciones de la mujer le parecieron perfectas, incluso sin maquillaje, era hermosa.

—Vaya manera de ligar durante el confinamiento —dijo al fin—. Y ¿cómo se supone que debo responder? ¿Te envío el avión de vuelta?

—Esa es la intención. Si logras hacerlo en menos intentos que yo, bueno, ya veremos, algo debo hacer —la retó con una sonrisa.

—¿Cuántos intentos tuviste? —curioseó.

—Mira abajo —reveló dirigiendo la vista hacia la carretera.

Ambos rieron. Los aviones seguían ahí. El crepúsculo había llegado, pero se tenía la iluminación necesaria para saber que siete de ellos, habían fallado en su misión.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Nazli. Hacía años que vivía ahí pero no sabía mucho sobre la gente que residía a su alrededor. Recordaba haberlo visto pero solo por escasos segundos y en realidad, no sabía si se trataba de él o de alguna otra persona. Ni siquiera conocía a la mayoría de sus vecinos.

«Es impresionante lo mucho que este tipo de situaciones pueden acercarnos a los demás», pensó en el virus y en la cantidad de personas que en ese momento estaban confinadas, con la incertidumbre de no saber cómo iba a acabar todo eso.

—Jadon —se presentó, con una reverencia—. Jadon Haland. ¿Qué hay de ti?

—Nazli Lebel —expresó tal como lo hizo él.

—Un gusto, Nazli. Estaré encantado de saber tu respuesta, pero, sobre todo, de ver cuántos aviones necesitarás. Cuídate, un gusto haber conversado.

Jadon se despidió alzando la mano izquierda e ingresó a su apartamento. Nazli se alejó llevándose consigo el avión, sonriendo por dentro como una adolescente enamorada.

«No te ilusiones», dijo su subconsciente, pero quizá, ya era demasiado tarde.

4

Nazli Lebel recordó cuando su padre le enseñó a hacer aviones de papel, ella era pequeña, quizá tenía siete años. Le habló sobre los dobleces y la importancia de hacerlo bien para que el avión pudiera mantenerse por más tiempo en el aire. También le habló de la importancia de saber lanzarlos. Con todo, ella se sentía una experta, estaba convencida de necesitar solo uno.

—Papá —dijo con cierto enfado estrujando la hoja que tenía en las manos y dando golpes en el piso con sus pies—, esto es tan complicado.

—Ten paciencia, observa cómo se hace. Estoy seguro de que sabrás hacerlo.

Observó a su padre hacer los dobleces con mucho cuidado y precisión. Lo vio tan enfocado, tanto que incluso llegó a pensar que los aviones de papel no iban a servirle para nada en el futuro. Pensaba que no tenía sentido aprender a hacerlos.

—¡Te lo dije, Naz! Mira esa obra de arte que has hecho. —La felicitó cuando logró hacer un avión, al cabo de una decena de intentos.

Nazli se sintió triunfal y supo que la paciencia y la perseverancia, eran la clave para cumplir cualquier meta que se propusiera. Incluso sin saberlo, su padre le había dado la lección más importante de su vida.

Las noticias sobre el virus no eran nada buenas, día a día aumentaba el número de contagios y decesos. La humanidad estaba nerviosa por los días venideros y el pavor pronto empezó a notarse en las redes sociales. Las noticias sobre las compras excesivas, bajo el impulso del pánico y las medidas tomadas en cada país, eran estremecedoras. A Lebel le gustaba mantenerse informada y procuraba estar al tanto de lo que ocurría.

También se percató de lo creativas que podían llegar a ser las personas en tiempos de pandemia y recordó que el aburrimiento era la cuna de grandes ideas. «Todos, siempre debemos estar haciendo algo, es nuestra naturaleza. Por más que pasemos días enteros, inmersos en el descanso, la pereza, viendo televisión o en las redes sociales, llega un momento en el que llegamos a aburrirnos tanto, que la creatividad sale a flote. Quizá eso le ocurrió a Jadon», pensó mientras observaba los dobleces del avión que le había enviado. Después, sonrió y se dirigió a la ducha. Al día siguiente, contactó a su amiga.

—Creo que era mi destino… —le reveló. Sabía que debía contarle lo que había ocurrido.

—¿A qué te refieres? —inquirió Didiane.

—Jadon volvió a enviarme una carta porque me vio leyendo el libro de mi ex…

—¿Le has dicho que te lo regaló tu ex? ¿Por qué elegiste su libro? —se anticipó a decir con asombro.

—No, no se lo he dicho… aún —susurró esto último—. Necesitaba distraerme y Shakespeare me pareció ideal. No lo hice por Marty, lo hice por la literatura. —Se excusó con convencimiento.

—Bien, bien… después de todo ha surgido algo bueno. Y ¿es guapo? —quiso saber, esbozando quizá, una sonrisa pícara.

—Sí, bastante. Me extraña no haberlo visto antes, tengo vagos recuerdos… creo que solo habíamos pasado uno al lado del otro. Esto del confinamiento me ha hecho reparar más en lo que hay a mi alrededor.

—Vaya —suspiró la mujer al otro lado de la línea—. Me gustaría tener una historia como la tuya. ¿Lo imaginas? Una historia de amor en medio de la pandemia.

—¡Didiane! Tú tienes novio y te estás anticipando. No es una historia de amor.

—Sí, sé que tengo novio, no se lo digas… Me refería a que, por ahora, tú piensas que no es una historia de amor… tal vez después lo veas diferente.

—No lo creo…

La llamada terminó al cabo de unos minutos y antes de iniciar el ocaso, Nazli salió al balcón para encontrarse con las facciones perfectas de Jadon Haland, esperando por su respuesta. Él estaba de pie, recargando los brazos sobre la baranda, mirando con detenimiento hacía el apartamento de la chica. Cuando la vio salir, el brillo en sus ojos no tardó en aparecer y el corazón le latió a mil por hora. Hacía tiempo que no se sentía así. Pensaba en lo mucho que había tardado en animarse a decirle algo, después vino lo del virus y supo que era el momento. Que no valía la pena postergar el encuentro.

Jadon siempre creyó que ella pasaba de él. Recordó que en muchas ocasiones se esforzó por caminar a su vera, con la intención de hacerle saber que estaba ahí, pero jamás lo vio. Siempre estaba inmersa en su teléfono y cuando no lo estaba, caminaba a prisa.

—Hola —dijo con emoción al no haberla visto durante la mañana —. ¿Cómo estás?

—Hola —respondió con voz melodiosa—. Estoy bien, ¿qué tal tú?

—Excelente. ¿Estás lista? —preguntó esbozando esa sonrisa que a ella tanto le había gustado.

—Estoy lista.

—¿Solo uno? —preguntó con curiosidad resultándole imposible no sonreír.

—Confío en mí —afirmó con decisión y casi anticipando su triunfo —. ¿Listo?

—Nací listo.

Nazli alzó el brazo y con el avión en sus dedos, giró ligeramente la cadera hacia la derecha. Con fuerza y con un movimiento perfecto en la muñeca, lo lanzó hacia el apartamento de Jadon. El avión voló por el aire y como si ambos quisieran mantenerlo en cámara lenta, lo observaron trazar su camino de un modo tan bellamente perfecto. Cuando éste llegó al balcón del chico, los aplausos de los vecinos que en ese momento vieron el despegue, no se hicieron esperar. Tal acción, hizo que ambos volvieran a la realidad.

—Creo que me debes algo —se apresuró a decir, con emoción.

—Suerte de principiante —bromeó mientras cogía el avión del piso y observaba los dobleces, cuidados y muy bien definidos.

—¿Escribiste el mismo mensaje ocho veces? —Había recargado los brazos sobre la baranda, como si con aquello pudiera acercarse más a él.

—Dos veces. Cuando fallé por primera vez, supe que no debía confiar en mi suerte. Le saqué copias —reveló con algo de gracia. Nazli sonrió.

—Las hojas que me enviaste no son copias.

—Bueno, entonces sí tuve suerte. Los aviones que se quedaron en el piso eran las copias.

Ambos rieron. El resto de las personas los vio como si formaran parte de una comedia romántica.

—¡La realidad supera la ficción! —gritó un chico en otro edificio.

Jadon mantuvo la mirada fija en la mujer por largos segundos sin decir nada, sonrió y pensó en lo afortunado que era por recibir sus cartas. Naz no lo sabía, pero él había estado enamorado de ella desde hacía tiempo.

—Nos vemos, Nazli Lebel —dijo haciendo una reverencia—. Gracias por la carta. La leeré y ya te contaré mañana. Mantente a salvo.

—Hasta luego, Jadon Haland, pensaré en lo que vas a hacer por haber perdido la apuesta —expresó con emoción.

Él soltó una risa antes de desaparecer. Le hacía ilusión saber que ella, finalmente había reparado en él y con interés se dispuso a leer lo que le había escrito. Tomó asiento en su sofá y en compañía de un vaso con vermú, desdobló la hoja.

En algún lugar del mundo, marzo de 2020

Hola, Jadon:

Son días difíciles, sí. Me parece que es un momento para pensar en lo que hemos estado haciendo como humanidad con el planeta. A veces me parece que es el karma…

Hacer a un lado nuestro ego y pensar en los demás, debe ser lo primero que debamos hacer en cuanto esto termine, bueno, no cuando termine, más bien, AHORA. Ahora es el momento. Agradezco tu modo tan peculiar de hacer que me involucrara en esto. Parece algo surreal, vamos, lo que ocurre en la actualidad es casi surreal, pero te has ganado mi respeto con esta idea tan loca. Estamos en 2020, existen los teléfonos y las redes sociales. ¿Una carta en un avión de papel? No es efectivo, ya lo has visto, tuviste muchos intentos… Sobre S. me gustan las historias trágicas, pero en el fondo, deseo los finales Disney. Te doy la razón, debe ser porque buscamos desconectar de lo que ocurre en el mundo. Por ejemplo, de algo como lo que ocurre ahora. Pienso en cuántas personas leen para olvidarse por tan solo un momento del virus… Otras lo hacen para distraerse… ha sido la excusa ideal para leer, en mi caso fue así. Tenía el libro arrinconado en el librero desde hacía tiempo…

No sé si sea el fin del mundo, me parece que es algo que muchos no habíamos imaginado, es una idea por la que, de haberla pensado alguien antes, se habría ganado el reconocimiento. Me refiero a un escritor, un guionista o un cineasta, ¿no lo crees? A mí eso del fin del mundo me suena muy descabellado… Aunque tienes razón con lo de atrevernos a hacer las cosas. Me parece brutal el modo en el que esta experiencia va a cambiar nuestras vidas y nuestros ánimos por comernos el mundo. Eso es bueno, ¿no?

Cuando decías que ibas a salir, ¿a qué te referías? Me habría gustado haber sabido que eras tú quien me escribía, porque habría podido hacer algo para que te sintieras mejor…

Tengo dudas, no quiero ser entrometida, pero ¿qué le ocurrió a tu amiga? Si no puedes responder, no hay problema. Y ¿por qué me enviaste el avión? Quiero decir, ¿por qué no a otra persona?

Un saludo, Nazli.

Hola, Nazli:

¿Te das cuenta de que somos afortunados? En otros países muchas personas no pueden quedarse en sus casas, tienen la necesidad de trabajar y eligen entre morir por el virus o morir de hambre. La situación ha venido a jodernos. Veo en las redes sociales cómo los famosos intentan hacer que sus fans pasen el rato, conectan con ellos, sí, les hacen el día, pero ¿qué hay del otro lado de la moneda? ¿Qué hay con las personas que no pueden darse el lujo de quedarse en casa? Esto es complicado. He visto que no se toman las medidas necesarias para combatir el virus, algunos creen que es mentira. Y no sé si lo sea o no, pero esas muertes sí creo que existen. ¿No te abruma ver las calles tan solitarias? A mí me pone mal. Odio que la desigualdad que hay en el mundo haga que para muchos esto sea catastrófico… Respecto a la pregunta de por qué decidí enviarte cartas, ¿por qué no? Pienso que está bien que nos comuniquemos con aviones. No habría podido elegir a alguien más. Aunque es complicado, especialmente para mí, pues tú tienes habilidad por acertar a la primera. A todo esto, ¿a qué te dedicas?

Sobre mi amiga… te mentí. Era mi novia. ¿Has escuchado eso de que en la vida tienes tres o dos amores? Me pasó algo así. Ella fue la mujer con la que creí que podía tener un futuro… es decir, tuve un amor imposible, una relación toxica, y Sophie fue quien me alejó de todo eso, me ayudó a encontrarle sentido a la palabra amor. Todas las noches tenía que hablarme sobre un libro, por las mañanas me recitaba poemas y por las tardes, me pedía que le diera mi opinión sobre sus escritos… fue extraño, pero después de su muerte extrañé todo eso. Ella fue todo lo que jamás esperé. Al cabo de nuestro segundo año de conocernos, decidimos vivir juntos. La idea me ilusionó, tenía 27 años y me sentí listo para iniciar una vida en pareja. No pensábamos en una boda, sabíamos que era algo que llegaría más tarde, no era necesario planearlo. Me sentía muy feliz. Pero la vida siempre está para jodernos, ¿no? Solo ve lo que ocurre ahora…

A finales de ese segundo año, Sophie me dijo que iba a ser padre. Fue un momento mágico. Muchas veces imaginé al pequeño o la

pequeña que llevaba dentro de su vientre. Y un día, mientras estaba en el trabajo, recibí una llamada del hospital. Sophie había ingresado a urgencias porque un imbécil se había pasado el alto. El hijo de puta se la había llevado consigo… Acudí con rapidez al hospital. La cara del médico me lo dijo todo. Supe que ella y mi hijo estaban muertos. No es algo fácil de olvidar, han pasado casi dos años. Perdona si te abrumo con todo esto… No es algo que suela contarle a todo el mundo.

Un abrazo, Jadon.

P.D. Gracias por leer.

Ya no era necesario escribir la leyenda: LÉEME. Él había escrito por los dos lados de la hoja y para ese entonces, ambos sabían la mecánica de las cartas.

Dobló el folio con cuidado y esa noche durmió con el pasado dentro de sus pensamientos. Aquello solía abrumarlo, los primeros meses fueron cruciales, el dolor lo obligaba a permanecer tendido sobre la cama sin lograr conciliar el sueño. El recuerdo de su aroma y los momentos que vivieron juntos, taladraban su cabeza hasta el punto de lanzar las cosas contra la pared, minutos después, finalizaba con gritos en medio de la habitación. Más tarde pasaba al llanto. Pensar en las decisiones que había tomado y en las cosas que pudo haber evitado le hacían pensar, en muchas ocasiones, que estaba viviendo en el infierno. Había perdido a su familia, a las personas que más había amado. Al pasar de las semanas, el dolor fue disminuyendo, aunque eso no significaba que lo hubiera olvidado. De vez en cuando, despertaba empapado de sudor con el recuerdo y la horrible sensación de tal acontecimiento. Era un sentimiento que no le deseaba a nadie.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte en casa? —preguntó Jadon al ver a Sophie levantarse de la cama.

—No, me he cansado de estar en casa.

—Cariño, puedo quedarme contigo, puedo acompañarte…

—No, Jadon. Ve a trabajar. No te preocupes.

—Puedes venir conmigo, como en los viejos tiempos. El bebé puede acompañarnos —dijo mientras se levantaba de la cama para abrazarla por detrás.

—Iré a visitar a mi hermano. En serio, no hay por qué preocuparse. El doctor ha dicho que ya estamos mejor. —Sophie había pasado unos meses complicados, la mayor parte del tiempo prefería descansar, además, las náuseas le impedían disfrutar de la comida—. Me encuentro bien, no puedo quedarme aquí el resto de mi embarazo —dicho esto, se giró hacia él y lo besó con ternura—. Volveremos a casa

antes del anochecer.

—Llámame cuando decidas volver, puedo venir a por ti.

—Jad… no seas pesado —dijo, mirándolo con disgusto—. Ya quiero verte así cuando tengas al bebé en tus manos.

—Cuando lo tenga en mis manos, voy a cuidar tanto de ustedes como lo hago ahora. Llámame, ¿quieres?

—Vale, vale. Lo haré.

—Te amo, Sophie. Y amo a nuestro hijo —afirmó acariciándole el vientre.

—Te amamos, Jadon. —Y con una sonrisa, se dirigió al cuarto de baño. Más tarde, se despidieron y cada uno se dirigió a su destino.

Él acudió al trabajo y antes del ocaso, recibió una llamada de un número desconocido. Estaba seguro de que no se trataba de Sophie o de su cuñado porque los tenía registrados. Respondió y salió a toda prisa en cuanto le informaron que su pareja había tenido un accidente.

—No, no, no, no, no. ¡Joder! ¡Maldito desgraciado! —se lamentó mientras se dejaba caer sobre el piso del hospital—. ¡Sophie! —gritó con dolor recordando la última conversación que habían tenido—. ¡Sophie! ¡Carajo! ¡Lo lamento!

Su cuñado llegó minutos después de que el médico le hubiera informado sobre la muerte de su pareja y la pérdida de su bebé.

—¿Qué hay del hombre del vehículo? —preguntó el hermano de Sophie.

—Se lo ha llevado la policía —reveló la enfermera que había recibido a la mujer—. Él la trajo aquí…

—Maldito cabrón, que se pudra en la cárcel —siseó Jadon con dolor. Y con lágrimas, siguió a la enfermera que lo llevó hasta la habitación en la que se encontraba el cuerpo inerte de su novia.

Se rompió en pedazos en cuanto se quedó solo y lloró deseando poder regresar el tiempo. Superar el evento le costó meses. Supo que jamás iba a olvidarla, del mismo modo en el que no se olvida ninguna pérdida familiar.

A la mañana siguiente, despertó más temprano de lo usual. Observó el avión sobre su mesa y pensó en hacer algo. Si no podía hablar con Nazli sobre su pasado, entonces no tenía sentido continuar con eso. Se convenció y comenzó a buscar una cuerda lo bastante larga como para lograr su objetivo. Estaba ansioso por probar su idea y por ver el rostro de Nazli, ante su nueva ocurrencia. Pensaba que podría convertirse en un *challenge* como las dominadas con el de papel de baño. Pronto, en las ciudades estarían enviando aviones con cartas para comunicarse. Era cuestión de tiempo para que alguien les hiciera

un video y lo colgara en las redes sociales.

Cuando encontró la cuerda la colocó en la baranda de su balcón y dejó caer el resto de ella. Después bajó al primer piso y solicitó una escalera al velador, contactó con los vecinos de los pisos anteriores al departamento de Nazli y les solicitó ayuda para llevar la cuerda un piso antes del suyo. Antes de las ocho de la mañana, ya había una cuerda de doble vuelta para conectar ambos balcones.

Jadon esperó ansioso por la hora de lectura de Nazli. La vio salir, la saludó, le sonrió y cuando preguntó por lo que había colgado, le pidió que atara la cuerda que su vecino del piso anterior, le iba a entregar.

Naz tuvo curiosidad. Cogió la cuerda sorprendiéndose al anticipar lo que iba a ocurrir. Algunos vecinos observaron con atención y quienes habían estado siguiendo la historia, mantuvieron sus teléfonos en grabación mientras suspiraban.

Jadon Haland ingresó a su departamento en busca del avión. La mujer esperó con una sonrisa. Acto seguido, colocó la hoja sobre la cuerda y la sostuvo con una pinza. El avión estaba al revés, pero qué más daba. Lo importante era enviar el mensaje a la primera. Comenzó a jalar un lado de la cuerda hasta que el avión llegó a su destino y con una sonrisa, Naz la recibió.

«Vivimos en un mundo plagado de tecnología, es fácil subir una hazaña y hacerla tendencia en las redes sociales. Bueno, no es tan fácil, pero con una cosa como las cartas en aviones, puedo visualizar un *challenge* en Twitter», pensó la mujer.

—Vaya manera de ingeniártela —mencionó con sorpresa mientras tomaba la hoja.

—Es un sistema de envío muy sofisticado. Algo nunca visto antes por la zona —declaró con satisfacción.

—Claro, claro, es una de las tantas cosas ingeniosas que se puede hacer durante el confinamiento. He visto que la gente hace de todo para evitar aburrirse.

—Tarde o temprano, tanto tiempo en casa va a volvernos locos. Somos nómadas por naturaleza y como de momento, hemos perdido esa parte tan fundamental, no nos queda más que desarrollar el ingenio.

—Por supuesto… bueno, voy a —le mostró el avión— leer. Has escrito mucho.

Jadon la miró y asintió recordando el mal momento que había vivido. Acto seguido, Nazli ingresó a su departamento, se dirigió a su sofá y comenzó la lectura. Para el final del escrito, estaba envuelta en un mar de lágrimas. Él le había revelado algo muy, muy personal que, por algunos segundos, Nazli se arrepintió de habérselo preguntado.

—Oh, Jadon… —susurró con un fuerte dolor en el pecho—. Cómo quisiera estar a tu lado para abrazarte. Eres un hombre muy bueno, no

merecías que te ocurriera todo eso. No lo merecías —aseguró entre lágrimas—. Si Didiane estuviera aquí, iba a animarme a acudir a tu departamento… Oh, Didiane, Oh Dios… Jadon, Jadon… dime que es una broma… no lo merecías —chilló pensando en Sophie y en el bebé.

Minutos después y con un nudo en la garganta, tomó una pluma y un folio para escribir.

Oh, Jadon:

Lamento mucho lo que ocurrió. Ahora mismo me gustaría estar a tu lado para abrazarte… Perdóname si te hice pasar por un mal momento al recordarlo, no quise ser insensible. Ánimo, estoy aquí para apoyarte…

Respecto a tu pregunta, soy artista digital. Siempre amé el arte. Trabajo para algunas empresas diseñando su contenido publicitario. Tú ¿qué haces?...

Concuerdo contigo, somos afortunados por estar en casa, pero me frustra no poder hacer nada más. Es decir, ¿cómo puedes ayudar? Aún donando a algunas fundaciones, sigo teniendo esa sensación de impotencia. Es que el mundo se está yendo al carajo y yo solo estoy de espectadora... Por supuesto que me abruma ver las calles solitarias, aunque quizá solo debamos ver el lado positivo. Hace años que estamos jodiendo al planeta, los problemas del cambio climático se estaban acelerando, y con la humanidad resguardada en casa, le hemos dado un respiro. Es una pena que haya tenido que ocurrir esto para que la naturaleza pudiera actuar. ¿Te has dado cuenta de lo rápido que puede llegar a regenerarse, si la humanidad desaparece? Siempre lo vi en los documentales y lo escuché en palabras de los expertos, pero vaya manera de comprenderlo. Nosotros somos la plaga del planeta, somos su virus letal… solo espero que cuando todo esto acabe, podamos verlo de ese modo, que sea la excusa para cambiar nuestros hábitos, nuestra manera de pensar y actuar, y para tomar conciencia sobre nuestro hogar, para cuidarnos, pero también para cuidar de los otros y de todo lo que nos rodea. Ya lo decías tú, es el preludio del fin del mundo y si no morimos por esto, moriremos de pobreza o por nuestro egocentrismo y la incapacidad de percibirnos como seres que dependen del cuidado que le demos al planeta.

Al final, supongo que todo lo que se ha hecho mal a lo largo de los años, es lo que nos ha hecho caer ante el virus. Si tuviéramos una buena administración, si tuviéramos buenos gobernantes, si la corrupción no existiera, si tuviéramos buenos valores, si se invirtiera

mucho más en la investigación, en la capacitación de los profesionales, en la infraestructura de nuestros hospitales, si nos empeñáramos por mantenernos informados y si tuviéramos una cultura de cuidado y respeto… probablemente, las consecuencias del virus no serían las que nos esperan…

Cuídate, Jadon. Un abrazo.

6

D
urante los dos días en los que Jadon no le envió ninguna carta a Nazli, luego de haberle mencionado que era de alma frágil y que necesitaba salir, tomó sus cosas, se protegió y dio un paseo por la ciudad. En realidad, no lo hizo porque hubiera querido. El día después de enviar la última carta recibió una llamada de su superior, solicitándole que cubriera las horas de trabajo de un colega. Aceptó porque lo habían descansado sin paga y pese a tener algunos ahorros, no sabía qué tan mal iba a estar la situación al finalizar el confinamiento.

—Sí, sí. Puedo cubrirlo… —aceptó, gustoso de que le hubieran dado las horas, pero también tenía pánico. Temía salir y ser testigo de lo que ocurría en las calles, de lo mal que la estaban pasando algunas personas, del silencio estremecedor y de lo mucho que habían cambiado las cosas en cuestión de días—. ¿Salavert está bien? —quiso saber sobre el compañero al que iba a suplir.

—Lo han ingresado al hospital, está algo grave… no sabemos mucho. Tú sabes que, si se ingresa al hospital, bueno… es porque no se trata de una simple gripa. Esperemos que todo esté bien, Salavert es un hombre fuerte, saldrá de ésta. Está en buenas manos.

—Sí, él es fuerte. No se va a dejar vencer. Puto virus de mierda, nos ha cogido con todo.

—Se prudente, Haland. Continuamos con el trabajo, pero existe la posibilidad de que en unos días las cosas se compliquen y nos pidan abandonarlo. Toma tus precauciones.

—Lo haré, gracias por tomarme en cuenta —finalizó la llamada.

A él le había hecho falta respirar y había estado ansioso por estirar los pies, pero no era un idiota, sabía que no debía salir solo por afición. Lo pensó en muchas ocasiones, aunque no imaginó que ese día iba a llegar. Con todo, sabía que debía cumplir las indicaciones que los especialistas habían dado para evitar contagiarse o infectar a otros. Salir a la calle era similar a cometer suicidio si no se iba muy bien protegido. «Bueno, no exageres. Morir por Covid-19 es menos mortal que morir por alguna otra enfermedad… El problema es que ahora no se sabe mucho sobre esta pandemia y… no olvides que puedes poner en riesgo la vida de otros. Sí, ese es el mayor problema…», se dijo en silencio.

—Bien, bien, me voy a proteger. No voy a mantener contacto con el resto de la gente —mencionó mientras cogía su Nikon D850 y la mochila en donde guardaba los objetivos, la tarjeta de memoria y la

pila extra de la cámara—. Solo serán algunas fotografías.

Al cabo de unos minutos, se dirigió hacia donde le habían indicado. Le asignaron fotografiar supermercados, estaciones del metro y algunas calles de la zona. Jadon era fotoperiodista de cultura y espectáculos, pero se quedó sin eventos culturales por cubrir debido a la situación y, por ende, pasó a ser innecesario en la redacción.

Afuera no se veía a muchas personas. Las fotografías que había capturado eran similares en la mayoría de los casos, con las calles desiertas, el personal de limpieza en los vagones del metro, un hombre o una mujer con mascarilla, todos ellos en soledad. Las fotos eran buenas, pero la situación iba a complicarse si todo iba a seguir así. Por una parte, eso estaba bien porque significaba que la población se lo había tomado en serio y ponía de su parte para no salir, por el otro, pronto iba a quedarse sin ideas para fotografiar algo nuevo.

—Disculpe, ¿puedo tomarle una fotografía? Trabajo para la prensa… —le solicitó a una mujer con mascarilla que paseaba a su perro. Ella asintió y Jadon se esforzó por no sentirse afligido—. Gracias, tenga buena tarde.

Le pesaba estar ahí y aun cuando no quisiera, el silencio le hacía saber que las cosas no estaban bien. Todo se percibía diferente dentro de casa, era como tener una venda en los ojos, sin saber si el virus existía o no. Era como vivir en una historia, en el imaginario. Estar afuera le obligaba a percibir la realidad, a comprender que la pandemia estaba ocurriendo, que no era un cuento y que las personas estaban sufriendo.

—Disculpe, caballero. ¿Por qué está fotografiando? —preguntó un oficial mientras se acercaba a él con paso decisivo. Solía haber uno o dos de ellos inspeccionando los alrededores, asegurándose de que no hubiera disturbios y de que las personas solo salieran cuando era necesario. Para el oficial, que Jadon se paseara por la ciudad, con una cámara en las manos, no era una acción de primera necesidad.

—Soy fotoperiodista… es mi trabajo, señor —explicó.

—¿Puedo ver su acreditación? —solicitó sin confiar mucho en él.

—Sí, por supuesto… —articuló, entregándole la tarjeta que tenía colgada en el cuello—. Estoy por terminar mi jornada, no hay mucha gente por aquí, me informaron que ayer hubo una conglomeración...

—Sí, los chavales piensan que esto es mentira… No estuvieron por mucho tiempo. —Haland asintió—. Vaya a casa, aquí no va a ocurrir nada —afirmó el oficial y le entregó su acreditación.

Fotografiar fue diferente a como lo imaginó. Llegó a su departamento cargado de emociones que no pudo contener. Le abrumaba pensar en todas aquellas personas que no tenían hogares, en los que estaban en los hospitales, en los que se habían quedado sin paga, en los que estaban en paro, en los que tenían familia y no

podían trabajar. Todo eso le pesó, tanto que no tuvo tiempo para escribir una carta. Se aseó antes de editar las fotografías y más tarde, las envió a la redacción.

El día siguiente fue similar al anterior, su lente capturó a algunos oficiales haciendo guardia, las calles desiertas, a un hombre que iba a por provisiones casi cubierto hasta los ojos, y más tarde, capturó algunos animales que se animaron a caminar por donde antes solía transitar mucha gente. Se puso en posición, cogió su réflex, le dio enfoque de seguimiento y comenzó a disparar.

Eso le hizo recordar a Sophie. Iban en auto, camino a un concierto al que Jadon había sido asignado, cuando ella le pidió detenerse para fotografiar algunas aves que volvían a casa durante el atardecer. El paisaje era perfecto, con la iluminación ideal y los elementos necesarios para tomar la fotografía del año.

—¡Mira eso, Jadon! Detén el auto, vamos a fotografiarlo. Préstame tu cámara —solicitó con emoción y con un brillo en los ojos, similar al que tendría un niño al presenciar un acto de magia.

—Vamos, se hace tarde…

—No tardaremos mucho. Solo una o dos capturas… Anda, cariño. Estamos tardando más por tu indecisión.

—Vale, vale. La réflex está atrás.

—Sabes que pronto dejarán de existir ¿no?

—¿Qué dices? —inquirió mientras apagaba el motor del auto.

—En el futuro las *mirrorless* sustituirán a las réflex…

—Soy fiel a las réflex. Quizá en el futuro llegue a comprar una sin espejo, pero no por ahora. Vamos, no me fastidies, coge la cámara.

Acto seguido, la mujer bajó del auto, colocó la cámara frente a sus ojos y capturó una foto espectacular. Jadon fue tras ella, admirando la fascinación que su pareja tenía por la fotografía. Pensaba en lo afortunado que era por estar a su lado y se aproximó para cogerla por la espada y besarle el cuello.

—Te amo —reveló con pasión.

Ella se giró hacia él. Los besos fueron más violentos y al cabo de unos minutos, se encontraron semi desnudos en el auto, en medio de una carretera por la que casi nadie transitaba.

—¿Sabes? No me molestaría que compraras otra réflex. —Sonrió y lo besó llevando sus manos hasta sus mejillas—. Me molestaría que compraras una sin espejo solo porque te lo he insinuado.

—No la compraría, aunque me lo hubieses pedido. La primera fotografía que te hice fue con una réflex. Les tengo cariño.

—Lo lamento, Jad…

—¿A qué te refieres?

—Es tarde… el concierto está por comenzar.

—No será la primera vez que llegue tarde. Hay muchos

fotoperiodistas de apoyo, alguien ya debe estarme cubriendo —afirmó con un último beso antes de empezar a vestirse—. Anda, vístete. Tenemos un concierto que cubrir.

Esa tarde en medio del confinamiento, Haland recordó a las aves volviendo a sus hogares, recordó sus movimientos en el automóvil, la respiración entrecortada de Sophie y la conversación que tuvieron al mes siguiente, cuando con mucha ilusión, le reveló que iban a ser padres.

—¿Recuerdas esa tarde antes del concierto? —preguntó Sophie con una sonrisa.

—Sí, vaya. Casi me despiden por llegar a mitad del evento —sonrió sin desprender su mirada de ella. La notaba extraña y entusiasmada.

—Ven, ven acá —solicitó. Estaba sentada sobre la cama con una caja pequeña a su lado—. Ábrela —dijo sonriendo ligeramente.

Jadon se aproximó con curiosidad. Tomó asiento a su lado y cogió con cuidado la caja, como si se tratara de una bomba. Por lo que pudo percibir, lo que fuera que tuviera dentro no debía ser muy grande, no pesaba y no imaginaba lo que podía ser. Cuando finalmente la abrió, encontró una hoja doblada a la mitad.

El gesto le hizo sonreír, ella tenía un modo peculiar de usar las hojas y la escritura para revelarle las mejores noticias. Algo que, en cierto sentido, Jadon había adoptado en su vida, quizá como un modo de recordarla. Sea lo que fuera, estaba seguro de que lo iba a sorprender. Las mejores sorpresas se disfrutaban más con la persona indicada, incluso en su simpleza, en ello radica la felicidad.

“Tendrás que pensar en un nombre…”

Leyó con detenimiento después de desdoblarla. Sophie sonreía con ilusión.

—¿Es…? ¿Vamos… vamos a ser padres? —preguntó mientras se obligaba a no llorar.

—Sí, Jad. ¡Seremos padres! Y va a ser un gran artista, un amante de la literatura y la fotografía.

Dos meses después compró la Nikon D850 y fue la última cámara que Sophie tuvo en sus manos. Él no pudo contener las ganas de llorar mientras fotografiaba a las aves por encima de los edificios, preguntándose quizá, en dónde estaban las personas.

Cuando volvió a su departamento, pensó en hablar con Nazli. Sabía que era momento de arriesgar y que debía revelarle su nombre. Si ella estaba dispuesta a continuar con la conversación, Jadon iba a revelarle el resto de la historia.

Para el final de la tarde, releyó su escrito pensando en lo enfocado que se sentía cuando le escribía a la mujer del edificio de enfrente. Ni siquiera en el colegio había escrito con tal dedicación. Más tarde, se fue a dormir.

7

Hola, Naz:

¿Te das cuenta de que esta podría haber sido otra historia? Esto del virus no nos permite conocernos más que a través de narraciones escritas. El mundo real ha muerto y el mundo virtual cada día cobra más fuerza. Existe Internet, las redes sociales, Skype, las videollamadas… todo eso es virtual. No nos costaría nada comunicarnos de esa manera. Últimamente se hace así, pero el romance se pierde. No es lo mismo que conocernos cara a cara, por eso hay muchas rupturas. Te enamoras de alguien a quien conoces a través de una pantalla y al final, no es lo que esperabas… Podríamos hablar en los balcones, sí, pero ¿cuánto de esto, estás dispuesta a que los demás escuchen? ¿Viste esa serie en Netflix en donde un grupo de personas conversaban a través de una plataforma, tratando de adivinar si eran auténticos o no? Así es el mundo actual. Hemos perdido la comunicación "cara a cara". Ni hablar de los romances virtuales. ¿Crees que Shakespeare hubiera imaginado que todo esto iba a ocurrir? ¿Cómo haría él para que incluso en esta situación, pudiera existir el romance trágico? ¿Lo imaginas? Soy fotoperiodista y créeme, estar afuera es más brutal que estar en casa. Solo espero que cuando todo esto termine, seamos más conscientes sobre el valor de las personas y la importancia de cada uno de nosotros.

Cuídate.

Esta vez fue breve y no mencionó nada sobre Sophie. Enviar las cartas antes de la puesta de sol le iba bien porque por las mañanas debía trabajar. La situación no era muy esperanzadora. Estaban a días de finalizar la segunda semana y todo había cambiado con brutalidad. Lo supo cuando le asignaron visitar un hospital y vio lo que ocurría allí dentro. Estaba seguro de que, si todos veían lo que ocurría dentro de los hospitales, si estaban al tanto del trabajo que realizaban los médicos y de lo desesperados que estaban los familiares o si sabían sobre lo que se sufría por no tener el equipo médico adecuado, nadie iba a seguir saliendo de su casa. Los expertos no mentían cuando hablaban sobre la importancia de mantener la sana distancia.

Cuando Nazli recibió la carta supo que a Jadon no le apetecía seguir hablando sobre Sophie y lo entendía. También pensó en su trabajo y en lo mucho que se arriesgaba por hacer su labor. Quiso preguntarle por eso, quiso averiguar si lo que se decía en los medios era real o no, pero no se animó a cuestionarlo más. Si Jadon quería contárselo, lo aceptaba. Solo imploró porque estuviera bien durante sus caminatas y porque no fuera a coger el virus.

Esa tarde, antes de escribir la nueva carta, Lebel salió al balcón a tomar el aire. Fue ahí cuando en uno de los edificios contiguos, observó movimientos que hacía tiempo no veía. No fue lo que esperaba, se estremeció al ver a una ambulancia que se llevaba a uno de los vecinos en una camilla. Le habían puesto una mascarilla para que pudiese respirar. Era un hombre de avanzada edad y Nazli se imaginó lo peor. Todos los vecinos asomaron la cabeza. Era la primera vez que veían algo de ese tipo, sabían que el virus estaba ahí pero no habían sido testigos de algo similar, algo que los hiciera tomar las cosas en serio, hasta ahora.

—¿Crees que tenga el virus? —le preguntó a Jadon, quien también asomó la cabeza por el balcón.

—No me sorprendería. ¿Por qué otro motivo vendrían a llevárselo? A los que tienen síntomas leves los dejan en casa a pasar la cuarentena. Los casos graves son los que están en los hospitales —explicó apenas apartando la vista de los enfermeros. Lucía preocupado.

En ese momento, observó la llegada de un hombre que después de bajarse de su auto, alzó la mano hacia donde Nazli se encontraba. Ella sonrió ligeramente, saludándolo a la distancia. Vestía casual, llevaba el pelo engomado y los zapatos lustrados. A Jadon le pareció haberlo visto antes, aunque no recordó en dónde. Tampoco hizo preguntas, se limitó a observar lo que acontecía frente a él hasta que comprendió que quizá había pasado algo por alto.

Nazli quiso despedirse de su vecino, pero cuando alzó la mirada, él ya no estaba ahí. La presencia del hombre que la llamaba a través del interfono, le había caído de sorpresa. No esperaba verlo después de tanto tiempo, aunque últimamente había estado pensando en él.

Al cabo de unos segundos, llamó a su puerta. Nazli suspiró y cerró los ojos por un instante.

—Marty —pronunció a la lejanía pues el hombre mantuvo su distancia. Estaba de pie, junto a las escaleras.

—¿Cómo estás? —preguntó al fin.

—Bien… supongo. Todo esto es… ¿qué haces aquí, Marty? Te necesitan en el hospital —articuló con preocupación.

—He estado pensando mucho en nosotros —reveló, deseando poder abrazarla o estar más cerca de ella, pero las recomendaciones

sanitarias eran claras. Él, fiel a sus principios, no quiso causarle más problemas pues ya era un riesgo acudir a su casa—. Todo esto, lo del virus. El trabajo, la vida y la muerte…

—No lo hagas —lo interrumpió—, no hagas esto, Marty.

—He pensado que me comporté como un verdadero imbécil. Me pasé… quería que supieras que jamás pude olvidarte —continuó sin importarle lo que le había pedido—. No te dejé para salir con alguien más, me conoces, Naz. Yo… ¿crees que podamos…? —propuso sin apartar la mirada de ella.

Al final, lo que había estado conversando con Jadon, era cierto. Muchos se estaban animando a hacer lo que no habían hecho por miedo a que el mundo pudiese terminar. Era el golpe que necesitaban para darse cuenta de que solo se vivía una vez en la vida y el motivo por el que esta debía disfrutarse.

—Marty, fuiste cruel… —dijo obligándose a no llorar. Los recuerdos podían con ella.

—No sabes lo mucho que me arrepiento. Dijiste que no querías volver a verme, incluso si fuera el fin del mundo. Esto me parece un fin del mundo… Naz, ¿estás segura de que no querías volver a verme? —quiso saber. Rosó su alma con la mirada y se perdió en el destello de sus ojos.

Ella no lo había olvidado, la ruptura era algo que le seguía doliendo, sin embargo, una parte de ella, muy en el fondo, se alegraba de verlo.

—Pasaba por aquí y… bueno, dicen que las coincidencias no existen… —continuó—. No quería ir al trabajo sin antes disculparme, sin preguntarte si podíamos volver a lo nuestro. ¿Me olvidaste, Naz? ¿Crees que puedas darme otra oportunidad? La gente allá afuera me necesita, pero tú, tú siempre me quisiste más de lo que creí. No te supe cuidar… fue la razón principal por la que decidí alejarme. Quise darte tu espacio, pensé que ibas a ser feliz si encontrabas a alguien más. Ahora no sé si aún querrás estar conmigo, las cosas se están complicando en los hospitales…

—Creo que debemos hablarlo cuando todo esto termine… —dijo sin ser consciente de sus palabras. Fue como si alguien más hubiera hablado por ella—. De cualquier manera, no vas a estar mucho tiempo por aquí. Te necesitan, tú lo has dicho.

—Me vale un tal vez. Eso fue lo que dijiste, ¿no?

—No lo sé, Marty. No soportaría otra ruptura.

—No habrá otra ruptura. Lo prometo —afirmó deseando poder tomar sus manos para de algún modo, hacerle saber que tenía razón. El contacto siempre funcionaba, era una lástima que no pudiera acercarse—. Te aseguro que, si esto no hubiera ocurrido, ahora mismo me habría animado a besarte… Quizá en otro universo lo habría

hecho… —Sonrió ligeramente, pensando en esa posibilidad, en lo imbécil que había sido en el pasado.

—Ese es el problema, si nada de esto hubiera ocurrido… ¿Te habrías animado a venir?

La cuestión le pegó y le provocó un dolor en el pecho, en su ego. Vaciló un poco y sin dejar pasar mucho tiempo, habló.

—Habría venido, tenía planeado hacerlo. Es el motivo por el que estoy aquí… Nazli, si pudieras darme una oportunidad, te haría saber que voy en serio. No te olvidé…

—Para serte sincera, no sé si esto pueda funcionar. No puedes venir y pretender que vuelva a confiar en ti. No puedes pensar que lo he olvidado... Sucedió, Marty, terminaste conmigo de la peor forma posible…

Sus palabras perforaron su corazón con violencia e intensidad. Ella tenía razón. Él debía pensar en algo más.

—Yo lo tengo claro. Te quiero y estoy dispuesto a enmendar mi error... Cuídate, Nazli.

Antes de irse, Marty pareció pensar algo y se giró con rapidez antes de que cerrara la puerta.

—¿Sales con alguien? —intentó averiguar la respuesta en sus facciones. Algo que no tardó en descubrir. Había pasado tiempo con ella, la conocía casi a la perfección—. Lo merezco, ¿cierto? No te supe valorar. Llegué tarde.

—No, Marty. No quieras culparme. Fuiste tú quien así lo decidió.

—Perdón si te di esa impresión. No es lo que quise decir. Reconozco que hice mal y estás en todo tu derecho de alejarme… ¿Recuerdas que te propuse ir de viaje? —La mujer asintió—. Podríamos retomarlo después… como amigos, si quieres. Te aseguro que cuando se termine esta pesadilla, muchos van a hacer lo que tanto quisieron.

—Marty…

—Vamos, Naz. Tómalo como una despedida.

—Marty…

—No te olvidé, sé que tú tampoco lo hiciste.

—Debes irte, te necesitan en el hospital. Cuídate, ya hablaremos después. Ve a salvar vidas.

«¿Qué estás haciendo Nazli?», se preguntó cuando el médico se perdió al bajar las escaleras. «No puedes perdonarlo… Bueno, no te engañó… Te dejó por su trabajo. Lo volverá a hacer», pensó.

—Marty ama su trabajo… Piensa en eso, le has dicho que van a hablar cuando termine el confinamiento. Mientras tanto, debes averiguar lo que ocurre con el hombre que te envía cartas.

«De antemano, sabes que algo es seguro y no quieres aceptarlo», dijo su subconsciente.

8

Pensando en Marty, Nazli escribió:

> *¿Qué tal, Jadon?*
>
> *El romance trágico existe en casi todas las relaciones. El romance ideal solo existe en la literatura y el cine. En las circunstancias en las que estamos, considero que a William no le resultaría complicado pensar en un romance Shakesperiano. Quiero decir, muchas cosas le servirían de inspiración. A estas alturas del confinamiento alguien ya debe estar escribiendo una historia así, pero no lo sabemos. Ahora que lo pienso, creo que el verdadero amor surge de una tragedia. Es decir, después de que te rompen el corazón, tus posibilidades de encontrar a tu verdadero amor, aumentan. No sé, solo estoy divagando. Quizá estamos destinados a sufrir hasta encontrar al indicado. ¿No lo crees?*

Esa misma noche, salió al balcón. Las luces no estaban encendidas en el departamento de su vecino, pero aprovechó la oportunidad para enviarle el avión. Tomó un extremo de la cuerda y jaló de ella hasta que la hoja de papel estuvo al otro lado de la calle.

Ahí, en compañía del brillo de las estrellas, suspiró pensando en la conversación que había tenido con el médico. Estaba segura de que era algo que debía contarle a Didiane. Necesitaba que alguien la ayudara a pensar con claridad.

—Debo ser egoísta ¿no? —se dijo cuando estuvo de vuelta a su habitación—. Estoy pensando en el amor cuando muchos allí afuera, la están pasando mal…

Se recostó sobre la cama, con la mirada fija hacia el techo y pensó en lo mucho que le habría gustado que todo terminara. A veces creía que era parte de una historia, parecía de película, pero así eran las guerras, uno no sabía cuándo iban a terminar o qué iba a venir después. Las muertes aumentaban cada día, ni hablar del incremento de las personas infectadas. Ella había visto que, en las redes sociales, se especulaba sobre una guerra biológica entre los países del primer mundo, una forma de manipular la economía. Fuera eso o no, había llegado al punto de afectar a todos. La verdadera historia se sabría, quizá al cabo de uno o dos años después.

—Espero que el vecino que se llevaron esta mañana, esté bien —susurró regocijándose en las sábanas.

A la mañana siguiente, salió al balcón para continuar con su lectura y se sorprendió al ver que su avión seguía sobre la cuerda.

«Quizá ha pasado una mala noche y aún no se levanta», pensó con desconcierto, sin apartar la mirada de su edificio, en espera de percibir algún movimiento, un sonido o alguna luz. «Ya lo conoces, es algo extraño… Si por lo menos tuviera su número telefónico», caviló.

Pasados unos minutos, empezó a desesperarse. Cogió el libro en el que apenas pudo leer algunas páginas y volvió al interior. Observó los aviones, pensó en Marty, en la conversación del día anterior, en la ruptura, en Jadon, en su historia, en Shakespeare y con decisión, llamó a Didiane. Los recuerdos y las dudas pudieron con ella.

A Didiane le gustaba apoyarla. Mentiría si dijera que no le gustaba escuchar sus indecisiones. Es que a veces la respuesta era tan obvia, que solo necesitaba un poco de ayuda.

—Vamos a ver, Nazli. ¿En serio estás pensando regresar con él? —quiso corroborar mientras tomaba asiento en el sofá. Se había olvidado de ver la película que la había mantenido enganchada por largos minutos, la historia de su amiga era quizá, mejor que una novela romántica—. ¿Por qué? —preguntó sin olvidar su asombro.

—No lo sé…

—Nunca lo olvidaste, ¿cierto? Lebel, ¿qué ocurre? Él te abandonó, rompió contigo después de haberte follado, disculpa que te lo diga así, pero es la única manera que encuentro de decírtelo, porque no, no pudo haberte hecho el amor sabiendo que iba a terminar la relación. Lo tenía planeado, Nazli. ¿Aun así lo sigues amando?

—No sé, Didiane. Dijo que no fue su intención. Tú sabes que después de mí, no hubo nadie más. ¿No fuiste tú quien se encargó de averiguarlo? ¿No fuiste tú la que me convenció de que no debía sentirme mal?

—Sí, sí. Ya está, ya está —resopló con fastidio—. Quizá, Marty tenga buenas intenciones… pero ¿qué te hace pensar que no volverá a hacer lo mismo?

—Conversé con él, nunca antes lo vi tan seguro de lo que decía, ni siquiera en la noche de la ruptura. Lo dice en serio…

—Ya, dices que va en serio… —La chica se levantó y comenzó a caminar a lo largo de la habitación en la que se encontraba—. Entonces ¿por qué me llamas? ¿No tienes ya la respuesta? ¿Qué es lo quieres saber, Naz?

—Le he dicho que debía ir a trabajar, que debíamos hablarlo cuando terminara lo del virus… —reveló sin apartar la vista del balcón.

—Leb, ¿te enamoraste? —preguntó esbozando una sonrisa que

Nazli no pudo observar. En ese momento, Didiane deseó poder estar a su lado para descifrar a través de sus facciones, si le decía la verdad—. ¡Lo hiciste! —chilló de felicidad al percibir los segundos que tardó en responder.

—Noooo —pronunció rotundamente.

—Tu vecino lo ha conseguido, ¿cierto? Fue eso lo que te impidió darle una respuesta al doctor.

—Jadon ha sufrido mucho…

—¿A qué te refieres?

Nazli le contó lo que él le había revelado el otro día sobre su pareja y ella escuchó con atención. También se le salieron las lágrimas.

—Es por eso que no creo que esté buscando una relación. —Nazli se anticipó a afirmar.

—No sé si esté buscando una relación, eso es algo que se da en el proceso… El amor no se busca, te encuentra. Jadon solo encontró el modo de acercarse a ti en tiempos difíciles.

—Pero no me ha dicho nada, si lees las cartas, verás que solo estamos compartiendo nuestros pensamientos, nuestras experiencias. Tú lo dijiste, "quizá se siente solo". Es el confinamiento. Todos buscan conversar con alguien.

—Vamos a ver, ¿a cuántas personas con las que has estado conversando les has hablado sobre tu vida amorosa? ¿A cuántas crees que él les ha hablado sobre lo que le ocurrió? ¿De verdad piensas que todos vamos por ahí, contando nuestras historias más trágicas? Él solo quiso sincerarse contigo. ¿Por qué? No lo sé, pregúntaselo.

—No, no. No pienso preguntarle nada más. La última vez que lo hice, terminó hablándome sobre ella y cuando lo leí, lloré, lloré a mares. ¿Y si es un psicópata? Con sus cartas me hizo confiar en él. ¿Y si me está engañando?

—No, Nazli. No lo sabotees. Tú lo has visto, ¿te parece que es un psicópata? ¿En serio lo parece? —La mujer esperó por la respuesta y después, continuó—. Pues no, no lo parece. No es un psicópata. Si no te hubieras enamorado de él, ni siquiera estaríamos manteniendo está conversación. Ahí tienes tu respuesta.

—Marty va a sufrir, ¿no? —mencionó al fin.

—Sí, va a sufrir. Es lo que es —dijo Didiane sin cuidado, alzando los hombros.

La conversación con ella la dejó pensando. Hablar con su amiga era como hablar con su subconsciente.

—Si no te hubieras enamorado, ni siquiera estaríamos manteniendo esta conversación —repitió después de haber terminado la llamada.

En el fondo, sabía que nunca iba a olvidar a Marty, del mismo modo en el que Jadon no iba a olvidar a Sophie, o en el que cualquier otra persona no iba a olvidar a su primer amor. «Es lo que es», pensó

dando un prolongado suspiro.

Después de la conversión con su amiga, tomó pluma y papel y se dispuso a escribir. Iba a contarle a su vecino lo que había ocurrido con Marty, del mismo modo en el que él le había hablado sobre su pasado.

> *Hola…*
>
> *Él rompió conmigo de un modo tan patético. Juré no volver a verlo hasta que llamó a mi puerta. Sé que no debo darte explicaciones y que tampoco las has pedido, pero no he recibido ninguna respuesta de tu parte. ¿Estás molesto?*
>
> *Se llama Marty y es médico. Nos conocimos en un festival de música. Tú sabes que ahí congenias con muchas personas, todas con los mismos gustos musicales, conviviendo a lo largo del día. Él acudió a mí mientras yo descansaba sobre el césped. Estuvimos juntos el resto de la tarde y después de eso, fue inevitable no volver a vernos. Nos veíamos por las noches, sobre todo por su trabajo. Él se la pasaba en el hospital y no me molestaba. No pretendía que estuviera conmigo las veinticuatro horas del día. Supongo que no pudo vivir con eso…*

Le escribió sobre lo que había ocurrido y finalizó con lo que sucedió cuando llamó a su puerta. Al cabo de unos minutos, dobló la hoja y envió el avión hasta su balcón. El otro seguía ahí, pero no lo retiró. Confió en que al día siguiente podría tener una respuesta.

Al anochecer, cuando Jadon volvió a su departamento, cogió los aviones y sonrió al ver que ella se había preocupado. No pretendía que le hablara sobre su ex, jamás fue su intención, pero si lo había hecho era porque confiaba en él y porque existía la posibilidad de que se estuviera enamorando.

No lo pensó ni un segundo, entró a su departamento, buscó su dron y cogió una rosa. Era de noche, afuera ya no había nadie. El silencio inundaba las calles y por algunos segundos, se olvidó de lo que ocurría en el mundo.

El dron llegó hasta el otro edificio y con cuidado, hizo que chocara contra la ventana del departamento para hacerla salir. Al cabo de dos golpes, el fotógrafo vio que las luces se encendieron y llevó al dron hasta el balcón. No hizo falta que se lo dijera, ella supo que se trataba de él. Sin pensarlo, salió y esbozó una sonrisa que le hizo casi morir de alegría.

—¿Tienes un dron y no pensaste en enviar las cartas así? —Fue lo primero que dijo.

—Me gustan los retos.

—¿Sabes qué creo? —Sonrió levemente esperando por la respuesta —. Que me mentiste. No es que hubieras fallado al enviar los aviones. Lo hiciste con el dron desde el primer momento y lanzaste el resto de ellos adrede. Me hiciste creer que lo habías intentado. Nooo, espera —se apresuró a decir en cuanto la idea le vino a la mente—. No creíste que podría hacer llegar el avión hasta tu balcón, ¿no? Ja, te sorprendí. ¿Cierto?

—En serio ¿crees que pude haber sido capaz de todo eso? —Sonrió, para Nazli eso fue perfección—. Vamos, si me subí a una escalera para crear este sistema de envío.

—No me explico cómo es que no tuve ninguna copia de tus cartas. Quizá lo de la escalera si lo hiciste, pero vamos, ¿los aviones?

—Suerte. Te lo dije… ¿No la quieres? —hizo referencia a la rosa.

Ella la tomó, la olió y suspiró. Jadon era un maldito romántico.

—Gracias… —fue lo único que pudo decir. Estando ahí, frente a él, deseó poder abrazarlo.

—No estoy molesto. Es que estuve muy ocupado con el trabajo —explicó e hizo volver el dron, después se acercó más a la baranda. Contemplarla le hacía bien—. ¿Has leído “El Principito”? —inició la conversación que podía marcar la diferencia en su relación.

—No, en realidad…

—La rosa tiene diversos significados. Representa algo por la rosa en sí pero también para El Principito. A muchos, pensar en lo que representa por la rosa, no es de mucho agrado. Puede hacer referencia al egoísmo o a la dependencia. Yo me inclino más por…

—¿El romanticismo? —intervino sin apartar la mirada. Ella también se había acercado a la baranda. Eso le hizo pensar en una historia que alguna vez Didiane le contó al volver de uno de sus viajes. En realidad, se trataba de una leyenda mexicana en la que a dos enamorados no se les permitía estar juntos. Cuando Didiane se la contó, pensó en Romeo y Julieta. Pues bien, los enamorados encontraron la manera en la que podían verse, y esta fue gracias a unos balcones. En ese lugar, la ventana de la habitación de la mujer daba a un angosto callejón por el que, con tan solo asomarse y estirar la mano, se podía tocar la pared de la casa de enfrente. La leyenda también tenía un final trágico como en la obra de William Shakespeare. Los enamorados mantuvieron conversaciones en los balcones, pero fueron descubiertos y la chica murió al recibir una daga en el pecho. El hombre no pudo hacer más que besar a la dama y al no resistir su muerte, se suicidó. Según Didiane, había otras versiones, pero lo importante era el mensaje de ese amor intenso y apasionado que te incitaba a morir por haber perdido a tu pareja. Por no atreverte a vivir sin él o ella.

—Sí, el romance. Para El Principito representa un amor

desinteresado, un amor puro. La rosa es única para él y merece todo su amor y atención… Por supuesto, para otros, la rosa representa lealtad, el modo en el que nos concebimos; alude a nuestra esencia, incluso hasta nuestro primer amor. Representa lo más preciado que tenemos, aquello a lo que le dedicamos nuestro tiempo. Es amor y por ese motivo, toda rosa es única…

Las palabras del fotógrafo representaron los pensamientos que ella había tenido sobre Marty, Sophie y Jadon, aunque no se lo dijo.

—Entiendo, pero me falta claridad. —Leb pretendió externar sus dudas—. ¿Qué quieres decir?

—Creo que fui demasiado claro. Tú ¿no lo recuerdas?

Jadon iba a decírselo, pero una llamada entrante se lo impidió. Era del trabajo, debía ser importante si lo llamaban a esa hora. No tuvo otra opción y se disculpó, prometiendo en otra ocasión, continuar con la charla.

9

Desde el inicio del brote del virus en China a finales del 2019, el Covid-19 se había extendido a más de 179 países, infectando a poco más de 650 mil personas y matando por desgracia, a 30 mil. Eso fue lo que Nazli leyó en el periódico y le estremeció tanto pensar en las familias de todas esas personas. Eran más que números, eran sujetos que habían vivido, individuos que podía jurar, jamás llegaron a imaginar que su vida iba a terminar así. Ese día, también se informó sobre el decreto que ordenaba el luto oficial a los fallecidos por Covid-19. Entrando en vigor en las primeras horas del día siguiente. Se aseguró en los medios de comunicación que a mediodía la bandera nacional iba a ondear a media asta, para guardar un minuto de silencio por los fallecidos. Se había alcanzado una cifra muy grande en muertes. Por otra parte, en Wuhan, el foco esencial de la pandemia, se informaba que se había comenzado a reabrir paulatinamente algunos servicios, después de dos meses de aislamiento.

«Vaya, me sigue pareciendo una pesadilla», pensó al tiempo en el que estiraba los brazos sobre la cama.

Lo que Jadon no pudo decirle durante la noche anterior, fue suficiente para haberla mantenido en vela. Empezaba a pensar en una historia romántica, en una historia con final de Disney y en la posibilidad de vivirla con él.

Era domingo por la mañana y cuando salió a tomar su taza de café, encontró un avión más. Sonrió ligeramente, eso empezaba a volverse interesante. Esta vez no ingresó a su departamento para leerla, era un buen día para disfrutar de los rayos del sol, del silencio y de la calidez matinal.

Afuera, algunos vecinos ya estaban disfrutando del día. El ingenio había vuelto a sorprenderlos después de una semana más de confinamiento. Los días parecían ser eternos. Se atrevía a asegurar que algunos podían ya estar perdiendo la noción del tiempo y la cordura.

Con esos pensamientos, desdobló el avión y empezó a leer.

Hola…

Si debemos sufrir para encontrar el amor, entonces creo que no debe llamarse así… En este punto de la vida me pregunto si vale la pena enamorarse. Es decir, tú lo has dicho, piensa en lo que pasó con tu ex, piensa en lo que ocurrió en mi relación. ¿Ves por qué te dije que

faltaba algo de romanticismo? No es que estemos destinados a sufrir hasta encontrar al o a la indicada, ocurre que el amor no es lo mismo sin el dolor. En el fondo, nos gusta sufrir. Es imposible que todo sea color de rosa, piensa en qué pasaría si hiciéramos lo mismo cada día de nuestra vida. La rutina le quita el encanto, ese halo de misterio, ese interés por vivir. Lo que ocurre con el virus es algo que no teníamos contemplado, y es la misma razón por la que tenemos ganas de disfrutar la vida. Lo mismo ocurre con el amor, lo aceptas, incluso sabiendo que puede terminar mal. Lo sé, yo mismo me he respondido: vale la pena enamorarse. Incluso aunque termine mal, porque en nuestra mente perdurarán los buenos recuerdos. El amor es como una montaña rusa.

—¿Por qué eres así? —se preguntó con interés—. Tan romántico, profundo, enigmático. ¿Qué ibas a decirme ayer, Jadon? —volvió a su habitación y pensó en sus últimas palabras—. “Tú ¿no lo recuerdas?”. ¿Qué quisiste decir? Recordar ¿qué?... Vamos, haz memoria. Piensa, piensa… —se animó a falta de Didiane.

En ese instante, su teléfono empezó a sonar, obligándola a abandonar sus pensamientos. Con curiosidad, se dirigió hasta la mesa en la que había dejado el aparato y se sorprendió al leer: “Marty hijo de p***”, sobre la pantalla. «Tengo que cambiar ese nombre», se dijo como nota mental antes de responder.

—¿Marty? ¿Cómo estás?

—Buenos días, Nazli. Estoy bien. ¿qué hay de ti?

—Bien, bien —respondió y al instante, estornudó.

—¿Estás segura? —se alarmó el doctor.

—Sí, estoy bien. ¿Qué quieres, Marty?

—No quería molestarte… Me hice un espacio en el trabajo para llamarte y escuchar tu voz. ¿Recuerdas cuando fuimos a ese retiro de parejas al que nos obligó Didiane a ir? —Nazli sonrió y afirmó. Había sido una experiencia maravillosa—. Nos vendaron los ojos para que pudiéramos encontrar a nuestra pareja en medio de tanta gente, guiándonos por la voz.

—Sí, lo recuerdo. Fuimos la primera pareja en encontrarse. Y ¿recuerdas cuando participamos en la carrera de relevos? —Naz sonrió y escuchó a Marty reír. Casi pudo imaginarlo.

—Sí, sí. Fue una pasada, reímos sin cansancio. La mejor parte fue cuando tuve que cargarte en mis hombros para atravesar el río. Nos estaban pisando los talones, pero en cuando bajaste, saltaste sobre las llantas y diste el pase que nos dio el gane. Después, acudiste a mí y me besaste…

—Sí, estaba tan feliz por haber ganado.

—¿No lo extrañas? —preguntó con aflicción.

—Sí…

—Yo también... Oye, ¿tienes planes para esta noche?

—Estamos en confinamiento, ¿qué planes podría tener? —dijo con una sonrisa.

—No sé, quizá pensabas ver una película, hablar con tu amiga, diseñar algo, dar un paseo virtual, leer un libro… no sé.

—Bueno, ahora que lo dices, había planeado ver una serie…

—¿Te molestaría si más tarde hablamos por videollamada? Mañana empiezo a atender a pacientes con Covid, lo más seguro es que mi tiempo se reduzca drásticamente...

—¿Qué piensas conseguir con todo esto?

—Quiero que volvamos a ser amigos. Siempre que tú estés de acuerdo. Tampoco quiero ser una molestia para ti —reveló con astucia.

La artista digital suspiró con pesadez. La situación que se estaba viviendo a nivel mundial, le hizo pensar en las oportunidades que, como seres humanos, dejábamos pasar, en el arrepentimiento de no haber convivido con los que nos importan, en las ganas que tenemos de conectar, hablar y pasar el rato con nuestros semejantes. En muchas ocasiones, la vida funcionaba de un modo tan extraño y peculiar, que en un abrir y cerrar de ojos, se podía terminar. Convencida de pensar en el confinamiento como una experiencia más de aprendizaje, accedió.

Ese día no pudo responderle a Jadon. Se sentía mal, no sabía si era por la conversación que había mantenido con Marty o por la sensación de estar enfermando.

Antes del anochecer, salió a tomar un respiro. Jadon la vio con cierta preocupación. No externó nada, quizá fuera su imaginación. Prefirió mantener la vista en su teléfono y esperar a que, con suerte, ella iniciara la conversación. La notaba algo molesta, preocupada y pensativa.

—¿Has escuchado la leyenda del “Callejón del Beso”? —Nazli llamó su atención con tan solo ocho palabras.

Él se levantó y recargó los brazos sobre la baranda del balcón. La miró con interés y negó con la cabeza.

—Es una leyenda mexicana, y es similar a lo que hacemos tú y yo. Mantenemos conversación en los balcones —explicó sin saber por qué le hablaba de ello.

—Cuéntame más —imploró el fotógrafo. Para él, ese había sido un gran avance. Nazli se había animado a iniciar la conversación del modo en el que él solía hacerlo. Eso le hizo recordar lo que su padre le dijo años atrás: una buena relación, surge de la capacidad de aportar algo a la otra persona, para que puedan recordarse y se animen a ser

mejores cada día.

—La mujer estaba… confinada en su habitación, digámoslo así. Y su amado, al no poder estar con ella, buscó la manera de estar a su lado… —le contó la leyenda según la recordaba, entre otras cosas, hasta que la conversación se extendió por al menos, dos horas más.

—Espera, espera… Volviendo a lo anterior, ¿por qué el habría de suicidarse?

—Dolor, amor…

—¿No te parece una locura? ¿Morir de amor?

—Sí. Es una locura.

—Hace un rato dijiste que se parece a lo que estamos haciendo, ¿en qué sentido? ¿Insinúas que…?

—No insinúo nada. Solo digo que me parece interesante que conversemos de este modo.

—¿Cuál es tu número telefónico? Quizá podríamos cambiar a los mensajes de texto —propuso Jadon.

—No digo que debamos abandonar lo de los aviones… —comentó caminando a lo largo de su balcón, como si al hacerlo pudiera encontrar una respuesta más directa.

—¿No quieres darme tu número telefónico? —dijo con cierta desilusión.

—Vamos, Jadon. No juegues conmigo.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero, no te entiendo… ¿A dónde quieres llegar con todo esto? ¿Puedes dejar de caminar? —imploró.

Nazli se llevó las manos a la cara, se detuvo por unos instantes y después, continuó moviendo los pies.

—Ni siquiera yo lo sé.

—Te lo voy a poner fácil —intervino el fotógrafo sintiendo el latir de su corazón. En ese momento, ella detuvo sus pasos y lo miró con interés.

—Te escucho.

—Según entiendo, me estás diciendo que te has enamorado… —Nazli lo vio sintiéndose apenada, en realidad había sido tan obvia—. Pero tienes dudas —finalizó con desilusión.

—Es aquí cuando debo preguntar, ¿tú estás enamorado? —Las palabras salieron de su boca sin pensarlo porque era algo que la estaba matando desde hacía horas o días, tal vez.

Jadon Haland sonrió y la contempló por lo que parecieron ser los segundos más largos de su vida. Pensó en arriesgarse y así lo hizo. De cualquier modo, el “no” ya lo tenía, no podía perder más.

—Sí —reveló con decisión—. Lo estoy, Naz.

—Lo estás… —susurró con cierta preocupación.

—¿Qué hay de ti? ¿Puedo hacer algo para quitarte la duda? —Se estaba arriesgado.

—Ya has hecho suficiente… —finalizó, sintiendo su teléfono vibrar. Había llegado la hora de hablar con Marty.

Su vecino la vio con interés, casi podía jurar que le había dicho que se había enamorado de él, sin embargo, algo en su teléfono había acaparado su atención. En ese momento, recordó el evento del otro día y pensó que no se había detenido a averiguar si había hecho las paces con el médico. De así hacerlo, él habría estado actuando como un imbécil.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella alzó la mirada dejando que el teléfono siguiera vibrando.

—Dime.

—Estaba pensando que… estoy haciendo todo esto sin saber si te estoy poniendo en aprietos, quiero decir, el hombre del otro día… ¿Se han arreglado?

—No, bueno… él quiere hacer las paces. ¿Sabes? Todo esto me ha puesto a pensar, no puedo guardarle rencor, no sabiendo que el mundo podría terminarse mañana…

—No va a terminarse mañana —respondió con un poco de frialdad en la voz.

—Es un decir…

—Bien, debo irme. Supongo que tienes razón, no podemos dejar para mañana lo que podemos hacer hoy.

Dicho esto, volvió a su departamento y se recostó sobre la cama intentando pensar en algo para ganarse su corazón. Por la conversación que habían tenido antes de la interrupción del teléfono, tenía la seguridad de que no todo estaba perdido.

Cuando Nazli volvió adentro, recibió otra llamada del médico y esta vez respondió, tomando asiento en el sofá.

—Hola, ¿todo bien? —inquirió al notarla algo extraña—. Tuve una larga jornada laborar. Disculpa llamarte a esta hora. Tuve que asearme al volver a casa. Ya sabes, las medidas higiénicas.

—Esto me parece extraño, más allá de hablar por videollamada… Me refiero a nosotros, hace meses que no sé de ti.

La contempló, observó el panorama a su alrededor y se percató de los aviones en la estantería que estaba detrás de ella. Reparó en las letras apenas visibles en algunos de ellos y pensó en la conversación del otro día.

—Escucha, sé que fui un idiota y que tardé mucho para volver a contactarte. Lo importante es que lo estoy haciendo ahora… más vale tarde que nunca, ¿no? Soy consciente de que no va a ser fácil. No me quites la oportunidad de volver a ser amigos, quiero hacer las cosas bien…

Para el final de la conversación que se había prolongado durante un par de horas, ambos podían asegurar que habían quedado en buenos

términos. Aquello estaba bien para Marty, podía vivir con eso, pero al día siguiente, cuando iba de camino al hospital, por su mente pasó la idea de fastidiar a quienquiera que estuviera pensando en salir con Nazli. Sin esperar más, cambió de dirección y giró el volante para dirigirse hacia el edificio de la mujer. Estaba seguro de que bastaba con fingir salir del edificio, como si hubiera pasado la noche en el apartamento de la chica.

Aparcó el auto como lo había hecho con anterioridad. Bajó del vehículo y observó la cuerda que conectaba el balcón de su ex con el departamento del edificio de enfrente. Pensó que no podía ser coincidencia. Para él, era el lugar en donde vivía su rival. Dispuesto a no dejarse vencer, llevó a cabo su plan. Pretendía hacerlo los días que fueran necesarios hasta asegurarse de que el mensaje hubiera sido recibido, pero no hizo falta.

Aún era temprano para ver a alguien por las calles. En realidad, no debía verse a nadie caminar a lo largo de la acera, pero al salir del edificio de Nazli para dirigirse a su auto, vio a un hombre abandonar el edificio de enfrente. Llevaba colgada una cámara fotográfica, una mascarilla quirúrgica, un par de guantes y un chaleco blanco que decía prensa. El sujeto lo miró con recelo por aproximadamente cinco segundos, no hizo falta más para saber que era el ex de Nazli. Aquello desconcertó a Jadon, creando infinidad de ideas en su cabeza.

Sorprendido, se subió a su motocicleta y avanzó en dirección contraria a la que Marty pretendía dirigirse. Por el modo en el que lo había visto, el doctor supo que lo había logrado. Ahora tenía un rostro y la certeza de que su plan había funcionado. Antes de volver a su auto, observó con malicia al fotógrafo hasta que se perdió al doblar la esquina.

10

P

ara Jadon, ese era el último día en el que debía trabajar. La llamada que había recibido antes de haber dejado inconclusa una de sus conversaciones con Nazli, había sido para informarle sobre las medidas que debía tomar al salir a fotografiar. Además de ponerlo al tanto sobre los ajustes en la redacción. Le habían dicho que el lunes era el último día en el que requerían sus servicios, por lo menos hasta que todo volviera a la normalidad. Por lo que sabía, las medidas de contención ahora eran más severas.

«Imbécil, tienes que arreglarlo», se dijo en medio de un silencio estremecedor. Después de haber visto al médico salir del edificio, le fue fácil imaginar lo que había ocurrido durante la noche. «Tienes que arreglarlo», se repitió.

—Pero arreglar, ¿qué? —se preguntó, esta vez en voz alta—. No hay nada que arreglar, quiero decir. Estamos bien… a no ser que haya vuelto con su ex…

Esa tarde, Marty volvió a conversar con Nazli y le habló sobre lo que sucedía en el hospital. Le contó que constantemente o por lo menos durante cada jornada, debía realizarse una prueba para saber si tenía el virus o no, y en todo caso, saber si podía laborar. Le habló sobre el periodo de incubación, los casos asintomáticos, y los síntomas, también mencionó que una muestra respiratoria servía para detectar las proteínas del virus y que un test rápido no era la mejor opción a pesar de su rapidez y facilidad de uso.

—El test tiene un grado de 64% a 80% de fiabilidad. La mejor opción es el PCR, una prueba altamente fiable al detectar el ARN del virus… —A Marty le apasionaba hablar sobre el tema.

—Yo me he enfermado, pero no creo tener el virus…

—Si los síntomas no son graves, no es necesario que acudas al médico. Corres más riesgo viniendo aquí.

—No planeaba ir... —Rio antes de estornudar.

—Por cualquier cosa, estaré al pendiente de ti. Te llamaré para saber qué tal estás, si no te molesta. Antes de que digas algo, es una enfermedad seria, déjame estar al pendiente de ti, en caso de ser grave…

—De acuerdo… pero te anticipo que no es más que una simple gripa.

—Recuerda no tomar antibióticos. Hablamos luego, ¿de acuerdo?

—Se despidió pensando en las probabilidades que tenía de enfermarse.

Leb durmió por aproximadamente cuatro horas. Para cuando despertó, ya estaba por atardecer. La cabeza ya no le dolía, pero tenía escalofríos. Con cuidado, se levantó de la cama, tomó una cobija ligera para envolverse en ella y se dispuso a salir al balcón. Cuando tomó su teléfono vio que tenía un mensaje de voz de Marty, preguntándole por su estado de salud. Prefirió responder en un texto, de manera breve y sin dar paso a una conversación.

Al salir, automáticamente sus pupilas se detuvieron por largos segundos, en la figura de Jadon, porque, aunque no lo quisiera aceptar, ya formaba parte de su vida, la ilusión y la sonrisa que tenía cada vez que recibía sus cartas o cuando lo escuchaba manifestar sus inquietudes, mientras alzaba las cejas y la iluminaba con el brillo de sus ojos, era imposible de olvidar. Se había colado en lo más profundo de su ser al punto de encariñarse por haber cambiado su mundo, por animarla a volver a creer en el amor. En cierto sentido, aquello le daba miedo. Para cuando se dio cuenta, se percató de que le estaba permitiendo entrar en su vida y de que le estaba abriendo un espacio en su corazón, a sabiendas de que no quería sufrir.

Estaba sentado en una silla, mirando el teléfono. Instintivamente, alzó la vista y la estremeció con la mirada. Pensaba en lo que había visto al inicio del día, por lo que tuvo que esforzarse para no cometer una estupidez. A decir verdad, no tenía por qué enfadarse, no eran más que conocidos, ni siquiera sabía a ciencia cierta si estaba interesada en él, por lo menos un poco. Lo suficiente para animarse a hacer algo más. Tampoco es que quisiera forzarla a enamorarse. Aquello era algo que, de llegar a suceder, surgiría con naturalidad y con la fuerza necesaria para perdurar al paso del tiempo.

En su lugar, se limitó a suspirar e intentó conversar como si nada hubiera pasado por su mente.

—Hola, ¿te has enfermado? No luces muy bien. Deberías ir al médico… —propuso forzándose a no decir algo de lo que más tarde podría arrepentirse.

—Estoy bien, es solo un resfriado. Se me pasará rápido, no suelo enfermarme de gravedad.

—Bien, no dudes en pedir ayuda si la necesitas —finalizó volviendo la vista al móvil. No quería parecer un patán pensando en cosas que no debía. Lo que ocurría entre ella y el médico no debía importarle. No mientras ella siguiera siendo su amiga.

La actitud de Jadon le pareció inusual. Solía hablarle con soltura, conversar sobre cualquier tema y hacerla reír. Verlo así la inquietó un poco, aunque por largos segundos, no dijo nada, ni siquiera se animó a indagar el motivo por el que estaba así. Quizá hubiera tenido un mal día. ¿Quién no los tenía en tiempos como esos?

—¿No crees que ya es momento de que hablemos por teléfono? —preguntó antes de marcharse.

Afuera había algunos vecinos que agudizaban el oído mientras disimulaban no prestarles atención. El modo en el que actuaban era prueba irrefutable de que querían saber lo que estaba ocurriendo.

Jadon la miró sin comprender por qué hacía eso. Al final, recordó que era una mujer decidida y se convenció de que sus días durante el confinamiento eran mejores cuando conversaban.

—Te escribiré el mío en una hoja… —Hizo un ademán para ir a por un folio, pero él se anticipó.

—Yo voy, espera. —Jadon ingresó a su departamento, cogió una hoja y un boli, los sujetó en la cuerda con ayuda de pinzas y jaló de ella hasta llegar al otro extremo.

Leb los tomó, escribió su número y se lo hizo llegar. Cuando él lo tuvo en sus manos, se despidió con una sonrisa, no sin antes agradecerle.

Nazli ingresó a su departamento con la intención de prepararse un té. Afuera ya había oscurecido, los vecinos, resignados, volvieron a sus camas y el silencio inundó el lugar.

Transcurría la tercera semana del confinamiento. Marzo había terminado y para ese entonces, muchos podían asegurar que el mundo ya había cambiado.

Nazli se tomó su tiempo mientras esperaba la llamada del fotógrafo. Por un instante llegó a pensar que le había mentido. «¿Para qué iba a llamarte? No tiene sentido. Y, de cualquier manera, ¿qué vas a decirle? ¿Que te has encariñado con él?»

Fue el sonido de su teléfono lo que le hizo volver a la realidad. Cuando lo cogió, sobre la pantalla pudo observar un número desconocido. El cosquilleo en su estómago no tardó en aparecer, los bellos de sus brazos se le erizaron y el palpitar en su corazón, aumentó. Habían conversado, pero la llamada significaba un paso más en lo que fuera que estuvieran teniendo. Mil veces se dijo que no debía hacerse ilusiones, sin embargo, era imposible no esbozar una sonrisa. Tomó asiento sobre el sofá y con entusiasmo, cogió la llamada.

Durante la conversación, Jadon no mencionó nada sobre el hombre al que había visto salir de su edificio. Le bastaba con saber que ella le seguía hablando y que había accedido a darle su número telefónico.

—¿Cuánto tiempo crees que dure todo esto?

—No lo sé, puedo ser optimista y decirte que un mes, pero he leído que puede prolongarse. Va a ser un año complicado, mucho más de lo que ya es. —Resopló—. No se puede pensar que se va a terminar cuando el confinamiento finalice. Todo esto es una medida estratégica para evitar que colapsen los hospitales. Inevitablemente, muchas

personas van a tener que contagiarse, y en la medida en la que acatemos las indicaciones, podremos salir de esto. No nos queda más que seguir como hasta ahora.

—Vaya lío… Supongo que tendremos que esperar mucho tiempo para volver a caminar por las calles.

—No está del todo mal. Te he conocido y ahora somos muy buenos amigos, ¿no? —afirmó, sintiendo antipatía por la palabra “amigos”.

—¿Por qué me hablas ahora? Vivimos el uno frente al otro.

—¿Me conocías antes de esto? —inquirió Jadon casi anticipando su respuesta. Para ese entonces, él ya se encontraba tumbado sobre el sofá, sonriendo como un tonto.

—No.

—Yo te vi en algunas ocasiones, pero parecía que no querías saber nada sobre nadie —reveló esbozando una ligera sonrisa. «Si ella supiera», recordó algo que por el momento no podía decirle. Por lo pronto, saber que podían seguir conversando, lo ponía de buen humor.

—¿Tan mala impresión te di?

—No es eso. Te lo contaré después… dame la oportunidad de guardar el misterio. Nos queda mucho tiempo aquí, piensa que esto es como una historia, si te lo digo ahora, se pierde el interés. ¿Y después de qué hablaremos? ¿De cómo cocinar, de la nueva noticia en las redes sociales, de lo que hiciste en casa? Sí, es interesante, pero estoy seguro de que al cabo de unos días no habrá mucho que decir.

—Oh, vamos. No evadas el tema. Dímelo —insistió.

—¿Ya te sientes mejor? —Tenía un don para evadir las preguntas. Eso a ella le hizo sonreír. Pese a todo, sabía que era algo que ya le diría después.

—Un poco, por lo menos ya no tengo escalofríos. Pero no te aterres, no tengo el virus —aseguró de manera triunfal.

—¿Cómo puedes estar segura? —inquirió solo para fastidiarla.

—No tengo todos los síntomas que se mencionan en televisión. Es solo una gripe estacionaria.

—Yo soy un poco paranoico —reveló pretendiendo narrarle una de sus tantas experiencias. Esta vez, se puso de pie y comenzó a caminar. A veces se fastidiaba de permanecer tanto tiempo en el mismo sitio, que era necesario estirar sus pies—. Cuando todo esto comenzó a sonar, pero aún no se declaraban medidas estrictas de confinamiento, acudí a un evento cultural en el que me encontré con cada individuo que, ahora me da pena recordar. Ya no sé si lo hacían para fastidiar o si en realidad lo hacían porque estaban enfermos—. Leb lo escuchaba con atención. El fotógrafo tenía un tono de voz que hechizaba pues hablaba con pasión. Casi podía transportarla al lugar al que hacía referencia—… Ellos tosían sin cubrirse la boca. Y ¿sabes? Yo imaginaba a todos esos gérmenes viajando por encima de otros

chavales. En varias ocasiones me tuve que apartar de ellos.

—¿Te enfermaste? ¿Pillaste al virus?

—No lo sé. Me sentí mal, me dio tos, tuve fiebre, dolor de cabeza, dolor muscular… Dios, sentí que me moría. Al cabo de unos días me sentí mejor. Pude haberlo tenido y recuperarme sin dificultad, pero imagina que pude haber contagiado a cualquier persona que se cruzó en mi camino, incluso sin saberlo. Qué mal rollo. Pude haber sido responsable de muchas muertes —mencionó con preocupación.

—¿Hablas en serio? —No era una idea descabellada, pero en ese entonces ¿cómo iba a saber que todo eso sí era verdad?

—Qué sé yo. El confinamiento se declaró una semana después de que me recuperé. Y no digo que haya sido mi culpa, quiero decir que fuimos unos irresponsables, yo y otros tantos. ¿Me entiendes? Ocurrió en México en posiblemente el último concierto del año a nivel mundial. ¿Viste las noticias? Las personas asistieron al festival de música en medio de la pandemia.

—Sí, comprendo lo que dices. Aunque no vale la pena lamentarse. Lo importante es que ahora estamos haciendo algo.

Ambos conversaron hasta casi el amanecer y el problema que creía haber tenido, podía ya no ser un problema. Por ahora, estaba bien con solo ser su amigo. Ese era el primer paso antes de decidir estar en una relación.

Ambos eran conscientes de que el mundo no se iba a terminar ese año y de que podían seguir conversando de ese modo, por lo menos hasta que las autoridades les permitieran salir. Jadon sabía que no había prisa para quedar y que tenía el tiempo suficiente para enamorarla antes de la primera cita. Siempre y cuando, dejara al médico.

11

En la primera semana de abril Nazli leyó en las tendencias de Twitter, una noticia que le hizo pensar en lo que ocurría en América Latina. La situación era complicada y diferente en cada país, lo tenía claro, pero uno nunca se percataba de eso hasta que lo veía. «En la vida hay muchas cosas que pasamos por alto, en nuestro mundo pensamos que todos viven o tienen los mismos recursos que nosotros, cuando no es así. Para algunos la vida es más dura», pensó con dolor. La situación se complicaba en una ciudad de Ecuador. Su sistema sanitario y funerario había colapsado. Nazli lloró cuando vio las imágenes en Internet.

Cargada de emociones, tomó una hoja y un bolígrafo para escribirle una carta a su vecino. Existía la posibilidad de que se estuviera enamorando, pero aún no lo aceptaba.

Buen día, Jadon:

Piensa en que la pandemia no hubiera ocurrido. ¿Qué estarías haciendo? Yo quizá estaría planeando realizar un viaje con mi mejor amiga. Hace tiempo que me lo había propuesto… siempre le di largas. Al inicio del año me propuse aceptar. Iba a ser una sorpresa para ella, el mes anterior iba a comprar los billetes para entregárselos en su cumpleaños. Es una lástima, porque ahora pasará su fiesta sola… Tiene pareja, pero vive a kilómetros de ella. Ya sabes cómo funciona el amor a larga distancia…

Estaba pensando en lo que ocurre en Guayaquil, ¿lo has visto? A eso te referías cuando dijiste que éramos afortunados, ¿no? Estoy abatida, ¿cómo es que el gobierno no hace nada? Ahora ya no sé si vale la pena buscar culpables.

Más tarde, Marty llamó a Nazli.

—¿Cómo estás? —inquirió con preocupación después de no haber recibido respuesta de su parte durante algunas horas. No quería ser dramático, pero había estado pensando con seriedad en ir a visitarla para saber si se encontraba bien.

Por su tono de voz, Nazli percibió que estaba agotado, quizá no había dormido mucho.

—Hola, Marty. Estoy mejor. ¿Cómo están las cosas por allá? —Las llamadas del doctor últimamente eran más frecuentes. Iba en serio cuando le afirmó que, de llegarse a dar, iba a ser un mejor novio para ella.

—Es una locura. No paramos de trabajar. Han ingresado muchos pacientes. La situación es grave, Naz. Esta mañana tuve que informarles a muchas personas sobre la muerte de sus familiares. A veces siento que no puedo con esto…

—Tranquilo, lo estás haciendo bien. Son las circunstancias las que nos han llevado a esto…

—Te extraño, Naz.

—Marty… —Ella quiso decirle que tenía una respuesta, que lo suyo no podía volver a ser lo mismo. Y que reconsiderar volver a salir, había sido un error.

—Lo siento, tengo que irme. Me han asignado un paciente. Cuídate. Te llamo más tarde.

Terminó la llamada casi al anticipar lo que le iba a decir. No quería darse cuenta del error que había cometido.

Al cabo de unas horas, Lebel leyó la carta que Jadon le había enviado.

Hola, Nazli Lebel:

Esto es complicado, no lo voy a negar, pero hablar y dar mi opinión sobre lo que ocurre ya no me apetece. Sobre todo, porque siempre podría estar diciendo lo mismo. No quiero fingir que nada está ocurriendo. Es que me jode y me pone mal. Todos sabemos que hay desigualdades y preferimos obviarlas. ¿Has visto esa película de la que todos hablan, la de "El hoyo"? Si no la has visto, deberías hacerlo. Te deja con una mala sensación. Cuando la vi, juro que la comida no me pasaba. Lo peor es que sabemos que todo eso existe, pero lo olvidamos al cabo de unos segundos. Siempre habrá quienes querrán hacer lo mejor para su nación, tendrán ideas y se esforzarán, trabajarán para ello... Sin embargo, siempre serán soñadores. ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que olviden sus ideales? O mejor, ¿cuántas cosas tienen que ocurrir para que declinen, para que el sistema los consuma y cambie su mentalidad? Para serte sincero, es muy probable que deba pasar muy poco tiempo. Se lucha contra un sistema muy grande. Solo tienes poder cuando estás por encima de otros, y créeme, siempre habrá otros más arriba. Suena cruel, pero a veces prefiero solo seguir con mi vida.

Sobre lo que estaría haciendo… Tenía planeado escribir un libro. Quizá estaría escribiendo el primer capítulo. Tal vez estaría

asistiendo a cursos para tocar el piano, me habría animado a hacer un blog en YouTube, narrando mis experiencias en el arte de la fotografía. O estaría contigo, dando un paseo en carretera. Todo podría haber pasado. Tampoco creas que mi vida era tan interesante. Lamento desilusionarte, Naz.

No iba a negarlo, despertaba cada día esperando poder leer sus cartas. Pensaba en cuántas personas tenían la posibilidad de encontrar a alguien como él, porque era un hombre que enamoraba con sus palabras.

Ella había visto la película y odiaba admitir que tenía razón. No obstante, no podía dejarse todo en manos del gobierno. Estaba claro que en algún momento la sociedad tenía que despertar. ¿No ocurrió así durante el Renacimiento o la Ilustración? Ella confiaba en que los grandes cambios no se daban de la noche a la mañana y sabía que tampoco los lograba una sola persona.

Horas más tarde, como de costumbre y debido al distanciamiento social, Didiane la llamó para saludar y de paso, para saber cómo estaba llevando la relación con su vecino. La conocía y sabía que en ocasiones necesitaba de un pequeño empujón para animarse a hacer las cosas. De cualquier modo, buscaba olvidarse por un rato de lo que veía en el noticiero, la vida solía llevarse mejor cuando se encontraba una distracción y un propósito, en ese momento, enterarse de las novedades en la historia de Nazli, era su principal propósito.

—Hola. ¿Cómo va todo con tu vecino? —preguntó al otro lado de la línea. Se le notaba en la voz ese toque de picardía y cotilleo, algo que le causó una punzada en el estómago.

—Jadon y yo seguimos hablando. ¿Sabes? No se puede hacer mucho en el confinamiento.

—Bueno, no es impedimento, he visto en las redes sociales que los románticos se las ingenian para, tú sabes… —insinuó con descaro—. ¿Estás enferma?

—Ya no.

—¿Él está enfermo?

—Ya no.

—¿Y cuál es el problema? —indagó como si todo fuera parte de una novela. Pensarlo de ese modo le hizo sonreír.

—No me malentiendas, pero ambos pudimos haber tenido el virus.

—No me vengas con eso. ¿Hace cuánto tiempo dices que se enfermaron?

—Bien, él podría ya no tener el virus, pero yo sí. Sigo en mi cuarentena.

Didiane carcajeó al escucharla decir eso.

—¿De qué diablos estás hablando? —la reprendió para que se percatara de lo que era evidente.

—De acuerdo, escucha. No quiero arruinarlo. Recuerda lo que pasó en mis otras relaciones. Jadon es un hombre bueno, no quiero herirlo. Antes de correr primero debemos aprender a gatear… —Didiane volvió a reír. Nazli solo fingió no haberla escuchado—. Además, no quiero hacer algo como consecuencia de la presión de este encierro. ¿Me entiendes?

Su amiga lo pensó por largos segundos. No lo iba a negar, deseaba estar al lado para hacerla entrar en razón.

—Vamos a ver, ¿Jadon no te gusta? —indagó poniéndose cómoda en la cama.

—No lo sé, es atractivo, escribe muy bien, es fotógrafo y me escucha. A lo largo de estos días hemos conseguido forjar una muy buena amistad. Quizá en el futuro podamos salir y hacer algo… Pero debo confesar que no había reparado en él. Si esto no hubiera ocurrido, no habría sabido de su existencia. ¿No te parece raro? ¿No te suena a un amor forzado? Porque no quiero que sea así, quizá eso es lo que me ha estado deteniendo…

—¿Qué dices? Permíteme darte mi opinión y no es una opinión cualquiera. Tómalo como las palabras de una experta, de alguien que te conoce y que ha estado contigo en cada una de tus facetas románticas. ¿Puedo? —dijo con emoción.

—Adelante. —Nazli caminó hasta la cocina, tomó un poco de helado del refrigerador. Su sabor favorito era el chocolate. Se sirvió un poco en un recipiente, tomó una cuchara, puso el altavoz y se dirigió hacia el sofá. Se puso cómoda, sabía que le esperaba una conversación muy interesante.

—Bien, empezaré. ¿Estás lista?

—Sí, ya me preparé.

—De acuerdo. Creo que tienes miedo a enamorarte. Has tenido relaciones, digamos… algo complicadas. Algunas de ellas han terminado mal, tanto que he tenido que acudir a tu departamento. —Nazli recordó todas esas ocasiones, con pena—. La única relación en la que te vi completamente entregada y feliz, aunque me duela aceptarlo, fue con Marty, pero ya ves lo que ocurrió. También recuerdo lo que me dijiste de tu primer romance…

—Noo, ¿en serio vas a hablar sobre eso? Didiane, hace años que ocurrió.

—Sí, lo sé, pero fue tu primer novio.

—Ni siquiera me acuerdo de su nombre. Ha pasado tanto tiempo que hasta me olvidé de su rostro.

—Leb, cuando me lo contaste vi un brillo en tus ojos, inigualable. ¿Has escuchado eso de que en la vida puedes tener tres amores?

—Sí —recordó cuando Jadon se lo dijo en una de las cartas.

—Pues eso. Aquel niño del jardín de infantes fue tu primer amor, alguien que estaba destinado a estar a tu lado pero que, por algún motivo, no fue así. También está quien te enseñó a amar, pero nuevamente por el destino, no se pudo concretar.

—¿Ese es Marty?

—Sí. Y está tu alma gemela, con quien debes pasar el resto de tu vida.

—No me digas que es Jadon.

—Lo has dicho tú.

—¿Las almas gemelas no son aquellas que solo existen en los cuentos de hadas?

—No sé, Naz. Míralo como sea, el punto es que tienes que darte esa oportunidad para saber quién es el indicado. Jamás lo sabrás si no lo intentas. Al menos que encuentres a tu novio del jardín de niños, tú mamá siempre dijo que hacían bonita pareja y que en un futuro podían casarse…

—Ni siquiera lo conociste.

—Pero tu madre sí y ella tiene buen ojo. Ya vez que acertó con las parejas de mis hermanos. Escucha, Nazli. Claramente el fotógrafo está perdidamente enamorado de ti. Joder, te envía aviones, te escribe cartas, te regaló una rosa, pronto tendrás una cita…

—No la tendré.

—Oh, sí la tendrás. No te engañes. No me suena a un amor forzado. Escúchate, estás enamorada y sobre Marty, toma nota: debes pasar página. Lo tuyo con él se acabó —ordenó enfatizando en el “debes”—. Lo amaste, pero ahora piensas en Jadon. ¿No es así?

—Para serte sincera, me gusta Jadon, y mucho —reveló sintiendo mariposas en el estómago. Jamás esperó decirlo en voz alta. Didiane tenía razón, se había enamorado y la relación que había tenido con Marty le impedía aceptarlo.

—Lo ves, solo necesitabas un poco de ayuda. Te voy a ser sincera, supe que el chico te atraía desde el primer momento en el que me hablaste de él. Recuerda que no lo forzaste. Simplemente llegó. Así es el amor. ¿No es increíble? —No hacía falta verla, pero Nazli sabía que Didiane estaba sonriendo.

Se despidió de ella recordándole lo mucho que la extrañaba. Después habló con su familia y se aseguró de decirles que se encontraba bien, que ya quería verlos para abrazarlos y pasar tiempo con ellos.

Acto seguido y con mucho entusiasmo, le escribió a Jadon.

Hola, Jadon Haland:

¿Quieres saber algo? Te lo voy a contar porque me parece interesante y porque hoy, mi mejor amiga me hizo recordarlo. No estoy completamente segura de que haya ocurrido así, mi madre se encargó de mantener vivo el recuerdo, es decir, es imposible recordar todo lo que viviste cuando eras un niño, ¿no? Lo importante es que pasó y que me parece una historia digna de contar. Aquí va:

Mi madre me dijo que tuve un novio en el jardín de infantes. Ella asegura que la relación duró un ciclo escolar completo. Eso ocurrió cuando nos mudamos, mi cambio de colegio fue inevitable. Yo era una niña, no comprendía muy bien lo que ocurría. Mis padres se encargaron de explicarme que iba a tener una nueva escuela, que iba a conocer a nuevos amigos y que todo iba a estar bien. El primer día debí habérmelo pasado muy mal. Los otros chicos ya se conocían, habían cursado el año anterior juntos y aunque comencé el curso al mismo tiempo que ellos, me sentí extraña. Mis padres dijeron que me rehusé a ingresar al colegio y que tuvieron que llevarme a rastras. Vaya rabieta que les debí haber dado. Lo peor es que me dejaron llorando en el colegio… Lo único que recuerdo es que las palabras de mi maestra no me calmaron. Vamos a ver, dejé de llorar, pero en mi mente seguía pensando en mi familia y en mi anterior escuela.

También recuerdo que un niño muy majo se acercó a mí durante la hora del juego. Ahora no puedo recordar su nombre, mucho menos sus facciones. En realidad, no importa, el tiempo ya lo habrá cambiado. Él se sentó a mi lado, me miró y después comenzó a jugar frente a mí. Simuló ser un avión, daba volteretas, extendía los brazos, me sonreía y corría como si tuviera superpoderes. Admito que me hizo reír. Más tarde volvió a sentarse a mi lado. "¿Te gustan las pegatinas? —preguntó y me extendió la pegatina de un corazón —. Te la regalo —me dijo". Yo la tomé, era bonita. Le di las gracias. Después me preguntó si quería jugar. Fue mi primer amigo. A la semana fuimos novios. Eso es lo que afirma mi madre. Lo único que recuerdo es que todos los días me llevaba una pegatina y simulaba ser un avión. ¿Por qué? No lo sé. Supongo que quiso hacer mis días más divertidos. Al final del año escolar nos volvimos a mudar y no lo volví a ver. ¿Qué fue de él? No tengo ni idea. Mi madre afirma que yo no quería faltar al colegio porque lo quería ver. ¿No te parece una locura? ¿Cómo fue tu primer amor?

Dobló la hoja con mucho cuidado, salió al balcón y se encontró a Jadon afuera. Cuando él la vio, alzó la mano para saludarla. Quizá

estaba volviéndose loco, pero verla y conversar con ella, animaba sus días más de lo que había llegado a imaginar. Sin mentir, era por quien se despertaba cada mañana con una sonrisa en el rostro. Sí, estar enamorado le hacía ilusión. Nada mejor que enamorarse en medio del confinamiento, congeniar con alguien y darte cuenta de que ahí afuera, hay alguien que se interesa y se preocupa por ti, alguien para quien ya eres importante y quizá, el motivo por el que espera con ansias por un nuevo día para verte y hacerte saber lo mucho que le encantas, lo agradecido que está por haberte conocido.

—Te mando una carta… —expresó con emoción. Lo miró y por primera vez, reconoció que eran guapo y que le hacía sentir infinidad de cosas que no podía describir. Quiso besarlo, tomarlo en sus brazos y perderse en su aroma. Pocos metros los mantenían separados, pero como Didiane decía, eso tenía solución.

—¿Sí? Vamos a ello —expresó con mucha emoción.

Jadon esperó a que Nazli la colocara en la cuerda para comenzar a jalarla. Y en cuanto la tuvo en su poder, leyó con interés. Mientras tanto, ella se sentó con la intención de leer el libro que había dejado inconcluso. Esperaba por su respuesta. Reconocía que ya no podía vivir sin pensar en él, sin verlo a los ojos, sin escucharlo o sin recibir una de sus cartas. Esos pensamientos le estremecían porque al final, terminaba imaginándoselo a su lado.

—¿En serio no recuerdas su nombre? —preguntó en cuanto terminó —. Bueno, lo del nombre lo comprendo, ya ha pasado mucho tiempo, pero ¿no recuerdas cómo era? —inquirió con sorpresa al esbozar una sonrisa ligera.

—Incluso aunque lo recordara, han pasado años. Estoy segura de que ha cambiado. No puede ser un niño para siempre.

—Bien. Tengo algo que decirte. ¿Cómo prefieres que lo haga? —Sonrió tan bellamente y esa acción casi derritió el corazón de la mujer —. ¿Te lo escribo, te llamo, señales de humo…?

—Venga ya. Dímelo aquí. —Se puso de pie, colocó el libro sobre la mesa y con una sonrisa se aproximó a la baranda. Jadon Haland era perfecto. El modo en el que la veía era indescriptible. Había un toque de romanticismo en sus ojos que le indicaba que la amaba. Era por mucho, el hombre más interesante que había conocido.

—Imaginé que lo habías olvidado, aunque no a tal grado de olvidar… mi nombre —reveló esperando una respuesta. Ella solo engrandeció los ojos y abrió la boca para soltar un largo “no” sorpresivo.

—¿Tú? ¿En serio? —dijo con emoción extendiendo las manos hacia él. Su corazón se aceleró. «Es imposible», pensó mientras sonreía—. Estás bromeando, ¿cierto? No lo hagas, Jadon. ¿Cómo…? ¿Tú… lo sabías? Me has tomado desprevenida.

Él comenzó a reír. Claramente le había emocionado habérselo dicho. Observar su reacción le hizo querer saltar para estar a su lado. Quería estrecharla en sus brazos, besarla, coger su mano o simplemente, decirle al oído que no la había olvidado.

—No es como yo suelo recordarlo, pero tu madre tenía razón, nuestra relación de niños duró todo un ciclo escolar. Vaya pasada. —Le sonrió.

Nazli seguía impresionada por lo que le había revelado. Es decir, ¿cuántas probabilidades había de que eso pudiera ocurrir? Tenía muchas dudas, eso estaba claro. «Está lleno de sorpresas», se dijo como nota mental. Si se lo contaba a Didiane, estaba segura de que iba a flipar.

—Espera un minuto. —Leb tomó su teléfono y lo llamó al móvil. No quería hablarlo por mensaje ni a través de cartas. Tampoco quería que los vecinos escucharan la conversación. Quería hablar con él y al mismo tiempo, mirarlo a los ojos.

Jadon sintió su teléfono vibrar. Sonrió y tomó la llamada. Tampoco quería irse. Conversar por videollamada era buena opción en un mundo en donde la tecnología había pasado a ser el principal medio de comunicación. La tecnología se estaba explotando al máximo, pero prefería verla de frente. Solo de ese modo sentía que la tenía cerca.

—¿Me estás diciendo que estamos destinados a estar juntos? —cuestionó sin poder ocultar su entusiasmo. Imaginarlo, la hacía estremecerse.

—Estoy diciendo que fuiste mi primer amor —reveló con ese tono de voz varonil que a Nazli tanto le encantaba. Ella pareció derretirse ante sus palabras. Le costaba pensar y él no se lo ponía fácil.

—Cuéntame cómo lo recuerdas… —Se puso cómoda y lo escuchó como nunca a nadie en la vida.

—Dejaste de llorar cuando la maestra te dio una pegatina. Ella te dio una silla y la colocó a mi lado, siempre te sentaste conmigo... —recordó con anhelo—. Más tarde te preguntó qué te gustaba. Tu respondiste que los aviones y me acerqué a ti durante la hora del almuerzo porque te seguía viendo muy triste. Siempre recordé que los aviones y las pegatinas te hacían sonreír. No hubo día en el que no te las diera… Tú me agradecías con un beso en la mejilla. —Cuando se lo reveló, su pulso se aceleró y sonrió—. Fuiste tú la que empezó a decir que yo era tú novio y al cabo de unos días, todos nuestros compañeros nos llamaban así. Al parecer nuestros padres se lo tomaron bien, lo vieron como un juego de críos.

II

ALGUIEN A QUIEN AMAR

12

-No te vas a creer esto —dijo con emoción, en cuanto Didiane cogió la llamada. Era de noche, pero no era impedimento para contarle lo que había ocurrido. La sensación de alegría perduraba en ella como quien ha descubierto un tesoro. Era un sentimiento inexplicable, con algo de romance y un poco de ilusión. En ese momento, no podía existir nada que pudiera frenar su felicidad.

—¿Qué? Habla ya. Debe ser muy importante si me despiertas a medianoche. —Bostezó mientras se obligaba a mantener los ojos cerrados.

—Es él, Jadon es el niño del jardín —reveló recordando la conversación que había tenido. Caminaba a lo largo de su habitación, en ocasiones dando pequeños saltos de alegría, bailando en algunos momentos, sonriendo frente al espejo y admirando ese brillo en sus ojos mientras pensaba en él y en la posibilidad de volver a estar juntos.

—¿Qué jardín? —preguntó aún somnolienta, aunque al cabo de unos segundos, reaccionó y comprendió lo que le decía, eso fue suficiente para levantarse de un golpe de la cama, como si con aquello pudiera concertarse más—. Nooo. Imposible. ¿Es él?

—¡Es él! —repitió con mayor entusiasmo.

—Tu primer amor, tu alma gemela, tu novio —chilló sin poder contener el asombro—. Te lo dije.

—¿Puedes creerlo? Jadon, mi primer amor, ha vuelto… No se olvidó de mí.

—Pero, ¿cómo te encontró? —preguntó con curiosidad. Definitivamente, era mejor que las historias que veía en televisión.

Ocurrió que después de ese último ciclo escolar, Jadon no la volvió a ver. Había perdido las esperanzas y para ser sincero, jamás creyó volver a encontrarla hasta hace poco menos de un año, cuando la vio cerca de un hospital. Reparó en ella por el semblante abatido que tenía. Eso le hizo recordar su primer día de clases, lucía similar. Quiso acercarse a la mujer que aparentemente sufría, pero otra fémina se aproximó a ella —era Didiane, quien se había encargado de maldecir a Marty dentro del hospital por haberse atrevido a romper con su amiga —. Jadon se aproximó un poco para averiguar si se trataba de la niña que alguna vez había sido su novia. Y a pocos pasos, escuchó cuando la otra mujer la llamaba por su nombre. Nazli Lebel no era un nombre muy común. Era ella, podía asegurarlo. No hizo falta pensarlo más, las

siguió y llegó hasta su morada. Meses después alquiló el apartamento de enfrente. Y no fue hasta el día que empezó el confinamiento, cuando decidió hablarle.

Marty llamó a Nazli durante la tarde siguiente. Sobre todo, porque tenía algo en mente que quería olvidar. No estaba del todo seguro de que fuera cierto, prefería creer que todo estaba marchando bien, que solo eran tontas ideas de una mujer preocupada por su amiga. Después recordó lo que observó cuando conversaron por videollamada, al hombre que lo miró con recelo afuera de su departamento y comenzó a sospechar.

—Leb, ¿cómo estás? —preguntó. Le aterraba decir otra cosa. Ni siquiera se atrevía a mencionar el tema que le inquietaba—. Estaba pensando en que cuando esto termine, podemos ir a cenar, quizá después nos pasemos por tu departamento. No sé, sería bueno poder festejar el final del confinamiento… ¿tienes planes para cuando esto termine?

—No sé, Marty. Esto, cada día se pone peor…

—Sí… esto… ¿Todo bien, Leb? —dijo ante la evasiva. Habría preferido no mencionarlo, pero se moría por dentro.

—Sí… Marty, debo colgar, es tarde y es probable que tengas mucho trabajo. Solo te estoy distrayendo…

—No seas así, Naz —la interrumpió con decepción—. Sé que pasa algo. —Marty caminó a lo largo de un pasillo poniendo buena cara frente a sus colegas hasta que encontró una habitación vacía. Al cabo de unos segundos, se encontraba solo y con la puerta cerrada. Empezaba a desesperarse, un dolor como el que estaba sintiendo, jamás lo había tenido en una relación.

—Escucha… deberíamos hablarlo en persona.

—¿Cuándo? ¿Cuándo lo nuestro ya no tenga solución? —expresó con incordio. Nazli se sintió terrible—. Escucha, te amo. Te amo, maldita sea. ¿Qué fue lo que cambió? Creo recordar que estábamos bien.

—Estamos bien, como amigos. Fue…

—¿Me vas a decir que fue un error creer que podía salvar la relación? —se anticipó a preguntar con dolor y casi al borde de las lágrimas.

Nazli no dijo nada. Prefirió escucharlo.

—Didiane me llamó, dijo que tenías novio. No sé, no quise creerle hasta hablar contigo, quise escucharlo de ti —explicó mientras tomaba asiento en una de las sillas del hospital. Estaba cansado, las jornadas de trabajo eran pesadas. Los médicos recibían reconocimiento por su ardua labor, pero eso ahora no le servía de nada. Estaba a punto de perder al amor de su vida.

«Didiane, voy a matarte», dijo Nazli para sus adentros.

—Marty… —intentó explicar, pero se lo impidió.

—Aún no es tarde, lo podemos arreglar. No podemos perder esto que tenemos.

—No quieras engañarte. Hace tiempo que lo nuestro se terminó. No es mi culpa…

—¿Sabes? Tienes razón. Esto deberíamos hablarlo en persona, obviamente por la emergencia sanitaria no puedo ir a tu departamento, pero más tarde coge mi videollamada, por favor. No puedo creerte si no te veo a los ojos, Nazli, en serio ruego porque sea una broma de Didiane…

Dicho esto, colgó sin despedirse y salió de la habitación para continuar con su jornada.

A ella, la situación la mantenía tensa. Estaba segura de que debía hablar con él, de otro modo, lo creía capaz de acudir a su edificio, importándole en lo más mínimo la emergencia sanitaria.

Contaba los minutos para que la pantalla de su móvil se iluminara tras recibir la llamada. Moría de nervios, aunque tenía claro lo que iba a decirle. Ella no había elegido amar a Jadon, todo había surgido como un verdadero amor debe surgir. El problema era que Marty había aparecido en el momento menos indicado. Lo quería y le guardaba aprecio, pero era consciente de que no lo amaba.

Con toda esa presión, comenzó a actualizar su estado en WhatsApp haciendo referencia a la hora que marcaba el reloj. Aproximadamente cada cinco o diez minutos subía una nueva actualización. Jadon se percató de eso y decidió escribirle.

De Jadon: ¿Cuentas el tiempo? —Envió un mensaje de texto con un Emoji sonriente.

De Nazli: Sí… —respondió al instante.

De Jadon: ¿Puedo ayudarte con eso?

De Nazli: No te preocupes. No es necesario.

De Jadon: ¿Todo bien? ¿Esperas una visita? —Se anticipó a escribir. En su imaginario, sabía que salía con el doctor.

De Nazli: ¿Estás celoso?

De Jadon: Sí… —Escribió acompañado de un Emoji apenado—. Mentiría si te dijera que no. Pero tranquila, no voy a hacer un drama. Sé que lo amas, no me opondré a eso. Ante todo, respeto tus decisiones.

«¿Qué? ¿De qué hablas?», pensó sin lograr comprender. Aunque no le dijo nada, quería esperar a dejar las cosas en claro con Marty y después, ya vería. Tampoco quería poner en riesgo la vida de Jadon. Cuando el doctor se lo proponía, podía ser un verdadero dolor de cabeza.

De Nazli: ¿Qué haces tú? ¿No te has aburrido en casa? —inquirió para no seguir hablando sobre el posible desenlace de su videollamada con el médico.

De Jadon: Estaba escuchando música… Oye, ¿quieres bailar? —preguntó con interés mientras caminaba hasta el balcón.

De Nazli: ¿Bailar? ¿Cómo? No querrás que…

De Jadon: Ve al balcón.

Tardó unos minutos en salir, pero fue suficiente para Jadon, quien ya había reproducido música y animado a los vecinos a mover el cuerpo. Había armado una fiesta digna de recordar después de veintidós días de confinamiento.

—¿Quieres bailar conmigo? —preguntó haciendo una reverencia. Cuando ella accedió, él extendió sus brazos simulando estar bailando con la mujer. Nazli lo siguió y colocó sus manos como si lo tuviera cerca. Ambos bailaban a la lejanía, como el resto de los vecinos, aunque ellos eran una pareja singular, inigualable.

El detalle que tuvo la hizo suspirar, pensaba en lo mucho que amaba sus ocurrencias. Incluso desde pequeño, siempre buscó la manera de hacerla sentirse bien. No lo había notado antes, pero las ganas que tenía por besarlo aumentaban en cada segundo.

Antes de medianoche, Marty cumplió su promesa. En un principio ambos se miraron sin decir nada. El médico la observó con añoranza a través de la pantalla y por lo que percibió, supo que no podía obligarla a estar con él, no durante el confinamiento. Sería absurdo pedírselo si ni siquiera iba a poder estar a su lado.

—Solo quiero saber si en un futuro puede existir un "nosotros". —Lucía fatal, en parte por el trabajo, pero también por el dolor que le causaba darse cuenta de que la había perdido, quizá para siempre.

—Perdón por no haber sido clara contigo… No quise que te hicieras ilusiones.

—Me lo merezco, ¿cierto? Sé que para Didiane soy un patán y que el tiempo que permanecí alejado no me permite exigir nada. Dijiste que no podía volver y fingir que nada había ocurrido. Sabía que no iba a tenerlo fácil… —Suspiró con cansancio—. Tampoco quiero que

tomes una decisión apresurada. No voy a mentirte, percibí algo extraño cuando te llamé... Quise creer que todo estaba bien. Me percaté de la cuerda en tu balcón, vi los aviones sobre tu estantería y, aun así, decidí creer que podías amarme. Llegué tarde, no te culpo. Fui yo quien lo arruinó.

—Perdón, Marty…

—No tienes por qué disculparte conmigo. Lo estuve pensando… quiero que sepas que estoy para ti, siempre lo estaré. En eso consiste el amor, ¿no? —Ella asintió mirándolo con calidez—. Sé feliz, ¿quieres?

Marty esperó la confirmación y con arrepentimiento, intentó despedirse.

—¿Puedo decirte una última cosa? —solicitó antes de partir. Ella asintió mirándolo romperse por dentro. La conversación no duró mucho tiempo—. Fuiste la mejor persona que pude haber conocido. Quienquiera que esté a tu lado, se ha ganado la lotería. —La miró por última vez con la intención de no olvidar sus facciones y finalizó la llamada sin esperar una respuesta. Si la escuchaba una vez más, estaba seguro que iba a llorar.

Lebel no había esperado esa respuesta por parte del médico. Para ser sincera, creyó que iba a molestarse, tal vez hubiera sido por el cansancio de la jornada. O quizá pensar en el modo en el que habían terminado, a él le había hecho aceptar lo que había ocurrido y al mismo tiempo, comprender que, pese a todo, siempre iba a amarla.

Fue entonces cuando vio el mensaje que su vecino le había enviado a su móvil y sonrió con un halo de ilusión. No existían las coincidencias.

De Jadon: Buenas noches, Naz.

De Nazli: Buenas noches, Jad.

13

Días después, Nazli recibió una carta que le hizo soltar lágrimas como una Magdalena. No tenía ni idea de lo que le había ocurrido, mucho menos de lo mal que se lo estaba pasando. Cada persona tenía sus problemas y vivía con sus demonios hasta que era prácticamente imposible resistir el peso sobre los hombros. En momentos como esos, siempre era bueno contar con alguien para contárselo y evitar caer al abismo, afortunadamente, Jadon tenía la confianza de revelárselo.

Hola, Naz:

Perdona que te cuente esto, pero esta situación me ha pegado en la soledad. Hacía tiempo que no me sentía afligido. Quizá se deba a las publicaciones que he visto en las redes sociales. He visto que muchas familias ya han comenzado a pelear. A muchos, el confinamiento los ha puesto nerviosos. Ni hablar de los padres que tienen niños pequeños porque imagino que no se lo están pasando muy bien. Quizá todo eso no sea cierto. Sabes que en Internet te encuentras con muchas fake news*. De cualquier manera, a mí me ha sentado mal… Estoy seguro de que es mejor tener a alguien con quien discutir que no tener a nadie a tu lado.*

Verás, hace cinco años, mi hermana mayor iba a casarse. Recuerdo haberla visto muy entusiasmada antes de la boda. Lucía maravillosa, había estado soñando con ese día, tanto que ni siquiera estaba nerviosa. En casa todos estábamos listos, mis padres estaban orgullosos de ella. Se suponía que debía ser un buen día para recordar. ¿Sabes? No fue así. Íbamos a buena hora. Mi padre estaba al volante, mi madre iba de copiloto y yo iba detrás, con mi hermana.

Ni siquiera pudimos llegar a la boda. Fue una escena terrible. Algo que no esperas que vaya a ocurrir en un día tan especial. Al recordarlo se me salen las lágrimas. Naz… yo fui el único sobreviviente. Mis padres y mi hermana murieron en el acto. Tuvimos un accidente automovilístico en el que mi padre no tuvo la culpa. Fue un idiota que conducía en estado de ebriedad. Yo perdí el conocimiento y no supe lo que había ocurrido con mi familia hasta dos días después, cuando desperté. No sabes lo frustrado que me

sentí por no poder hacer nada. Pasé días con una extraña sensación en el pecho, te juro que me quería morir. Lo pensé en muchas ocasiones…

Los extraño, a veces me despierto sudando en frío. Esta noche soñé con ellos y desperté llorando. Supongo que es el confinamiento y la horrenda sensación que me da sobre los días que tendremos por delante.

Quiero darte las gracias por hablar conmigo y por hacer mis días más llevaderos.

Te quiero, Naz.

Un abrazo.

Al finalizar, Lebel deseó con todas sus fuerzas poder estar a su lado para abrazarlo y mostrarle que podía apoyarse en ella. Eran días difíciles, la situación que se vivía, en algún momento tenía que causar dolor, pánico, frustración o ansiedad, era inevitable no sentirse de eso modo, mucho más si se estaba solo. Eso le estaba ocurriendo a Jadon.

Sin esperar más tiempo, tomó su teléfono y lo llamó.

—Jad, lo siento mucho. Quisiera estar contigo para abrazarte. Es bueno que lo hayas sacado. Es mucho peor si te lo guardas. No son días fáciles, lo sabemos muy bien… si puedo ayudarte en algo… solo dilo.

Nazli se rompió en pedazos en cuanto lo escuchó sollozar al otro lado del teléfono. Por más que se había forzado a no hacerlo, la ansiedad y la frustración de estar confinado en casa, lo habían hecho doblegar. Aquel no había sido un buen día, los recuerdos habían vuelto a su mente de forma tan vívida que sintió cómo le faltaba la respiración, seguido de una opresión en el pecho, lo bastante fuerte como para obligarlo a recargarse sobre el respaldo de la silla.

—¿Sabes qué? A la mierda con el maldito confinamiento. Me necesitas. Voy para allá.

En cuestión de minutos, se encontraba llamándolo al interfono para subir a su departamento. El corazón le latía con frenesí. Escucharlo en ese estado le hacía sentir un nudo en la garganta. Pensaba en lo mucho que había sufrido y en lo mucho que necesitaba a alguien que lo apoyara en un momento como ese.

Sin pensarlo, llamó a su puerta y al cabo de unos segundos se encontró con las facciones de un hombre abatido. No soportó verlo así, se estaba rompiendo en pedazos. Eso fue suficiente para aproximarlo hacia ella y dejarlo llorar en su hombro. Él la abrazó con fuerza sintiendo el latir de su corazón. Permanecieron así por largos

minutos hasta que ella le propuso ir adentro.

—Gracias por el apoyo… —dijo, algo apenado por haberla hecho acudir a su hogar.

—Lo necesitabas, no podía dejarte así —dijo volviendo a abrazarlo.

—Perdón, perdón por hacerte venir…

—Tranquilo, puedes confiar en mí.

Se separaron al cabo de unos segundos y ambos se miraron sin decir nada. No corrían riesgo al estar juntos, pero Haland siempre creyó que iba a ser él quien en primera instancia iba a acudir al departamento de la mujer y no al revés.

—Tú me cuidaste cuando éramos pequeños, ahora déjame apoyarte. Es mi turno. —Jadon la contempló con admiración—. Puedo preparar un té o un café, y quizá, también podamos conversar un poco. ¿Te parece bien?

—Gracias, Nazli.

—No hace falta que agradezcas.

Cuando el café estuvo listo, ambos comenzaron a dialogar sobre experiencias que a Jadon pronto le hicieron olvidar el motivo de su pesar. Para cuando se dieron cuenta, afuera estaba lloviendo con fuerza.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Creo que tengo un paraguas por aquí… —dijo con la intención de ir a buscarlo.

—¿En serio quieres que me vaya? —preguntó con gracia.

—No. Es decir, creí que tu querrías marcharte… —mencionó algo apenado.

—¿Sabes? Había estado pensando en cómo sería conocerte. Me refiero a estar cerca el uno del otro. Pensaba en cómo sería conversar sin estar separados, sin tener que gritar o sin necesidad de usar la tecnología. Pensaba en cómo sería mantener una conversación cara a cara, como lo dijiste con anterioridad.

—No fue como me lo esperaba. Me refiero a que creí que podíamos vernos al cabo de unas semanas o meses. En ninguno de los escenarios tú acudías a mi departamento.

—¿En ninguno de los escenarios? —inquirió con interés.

—Imaginé que en algún momento iba a ser yo quien iba a acudir a tu departamento —explicó con cierta picardía.

—¿Sí? ¿Y cuál sería el motivo? —Leb no había tenido tiempo para meditarlo, pero ahí, vio que Jadon, a tan pocos centímetros de ella, lucía jodidamente apuesto. Ni hablar del aroma varonil que desprendía, era mejor de lo que había imaginado.

Él tuvo que contenerse ante el modo en el que lo miraba, algo que podía describir como pasión. Quería besarla, pero pensaba en si no era demasiado pronto, en si no sería demasiado atrevido de su parte. Tampoco quería incomodarla, por lo que sabía, la mujer tenía novio.

No iba a ser él quien arruinara su relación.

—No lo sé, supongo que, de haber encontrado un motivo, ya habría acudido a tu departamento…

—Bueno, supongo que tendré que quedarme un rato más. Por lo menos hasta que la lluvia disminuya un poco.

—No quiero alarmarte, pero intuyo que no va a disminuir. No tengo problema si decides permanecer aquí. Claro, si no le molesta a tu novio.

Ella lo miró con ingenuidad. Jamás lo habían hablado. Supuso que no había motivo para creer que salía con alguien.

—¿Crees que tengo novio? —Lo miró con gracia y cierta ternura.

Él se sorprendió y en el fondo, se lamentó por haber sido un idiota.

—No me juzgues, pero creo que me puse en una situación complicada —reveló apenado—. Creo que todo lo que nos estuvimos escribiendo, al final me hizo… Yo… no sé, vi a tu ex el otro día afuera de tu edificio. Me dio la impresión de que… Olvídalo… perdón.

—¿Qué dices? ¿Estuvo en mi edificio? —inquirió con fastidio, pero no hacia Jadon.

—Sí y pensé en lo que dijimos el otro día. El amor no es nada sin el dolor… Creí que te había puesto entre la espada y la pared. Pensé que salías con él. Fui un imbécil, no tenía motivos para pensar que tú…

—Basta, basta. En verdad me ofende que lo hayas pensado, pero ¿sabes? Me duele más saber que él se atrevió a jugar sucio. No me dijo nada sobre eso… Quiso que volviéramos... En fin, gracias por decírmelo.

—¿No sales con él? —preguntó para asegurarse. Por dentro, ocultaba su emoción.

—A ti te lo dejé claro. Te hablé sobre él en la carta.

No dijo nada más, aunque en el fondo, se odió por haber pensado mal de la artista digital. La revelación le hizo sentir que tenía más posibilidades de las que había imaginado. La contempló por lo que fueron los segundos más largos de su vida, quería recordar el momento en el que sus caminos finalmente se habían unido más allá de lo que había esperado. Sonrió y percibió una conexión inigualable. Si estaba en lo cierto, ella sentía lo mismo. No quería hacerse ilusiones, pero por ella valía la pena. Con el corazón palpitando a mil por hora, se decidió a hablar.

—¿Había otro motivo para no estar con él?

La mujer sonrió ligeramente, deteniendo por un momento, las manecillas del reloj y todo indicio de que el tiempo existía. Un brillo en sus ojos apareció en cuanto dio su respuesta.

—Tú.

—¿Yo? —inquirió sin creer lo que le estaba diciendo—. ¿No bromeas? Es decir, me parece una locura, en el buen sentido... No sé

qué decir. No imaginé que podría… Se siente tan bien, ¿no? Amar y ser amado.

Nazli comenzó a reír. Jadon dejó de hablar, la contempló con encanto, admiró sus facciones y pensó que no había visto a alguien sonreír tan bellamente en mucho tiempo.

—Sí, se siente bien…

—¿Eso significa que te quedas? —quiso asegurarse de haber comprendido lo que le decía. No quería errar y hacerse falsas ilusiones.

—Si la lluvia no cesa, sí —afirmó con dulzura.

Las predicciones de Jadon fueron ciertas. La lluvia cayó con mayor fuerza. A ella pareció no molestarle, en su lugar, comenzó a pasear por el departamento hasta que reparó en el equipo fotográfico y el estudio improvisado que tenía en casa. Todo eso le pareció interesante.

—¿Ya no estás trabajando? Últimamente te he visto más tiempo en tu departamento —curioseó.

—No, bueno, lo estaba hace unos días. Cubría a un colega que desafortunadamente ingresó al hospital.

—¿Él está bien? —quiso saber.

—Sí, ya ha mejorado. Quizá lo den de alta pronto. Aunque por supuesto, no podrá trabajar hasta que termine su cuarentena…

—Entonces, ¿por qué ya no estás trabajando?

—Hicieron un recorte, por lo pronto no estoy de servicio para la prensa. He pensado en que puedo salir a tomar algunas fotografías y ofrecerlas a algunos interesados, pero la situación está algo complicada.

—Ya veo.

Era tarde y a ambos les pesaban los párpados, sin embargo, ninguno se atrevía a decir nada. Jadon no quería comportarse como un imbécil y ella, en el fondo quería que él le propusiera ir a dormir. Después de largos minutos de indecisión, finalmente habló.

—Puedes quedarte en mi habitación, yo dormiré en el sofá.

—No pienso quitarte tu cama. Anda, yo me quedo en el sofá.

Él la miró con desaprobación y luego comenzó a reír.

—¿Hablas en serio? El sofá no es muy cómodo. Puedo dejarte la cama —propuso aún con una sonrisa—. Mira, puedo ofrecerte un short y una de mis playeras, para que duermas bien… Me refiero a que… o ¿quieres dormir con tu atuendo? —se anticipó a preguntar pues la veía con cierta duda.

—No, no, qué va. Es que me pareció tierno de tu parte… Mira, si quieres podemos compartir la cama —propuso con buena intención. Tampoco es que quisiera tener sexo con él. No lo consideraba adecuado después de haberlo escuchado hablar sobre su familia. Podía disimular muy bien, pero en el fondo sabía que Jadon aún se sentía

incómodo por haber contribuido a que acudiera en su encuentro. Su intención jamás había sido esa, solo necesitaba a alguien con quien hablar.

El fotógrafo la contempló y las ganas de besarla se apoderaron de él. No obstante, se quedó en su sitio. No quería arruinar lo que tenían.

—¿Hablas en serio? No quiero incomodarte. Me han dicho que suelo roncar —expresó con seriedad.

—¿En serio?

—No —carcajeó al cabo de unos segundos. A veces, bromear ayudaba a relajar los hombros. Verla sonreír era como contemplar una obra creada por los mismísimos ángeles—. Podemos dormir en la misma cama si para ti no hay ningún problema.

Ella asintió y él se apresuró a buscarle ropa ligera para dormir. Le ofreció cambiarse en el baño mientras él lo hacía en la habitación. En un acto instintivo, se llevó la ropa a la nariz y aspiró su aroma queriendo guardarlo en su memoria. Cuando salió, a él se le dibujó una sonrisa pues la veía perfecta vistiendo sus prendas.

Caminó hasta la cama, se hizo espacio en ella y se recostó. Él lo hizo después, guardando su distancia, pero sin pretender incomodarla. Ambos miraban hacia el techo sin decir nada, hasta que Jadon estiró su mano hacia el interruptor y apagó las luces.

—Buenas noches, Nazli.

Al cabo de unos segundos, ella se aproximó a él y juntó su cuerpo con el suyo para abrazarlo por detrás.

—Buenas noches, Jadon —finalizó con una sonrisa que él no pudo observar.

Se sorprendió y por primera vez después de mucho tiempo, su cuerpo se estremeció ante la cercanía de una mujer. Elevó sus manos hasta las de Lebel y las sostuvo con cariño, agradeciendo que hubiera dado el primer paso en lo que pronto podrían llamar: su relación.

—Gracias por haber acudido a mí cuando más lo necesitaba —susurró en medio de la oscuridad.

—No agradezcas más —le dijo con cariño.

14

En esa semana, en las redes sociales se habló sobre el reconocimiento a los médicos y al personal de limpieza durante la pandemia. Algo que siempre debía reconocerse, pues se había estado alabando mucho a los futbolistas, que, de paso sea dicho, en tiempos difíciles como los que se vivían en ese momento, no eran necesarios. Algunas personas expresaban sus molestias por la falta de recursos en los hospitales y su inconformidad por hacer que un futbolista ganara más económicamente que el personal médico o científico. Incluso por la inversión que se les daba a cosas no imprescindibles. Nazli y Jadon confiaban en que la experiencia vivida en cada país, sirviera para corregir los errores que a lo largo de la historia se habían cometido.

En Internet se hablaba sobre el uso de la tecnología en los hospitales, por ejemplo, el uso de robots que ayudaban contra el coronavirus. Algo sumamente interesante en un momento en el que resultaba peligroso estar en contacto con los nuestros.

Así mismo, era noticia el fin del confinamiento en Wuhan, China, después de 76 días de asilamiento obligatorio. Aunque alrededor del mundo aún se siguiera combatiendo el virus. En Latinoamérica, las muertes se habían duplicado al cabo de una semana, lo que significaba que la pandemia se estaba acelerando en esa región. En España se afirmaba que se iba a intentar recuperar la normalidad laboral la semana próxima. No obstante, por lo visto en Wuhan, era obvio que no se podía hablar de un rápido regreso a las calles. Solo quedaba esperar por las indicaciones de los especialistas.

—Buenos días. —Haland saludó a Nazli en cuanto la vio abrir los ojos. La había estado contemplando con cariño desde hacía unos minutos. Admitía que la encontraba hermosa y que despertar a su lado había sido lo más maravilloso que había vivido a lo largo del confinamiento.

—Buenos días… —respondió sintiéndose extremadamente feliz. Jadon la trataba bien, pero, sobre todo, la respetaba. Con cualquier otro hombre, habría terminado desnuda sobre la cama.

—¿Dormiste bien?

—Sí, dormí muy bien. ¿Qué hora es?

—Son las diez de la mañana.

—Dormí mucho… —Sonrió.

—Fue una larga noche… ¿Quieres desayunar? —propuso mientras se ponía de pie.

Ella asintió y vio cómo salía de la habitación para dirigirse a la cocina. Verlo así, recién levantado, con el cabello alborotado y ese brillo de felicidad en los ojos, le derretía el corazón.

Cuando ambos estuvieron frente a la mesa comenzaron a hablar sobre los posibles planes que tendrían cuando finalmente pudieran salir a las calles.

—¿Has visto que en Wuhan se ha terminado el confinamiento? ¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando termine esto? Se dice que pronto podremos salir —inquirió con curiosidad mientras tomaba un sorbo de café que, con mucho cariño, Jadon le había preparado. También le ofreció una tostada con mermelada y le entregó una ración de fruta troceada.

—Quizá me montaría a la moto y conduciría hasta perderme en las calles, lo fotografiaría todo y armaría una gran fiesta. Imagínalo, sería como para tirar la casa por la ventana. Apuesto a que todos van a llorar de alegría, ya me imagino las fotos colgadas en Internet —habló con entusiasmo—. ¿Tú que harás?

—Iré a visitar a mi familia y a Didiane. Oh, Didiane, extraño mucho a esa chica.

—¿Didiane?

—Mi amiga, tienes que conocerla. Cuando todo esto termine, voy a llevarte con ella y quizá podamos comer una pizza.

—¿Me estás invitando a festejar el final del confinamiento con una pizza y tú amiga? —Sonrió feliz de que lo estuviera incluyendo en sus planes. Él no lo percibió, pero sonreía como un bobo.

—Bueno, si quieres podemos ir solo tú y yo. A Didiane podemos visitarla después —insinuó con encanto y mientras esperaba por su respuesta, sorbió un poco de café.

—Creo que me estoy perdiendo algo —comentó con un fuerte latir en su corazón. No quería hacerse ilusiones, pero ella ya lo estaba haciendo pensar en muchas cosas—. ¿Te refieres a que podemos ir como amigos o…?

Ella sonrió sin decir nada más.

—¿Somos amigos o tengo que hacer algo para…? —cuestionó al no recibir respuesta de su parte.

—En otro momento te habría dicho que ya no tienes que hacer nada. Es decir, lo hiciste todo cuando enviaste tus cartas y empezaste a hablarme sobre el romance, los libros, las historias, la rosa, los aviones y tus recuerdos… —reveló provocando una felicidad indescriptible en su anfitrión—. Todo eso lo hiciste desde tu balcón. No hizo falta más…

—Pero…

—Pues eso… que siempre te las ingeniaste para hacerme creer en el amor. ¿Qué harás ahora?

Jadon lo meditó por largos segundos sin apartarle la mirada. La admiraba y le encantaba que lo hiciera pensar, que activara su ingenio y lo animara a ir más allá de la cotidianeidad. Lo estaba retando a ser romántico y eso era algo que se le daba muy bien. En un mundo en donde mucho de eso hacía falta, sabía que era capaz de sorprenderla.

—¿Me estás diciendo que lo logré? —dijo casi al borde de las lágrimas. Aunque no lloró.

Solo hizo falta esperar por su conformación para que brincara de alegría. Ella tenía razón, no podía dejarlo en un simple, ¿quieres ser mi novia? Debía pensar en algo y ser muy romántico. Lo suficiente para que ambos pudieran recordarlo y quizá, atesorar el momento como el inicio de una bonita relación, algo que podrían contar a sus hijos, a sus nietos y al resto del mundo.

—Bien, bien, puedo hacerlo. —Se animó hablando en voz alta. Eso a Nazli le hizo sonreír—. ¿Debo hacerlo ahora? —le preguntó con nerviosismo.

—No lo sé. Es tú decisión.

—Vaya, me tomas desprevenido. Es que… no creí que pudiera suceder tan pronto, quiero decir, no aquí. Pero tampoco quiero que te vayas, creo que no soportaría tenerte apartada después de esto… Supongo que sí, lo tengo que hacer ahora.

Leb lo miraba con interés, pensaba en lo que iba a hacer. La curiosidad la mataba, pero estaba convencida de que cualquier cosa que llegara a hacer, iba a sorprenderla. Todo en él era perfecto, tanto que no podía imaginar un mundo en el que pudiera aburrirse a su lado.

—¿Ya habías pensando en algo? —curioseó con emoción.

—Sí. Es que era más romántico.

—Dime.

—Pretendía llamarte, hacer que salieras al balcón y declararte mi amor. Quizá iba a ponerme de rodillas, algo similar a como si te estuviera pidiendo matrimonio. Bueno, no te asustes… —se anticipó a decir en cuanto vio un cambio en sus facciones—. Aún no era algo que tuviera listo. Supongo que… espera, ya vuelvo —dicho esto, se dirigió a su habitación y comenzó a buscar algo mientras Nazli esperaba al otro lado.

Al cabo de unos minutos, salió y se aproximó a ella con una sonrisa. Para ese entonces, Naz se encontraba en el balcón, pensando en todo lo que había ocurrido. ¿Quién iba a decir que una experiencia como la que se estaba viviendo, iba a ayudarle a encontrar al amor de su vida? Se preguntaba si eran los únicos que habían encontrado el amor en tiempos de pandemia, si ahí afuera había más personas viviendo una historia romántica. Pensar en eso le hacía darse cuenta de que no todo estaba perdido, de que el amor era lo que mantenía viva a la

humanidad, sin él, mucho de lo que existía no podía perdurar. El amor, en cierto modo, movía al mundo.

—En casos como estos, siempre es bueno tener un plan B —dijo sosteniéndola por detrás mientras le mostraba una caja de cartón pequeña—. Ven, volvamos a la sala.

Caminó hasta uno de los sillones y le pidió que se sentara frente a él. Sacó las cartas para sostenerlas en su mano, le mostró la caja vacía y la colocó sobre la mesa. Nazli no comprendía nada. «¿Es que pretende que juguemos a las cartas?», pensó con gracia sin mencionar palabra alguna.

—¿Has visto esa película… ahora no recuerdo el nombre, pero la protagoniza Paul Rudd…? En la fiesta de cumpleaños de su amada, le regala un botecito de Play-Doh. —Ella asintió recordando la escena—. Bueno, me habría encantado hacer lo mismo, pero no puedo salir e ir a por un Play-Doh —sonrió con encanto mientras mezclaba las cartas —. No creo encontrar alguno en medio del confinamiento. Pero ¿sabes?… Esa frase que dijo sobre lo de estar a un ajuste de cambiar nuestras vidas, me pareció muy inteligente y brutal —continuó mientras le mostraba las cartas que tenía sobre las manos, al haber formado un abanico, después volvió a mezclar—. Es decir, imagina que sin ese ajuste no es posible estar juntos. Si no nos hubiera ocurrido nada de lo que nos ocurrió, no sería posible encontrarnos en esta situación —explicó—. Aquí, en el mismo edificio. ¿Comprendes lo que quiero decir? —Nazli asintió aún con intriga—. Bien. Piensa que las decisiones que tomamos en la vida son imprescindibles para ese ajuste —dijo volcando las cartas sobre la mesa—. Y que tienes que elegir correctamente para llegar a ese resultado. Toma una… —la animó mostrándole las cartas. Ella sonrió levemente y tomó una del centro—. ¿Puedo verla? —solicitó después de haber apilado el resto sobre la mesa.

Leb se la entregó con recelo, pues cuando creía que había comprendido, le cambiaba las cosas.

—¿No se suponía que tú no debías verla? —preguntó sin sonar molesta, más bien lo hizo con diversión.

—Bueno, no es el caso… Espera, vamos a ponerle algo. Recordarás cuál es tu carta, ¿no?

—Tres de corazones —reveló con entusiasmo.

—De acuerdo —dijo buscando un plumón en sus bolsillos—. Lo tengo. Habría quedado mejor con una pegatina, pero…

Lebel sonrió al recordar su experiencia en el jardín de infantes y lo relacionó con el motivo por el que le había enviado los aviones.

—¿Habrías buscado pegatinas de aviones?

—Podría ser —sonrió—. A falta de ello, dibujaré un avión, ¿te parece? —Dicho esto, prosiguió a dibujarlo con un plumón negro

sobre una de las esquinas de la carta—. Listo. Recuerda que tu elección es ese ajuste que necesitábamos —mencionó perdiéndola en la baraja. Al cabo de unos segundos, le mostró que la carta había desaparecido y ella no tan confiada de eso, lo miró con extrañeza.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado con ella?

—Si elegiste correctamente, debería estar dentro de la caja.

Lo miró preguntándole con la mirada si podía revisar pues recordaba haberla visto vacía. Al percibir su respuesta, tomó la caja y con miedo prosiguió a agitarla. Es que no lo había visto venir. Su sorpresa fue máxima en cuanto escuchó algo sonar dentro de ella.

—Nooooo, imposible —dijo sin poder creerlo—. ¿Cómo? —recordó no haberlo visto tocar la caja.

—Vamos, ábrela —le dijo, sonriendo, mientras se erguía para colocarse a su lado.

La abrió con cuidado, como si tuviera miedo a romperla. Dentro estaba la misma carta que había elegido. Tres de corazones, con el avión dibujado en la esquina.

—Mira atrás —la animó.

Nazli no pudo con la emoción y sonrió como nunca en la vida tras leer lo que había en ella.

—Sí —respondió girándose hacia él.

No esperó más y la tomó de las mejillas para finalizar el truco con un beso sobre los labios. Fue tierno y apasionado, y duró lo suficiente para que ambos perdieran la noción del tiempo. Ella colocó los brazos alrededor de su cuello y él bajó las manos a su cintura. Jadon sonrió mientras la besaba, fue más de lo que imaginó. Con ello le hizo saber cuánto la quería.

La carta que sostenía en las manos, decía: ¿QUIERES SER MI NOVIA?

Ella juró atesorarla como el recuerdo del inicio de su relación.

15

Esa misma tarde, de vuelta a su departamento y con miles de mariposas en el estómago, Nazli llamó a Didiane para contarle lo que había ocurrido. Demoró un poco pues le había costado dejar el apartamento, sobre todo por las insistencias de Jadon para no abandonarlo. Se despidió, y antes de girar el pomo de la puerta, lo besó con ternura en la mejilla. Ninguno de ellos se había sentido antes tan revitalizado y amado en esa medida. En ocasiones, el amor era inefable y se expresaba mejor con acciones.

—Sé que hablaste con Marty —mencionó fingiendo molestia.

—Te ahorré el esfuerzo. —Didiane se excusó—. ¿Funcionó?

—Sí…

—¿Y qué esperas?

—Esperar, ¿qué?

—Ir con Jadon. —Nazli no respondió. Fue suficiente para que su amiga pudiera intuir lo que había ocurrido—. ¿Ya lo hiciste? Cuéntame —dijo poniéndose cómoda en el sofá, también apagó el televisor y se acercó el *bowl* de frituras que tenía sobre la mesa.

Sin más, comenzó por narrarle lo que le había mencionado sobre el accidente y su familia y finalizó diciéndole que había acudido a su departamento.

—Así que no te importó el confinamiento —sonrió orgullosa por las decisiones de su amiga—. Debiste haberme hecho caso desde el primer día, te lo dije. Pero dime, ¿lo hicieron? ¿Ustedes tuvieron sexo?

—Didiane —exclamó, haciéndose la indignada—. Él estaba afligido. Además, no me había pedido que fuera su novia. Acudí a él como amiga. Me necesitaba.

—Ya, pero lo harán, ¿no? No olvides protegerte. Usa condón, chica —le advirtió con seriedad—. Oh, espera. No, olvídalo, iba a decirte que con las tiendas cerradas en toda la capital no ibas a encontrar, pero por lo menos alguna farmacia debe estar abierta…

—¿Cómo crees que me vería comprando una caja de condones en medio del confinamiento? ¿No se supone que debemos guardar la sana distancia?

—Se supone, Naz, se supone —repitió ella—. Pero tienes razón, no te verían con buena cara… ¿Tienes en tú casa?

—Sí —afirmó escuchado un suspiro al otro lado de la línea.

—Menos, mal.

—Pero no voy a llevarlos… es decir…

—A ver. Jadon ya es tu novio, ¿no?

—Sí, pero…

—Bueno, entonces no hay problema. El confinamiento se está alargando, piensa en eso. Ustedes estaban solos y ahora, ya no… Así será más divertido—. Nazli comenzó a reír y enseguida lo hizo Didiane—. De acuerdo, tienes razón. No quiero que parezcas una desesperada…. Y ¿si lo invitas a tu casa? No vayas a su departamento, dile que puede ir al tuyo, cocina algo y pasa la noche con él. Así no tendrás que llevar los preservativos contigo y si se llega a dar, bueno. Los tendrás a la mano.

La idea no estaba del todo mal.

—A todo esto, ¿cómo te lo pidió? —inquirió antes de llevarse unas frituras a la boca.

—Con magia… —comenzó a explicar con una sonrisa de enamorada. La conversación se prolongó durante dos horas más, y ella le prometió que iba a llamarla al día siguiente para ponerla al tanto de lo que había ocurrido.

Esa tarde, Nazli decidió no hacer lo que le había propuesto. Consideraba que era algo muy apresurado. El problema con los corazones rotos era que procuraban hacer las cosas con más cuidado y en muchas ocasiones les costaba atreverse a arriesgar y entregarse por completo. Pues bien, ambos se habían tomado el tiempo para conocerse a través de conversaciones en los balcones, en llamadas y mensajes. Eso mientras esperaban por el final del confinamiento. Habían estado en comunicación por mucho tiempo hasta que la atracción fue prácticamente incontenible.

* * *

En el interior de su departamento, flotaba en el aire un aroma delicioso. La cena estaba lista y Nazli suponía que Jadon no iba a negarse para ir a cenar. Como de costumbre, salió al balcón para encontrarse con su novio al otro lado. Le gustaba llamarlo así. Era una palabra que le hacía mantener la ilusión, quizá después iba a llamarlo de otra forma, pero por lo pronto estaba feliz con eso.

—¿Vienes? —propuso con ánimo—. Preparé la cena.

Jadon asintió esbozando una sonrisa.

—¿Te había dicho que eres muy guapa? —preguntó sin importarle que lo escucharan los vecinos. Los mismos que suspiraron al saber que la historia que habían estado viendo, finalmente había tenido un buen final o comienzo, lo que fuera. Lo importante era que el amor había ganado incluso en medio de la catástrofe.

—No, la verdad es que no.

—Eres muy guapa, te quiero —confesó provocando suspiros en ella y en el resto de los espectadores. Al instante, todos aplaudieron y soltaron chiflidos de emoción.

—¡Ya era hora! —gritó alguien.

Minutos más tarde, salió de su departamento, cruzó la calle y se dispuso a subir hasta el piso en el que Nazli se encontraba. En otras circunstancias la habría sorprendido con un ramo de flores, una caja de bombones o una botella de vino. Ahora solo se conformaba con llevar una fotografía.

Su novia lo recibió con un beso sobre los labios y lo invitó a pasar.

—Huele muy rico.

—Gracias, ya lo probarás.

—Te traje algo —mencionó extendiéndole la fotografía.

Ella la tomó y observó un paisaje impresionante en plena puesta de sol. Se podían ver sus edificios separados por una carretera. Ella estaba cerca de la baranda mirando hacia el horizonte. Recordaba el día, pero no se había percatado de que le había tomado la foto. Según observaba, la había capturado desde abajo, quizá a tres edificios del suyo. Era una foto maravillosa.

—Puedes quedártela.

—Gracias, es perfecta.

La emoción y las sensaciones que sentían eran tan reales que cuando estaban juntos, eran capaces de crear una burbuja que los apartaba de lo que sucedía a su alrededor. Era una especie de escudo protector que los mantenía a salvo y en cierto sentido, los animaba a ser mejores, a olvidar el dolor del pasado y a apostar por una vida en la que podrían pertenecerse el uno al otro. Para él, estar enamorado era como una medicina para el alma, sobre todo porque era el modo ideal de hacerle saber lo mucho que le importaba. Se sentía agradecido por haberla encontrado y por el modo en el que había cambiado su vida.

Al finalizar la cena, le habló de lo que había visto en las redes sociales sobre una noticia similar a lo que les había ocurrido.

—Hablaban sobre el amor en tiempos de coronavirus. ¿Sabes? Si me decidiera a escribir una historia, escribiría la nuestra. Quizá la llamaría “Aviones de papel”. ¿Qué te parece?

—Suena bien y podrías ponerle como subtítulo, “Amor en tiempos de pandemia” —propuso con interés.

—Sí, sí. Es excelente. ¿No viste la noticia? —Ella negó y él comenzó a narrársela—. Se trata de un chico que todas las tardes se asoma por la ventana de su departamento y toca la flauta travesera para una chica. Al parecer hablan entre canción y canción.

—¿Como una serenata?

—Quizá.

—Vaya, así que no somos los únicos.

—Te aseguro que, si nuestra historia apareciera en las redes sociales, todos estarían enviando aviones. Seríamos los creadores de un nuevo *challenge*. No me molesta que existan historias similares a la nuestra… Esta es más interesante y única —afirmó acercándose para besarla.

Nazli se puso de pie y entrelazó las manos por detrás de su cuello. Al final, resultó inevitable lo que tiempo atrás había conversado con Didiane. Entre beso y caricia pronto se encontraron camino a su habitación.

—Naz… ¿Estás segura? —dijo con los pensamientos algo difusos.

—Más que segura —articuló con dificultad mientras aprovechaba para quitarle la camisa. Después, esbozó una sonrisa juguetona animándolo a despojarla de sus prendas.

Prosiguió entonces a desabrochar su pantalón y con pasión se animó a meter la mano dentro de las bragas de su novia. Con la otra mano la acercó hasta su pecho ahora desnudo y la besó ligeramente. En un ágil movimiento, ella se apresuró a despojarse del resto de sus prendas. Él hizo lo mismo.

Con rapidez, Nazli se dirigió a la cama atrayéndolo consigo. Lo besó y guio su mano hasta su entrepierna, indicándole que prosiguiera. Él continuó como lo había estado haciendo, acarició su clítoris y después se abrió camino con los dedos. Nazli lo tomó con fuerza por la espalda, aproximándolo a ella para besarlo. Sintió el palpitar de su corazón y el cuerpo estremecerse ante su tacto. Al cabo de unos segundos, Jadon bajó presionando sus labios contra su cuerpo, trazando con calidez un camino del cuello hasta su sexo. Ella arqueó la cadera y se aferró con fuerza a las sábanas hasta soltar un gemido cargado de pasión. Al cabo de un tiempo, volvió arriba y pegó su cuerpo al suyo, mientras se deleitaba con la frescura de sus labios.

—¿Tienes un preservativo? —preguntó entre jadeos.

—En el cajón… —logró decir con la respiración entrecortada.

Haland lo abrió y a tientas alcanzó uno de ellos. Se lo colocó con rapidez y sin apartarle la mirada, la penetró con delicadeza. Hicieron el amor con pasión y deseo. La protegió en todo momento y se interesó por complacerla.

—Te quiero, Jad —pronunció sintiéndose afortunada por tenerlo.

Al final, se recostó a su lado para ser rodeada por sus brazos, mientras se reconfortaba con la calidez de su cuerpo hasta que el sueño los venció.

A la mañana siguiente, Jadon despertó con Nazli a su vera. Al principio le pareció una ilusión porque en poco tiempo su vida había cambiado. Había pasado de ser el hombre que enviaba aviones por el balcón, al novio de una mujer encantadora. Su primer y quizá, último

amor.

Le acarició el cabello sin la intención de despertarla. Pensaba en todas las ocasiones en las que había imaginado estar a su lado. Se había convencido de no acercarse a ella hasta haber resuelto sus asuntos y, ese momento, ya había llegado.

El día en el que decidió enviarle el primer avión casi soltó lágrimas porque durante el último año, había estado viviendo con incertidumbre. Era consciente de lo imprevisible que era su situación y no quería dañarla. Al final, supo que tenía una oportunidad y no estaba dispuesto a dejarla pasar.

Cuando escuchó vibrar su teléfono y se giró hacia la mesita de noche para cogerlo, pronto se dio cuenta de que no era el suyo, sino el de ella. En la pantalla apareció el nombre de Marty. El médico la estaba llamado a primera hora de la mañana. Eso le pareció extraño. Por no decir que estaba celoso. Decidió ignorarlo convenciéndose de que ahora, Nazli era su novia y de que no había motivo alguno para alarmarse.

Al cabo de unos segundos, Marty volvió a llamar provocando zumbidos en el teléfono.

—¿Puedes responder? —dijo semi despierta, después se colocó las cobijas sobre la cabeza y no volvió a hablar.

Jadon lo pensó por algunos segundos. No comprendía lo que le decía. Cabía la posibilidad de que no hubiera querido decir eso. Para cuando creyó haber tomado una decisión, el móvil dejó de emitir el zumbido. Nazli ahora tenía dos llamadas perdidas.

Sin nada más que hacer, se removió en la cama hasta entrelazar sus brazos alrededor de ella y le besó ligeramente la mejilla.

—No respondiste —dijo en un susurro.

—No creí que fuera correcto.

—¿Me llamaban a mí?

—Sí —dijo intentando quitarle importancia mientras presionaba sus labios húmedos sobre su hombro desnudo.

—¿Didiane? —preguntó con los ojos cerrados. Le gustaba la sensación de protección que le transmitía cuando la tomaba en sus brazos y pegaba su cuerpo al suyo.

—No —respondió con monosílabos, algo que a ella le hizo dudar. Acto seguido, se giró hacia él para verlo a la cara. Lucía increíble con el cabello alborotado y el cuerpo desnudo, pero algo en su semblante serio le indicaba quién le había llamado—. Era Marty, ¿cierto? —preguntó acariciándole el rostro.

Asintió sin pronunciar ninguna palabra. La miró y sin aguantar, la besó en los labios con ternura.

—No te preocupes —intentó calmarlo—. Hace mucho que lo mío con él terminó.

—Y lo aceptó sin problema… —dijo sin creer en la bondad del médico.

—No fastidies. No te pongas celoso.

Haland colocó la espalda sobre la cama y miró hacia el techo sin hablar. Nazli se recargó en su cuerpo provocando que la cogiera en sus brazos. En ese momento se percató de una cicatriz vertical que tenía en el pecho. Era una marca leve acompañada de un enrojecimiento ligero. Tenía la intención de preguntar por ella, pero lo olvidó en cuanto lo escuchó hablar.

—¿Debería estarlo? —dijo al fin.

—Te he dicho que no.

—Confío en ti… En él, no sé.

Ella empezó a besarlo y a acariciar su cuerpo hasta conseguir que se dejara llevar. Lamentablemente, el ruido en su teléfono los interrumpió. Jadon hizo una mueca de fastidio intentando luchar contra sus instintos, pero no pudo. En un acto reflejo, se levantó de la cama y comenzó a buscar su ropa.

—¿Qué haces? —preguntó alarmada aún sin coger el teléfono.

—Debo irme. Ayer por la tarde recibí una llamada para tomar unas fotos… Tendré el día ocupado —explicó sin creer que le estuviera haciendo eso.

—¿En serio, Jad? Lo haces por el trabajo o porque Marty no deja de llamar.

—Te dije que te creo —mencionó. Ya con los pantalones puestos, se acercó a ella, pues aún seguía sobre la cama—. Eres mi novia, ¿no? Te veo más tarde.

Cogió su camisa, se puso los zapatos y se despidió con cierta frialdad. No quería decirle que quizá había sido un error, que no debió haber aceptado salir con él. No es que quisiera reprocharle algo, es que se sentía culpable porque existía la posibilidad de que, en el fondo, ella siguiera amando a su ex. Eso le dolía.

Segundos después de que salió del departamento, el móvil de Nazli volvió a sonar y tomó la llamada con enfado.

—¿Qué quieres? —respondió iracunda.

—Naz…, perdón. ¿Te he molestado?

No podía decirle que había sido el motivo por el que Jadon se había ido. ¿O sí?

—Cuando me dijiste lo de la otra noche, eso sobre el amor y tus buenas intenciones… cuando me dijiste eso, ¿hablabas en serio? Quiero decir, ¿lo aceptaste, sin más? —Las palabras de Jadon la habían dejado pensando y en cierto sentido, comprendía el motivo por el que se había enfadado. Quizá pensaba que ella no podía olvidar a Marty demasiado rápido. ¿Lo había hecho?

—Bueno, Naz… —dijo preparándose para acudir al hospital—. Solo

dije lo que creí que querías escuchar. Mira, estoy seguro de que podemos salvar lo nuestro, pero ahora no puedo ir y arriesgarme a ponerte en peligro…

—¿Qué hay sobre lo que dijiste de mi vecino? —No iba a decirle que estaba saliendo con él.

—Creo que ya te entiendo… ¿Dormiste con él y se fue porque te estaba llamando? —intuyó sin lograr contener una sonrisa—. Naz, me resulta increíble. ¿Qué hay de la sana distancia?

—Marty, no estoy para tus estupideces.

—Discúlpame que te lo diga, pero no son estupideces. Esto del virus es en serio. Hace dos semanas se confirmaron 1,2 millones de casos a nivel mundial, aproximadamente hay 70 mil muertos, y digo aproximadamente porque es imposible llevar un control de todos ellos, es muy probable que la cifra sea más grande de lo que se dice. El 18 de abril se confirmaron 2.2 millones, imagina cuántos van ahora —exclamó con cierta paranoia.

—Deja de buscarme, déjame en paz. Prometiste que lo ibas a hacer —le recriminó con odio.

—Cuídate de él y asegúrate de que no tenga el virus. No podría vivir sabiendo que lo has pillado. Creo recordar que sale de casa para dar paseos.

—No te metas en lo que no te importa. Y deja de meterle ideas, me dijo que el otro día estuviese en mi edificio. Te conozco, lo hiciste adrede, querías alejar a cualquier persona que se acercara a mí. —Nazli estaba a la defensiva.

—Olvidémoslo. Si en realidad quieres saberlo, creo que es imposible que me puedas olvidar en tan poco tiempo, yo no pude... Sé que te dije que vi que estabas enamorada, pero también vi dudas. Mira, si quieres, sal con él. Te prometo que no voy a ir a golpearlo, por lo menos hasta que esto se normalice un poco. Se había dicho que el 26 de abril podíamos volver a la vida normal de manera muy controlada, después el confinamiento se amplió hasta el 9 de mayo… Lo que quiero decir es que puedes hacer lo que quieras, pero ten por seguro que no voy a rendirme con facilidad.

—¿Y por qué no me dijiste todo esto la otra noche?

—Estaba molesto, Leb. Tampoco ibas a estar muy tranquila si te lo decía. ¿De qué iba a servir si no iba a poder estar a tu lado? Eso iba a contribuir a que tomaras una decisión basada en la distancia.

—¿Y qué te dice que no la tomé basándome en eso?

—Pues me estás dando la razón. Mira, solo sé que, si me cuestionas para sacarte de dudas, es posible que te estés engañando y que en realidad no ames a ese imbécil tanto como a mí.

—O que tomé la decisión correcta y que en realidad quiero que me dejes en paz.

—Llámalo como quieras, solo quería saber cómo estabas. Mantente a salvo, Naz y asegúrate de que no esté enfermo —advirtió sin esperar por una respuesta y colgó.

Lo que había pasado la había dejado pensativa. Más de lo que ya estaba cuando Jadon abandonó el departamento.

«No lo escuches, lo que Marty te dijo lo hizo para hacerte dudar, ese es su plan y va a estar fastidiando mucho más ahora que ha intuido que sales con tu vecino. Sabes cuál fue tu decisión. Elegiste a Jadon porque lo amas y él te ama. No lo sabotees, no lo sabotees», se recordó para animarse a olvidar las palabras del médico.

16

El tiempo que Jadon permaneció afuera le hizo pensar en Nazli. Haberse ido de ese modo no había sido lo más correcto y aunque sí debía salir a tomar fotografías, comprendía que había cometido un error al dejarse llevar por sus emociones. «Es tu novia, decidió estar contigo porque te quiere», se dijo en segunda persona. Convencido de eso, se apresuró a editar las fotos para enviarlas a la empresa que lo había contratado. Cuando lo tuvo listo, le envió un mensaje de texto.

De Jadon: Te extraño, Leb. Perdón por lo de esta mañana.

Nazli leyó el mensaje al cabo de unos minutos, y salió al balcón enviándole un avión, después le pidió que saliera para tomarlo.

Cuando él leyó la palabra "cariño", se estremeció y elevó la vista hacia ella para contemplarla seguido de un prolongado suspiro.

Hola, cariño:

Te elegí a ti y te lo reitero, no tienes que preocuparte por Marty. No creí que tuviera que decírtelo porque te lo demostré, pero veo que es necesario. Jadon, me gustas mucho. Te lo digo en serio, tú me haces feliz y me haces sentir como nunca antes en la vida me había sentido. Me elevas hasta las nubes y te estoy agradecida por ello. Tú y yo tenemos algo especial, conseguimos crear un amor inigualable, completamente diferente a cualquier otro durante el confinamiento. Me alegra haberte conocido, me alegra que estés conmigo. Y ¿sabes?, me agrada que me demuestres que estás celoso, porque eso significa que te gusto, y mucho. Te has ganado mi corazón, aunque a veces actúes como un tonto. Lo atribuyo al enamoramiento, ¿no, chico romántico? En este punto quizá podría darte un beso, pero… no quiero alarmar más a los vecinos con nuestras idas y venidas. Estaríamos dando un mal ejemplo. Confío en que pronto podremos salir para caminar de tu mano y no sé, quizá hasta acompañarte a fotografiar algo…

Te quiero, Jad.

Con cariño, tu novia.

Cuando terminó de leer lo que le había escrito, quiso salir corriendo, llamar a su puerta y darle ese beso que quería. Pero tenía razón, existía la posibilidad de que los vecinos comenzaran a alarmarse. Después de todo, estaban a días de finalizar el confinamiento, podía esperar.

—Te quiero —le dijo desde el otro lado del balcón y con las manos en modo de oración, le agradeció—. Gracias por la carta.

—Te quiero —repitió lanzándole un beso al aire.

El resto de la tarde conversaron por videollamada. Él le habló sobre lo que había visto en la ciudad durante su recorrido, sobre lo complicado que era trabajar en esos días, sobre todo por la carga emocional, pues no era nada bueno salir a fotografiar, por desgracia, a las personas que habían muerto o las que no tenían hogares, incluso capturar esos rostros faltos de alegría, confinados en casa. Ni hablar del personal de salud o de limpieza porque muy probablemente tenían familia y todos los días debían salir a trabajar como superhéroes. Aunque la verdad, no tuvieran poderes. Todos ellos se exponían a la enfermedad, corrían el riesgo de infectar a sus familias.

«Es una pesadilla», pensó cuando tuvo que fotografiar lo que le pedían.

También hablaron sobre sus posibles planes y sobre cómo era su vida antes de la pandemia. Jadon no dijo mucho al respecto y Nazli prefirió no remover su pasado pues ya le había contado eventos muy trágicos. Solo supo que después de la muerte de su familia, había perdido la comunicación con el que iba a ser su cuñado. Por lo que sabía, Jadon había estado solo por largo tiempo. Claro, tenía amigos, compañeros de trabajo y familia lejana, pero no era lo mismo que tener a alguien cercano en quien confiar.

Había tenido que aprender a vivir con el dolor y eso a ella le estremecía. Pensaba en todos los momentos en los que debió haberse sentido afligido y deseó haberlo encontrado antes.

Más tarde, hicieron planes para presentarse a sus amigos y quizá, cuando las fiestas estuvieran permitidas, podrían realizar alguna para festejar hasta el amanecer.

—¿Quién es tu mejor amigo? —quiso saber—. ¿Tienes a alguien, como yo a Didiane?

—Conocí a un colega, trabajábamos en lo mismo, después pasó a las grandes ligas, ahora trabaja para una revista de moda de muy alto prestigio. Al principio compartíamos el mismo departamento, pero al paso de los años, encontró a una chica, se mudó y terminó contrayendo matrimonio. Ahora vive con ella. Solíamos vernos con regularidad, aunque los encuentros disminuyeron desde que se casó. Todo se redujo a unos tragos en el bar… Ahora ya no tengo mucha

comunicación con él… El compromiso lo cambió.

—Bueno, ahora que estamos juntos quizá podamos organizar algo en pareja.

—Sí, podríamos hacerlo… También conozco a otro chico, ahora no está aquí. Por lo que supe, viajó para visitar a su familia y ya no pudo regresar. Supongo que está mejor allá… A veces conversamos y sí, él sabe sobre ti. Antes de todo esto, solíamos hablar mucho. Es escritor y en cierto modo, es quién me ha animado a no olvidarme de los libros…

—Vaya —dijo y chifló con interés—. Debe ser interesante conocer a un escritor.

—Sin duda, quizá él podría escribir nuestra historia…

—¿No ibas a escribirla tú?

—No quiero arruinarlo. Dejémoslo para un profesional.

Ambos rieron.

—¿Sabes? —continuó—. Estoy bien con solo estar contigo.

—Yo estoy feliz de tener un novio muy guapo —mencionó con cara juguetona.

—Ven, ven acá —le imploró con deseo en la mirada.

—Tú deberías venir.

—Estamos en confinamiento… Ahora que lo pienso —mencionó mientras recordaba sus primeras conversaciones—. Para William, este podría ser el escenario perfecto para torturar a sus personajes. Sería la historia en donde la amada no puede acudir al departamento de su príncipe para besarlo. —Sonrió en cuanto Nazli empezó a reír.

—¿Insinúas que debo ir a tu departamento? Ni lo pienses.

—Es que vivimos en el siglo XXI, ahora los hombres ya no tienen que dar el primer paso —concluyó con gracia.

—Te recuerdo que fui yo quien en primera instancia acudió a tu departamento.

—Sí, te doy la razón, quizá ahora sea mi turno… aunque te recuerdo que fuiste tú quien dijo que no quería alarmar a los vecinos.

Ella escondió la cara y se lamentó por eso.

—Sí, sí… debemos ser buenos ciudadanos y evitar incitar al desorden. Incluso si ya lo hayamos hecho —susurró esto último.

—Mientras tanto, podemos bailar —propuso—. O jugar a algo, no sé. En línea he visto muchos retos. Quizá podríamos llevar un registro y quien pierda, bueno, ya veremos qué hace. ¿Qué te parece?

—Excelente, esto es como la serie en Netflix de la que me hablaste el otro día.

—¿*The Circle*?

—Sí, sí. Solo que aquí podemos vernos a la cara.

La idea le encantó y aceptó sin pensarlo. Ambos continuaron en línea dándose el tiempo necesario para buscar los retos que el otro

debía resolver. Cuando los tuvieron listos, el juego comenzó.

—Bien, debes resolver esto. Obtienes tu punto si logras sacar el billete sin tirar la botella. —Jadon había colocado un billete extendido sobre una mesa y encima de él, una botella colocada boca abajo. Lebel recreó sobre su mesa lo que él había hecho y empezó a pensar—. Tienes tres oportunidades, no puedes tocar la botella…

—Bien, ¿puedo soplar?

—Inténtalo.

Lo hizo sin obtener buenos resultados. Le quedaban dos oportunidades.

—Dices que no puedo tocarla, ¿no? Pero el billete ¿sí?

—Sí, puedes tocar el billete.

—De acuerdo. —Nazli cogió el billete e intentó sacarlo con rapidez como solía hacerse con los manteles de las mesas, para mantener las vajillas intactas.

Volvió a fallar.

—Un intento —advirtió con una sonrisa.

Ella volvió a colocar los objetos y pensó en hacer lo mismo con el billete, pero esta vez con cuidado y sutiliza. No obstante, el resultado fue el mismo: la botella cayó.

—Bien, perdí. Dime cómo era.

Se lo explicó y ella negó con la cabeza reconociendo lo fácil que era.

—Te toca, dime qué debo hacer —dijo con entusiasmo.

Nazli le mostró una hoja con un acertijo y le dio lectura con detenimiento.

—¿Son tres números? Puedes repetirme las condiciones, ¿por favor? —solicitó mientras tomaba lápiz y papel para escribir y no tener que preguntárselas nuevamente.

—Solo tienes una oportunidad.

—¿Solo una? Tú tuviste tres. —A ella le pareció tierna la manera en la que la veía.

—Bueno, tienes dos. —La miró con inconformidad—. De acuerdo, tres. Te amo, cariño. —Al escucharla, se giró hacia la pantalla y le envío un beso virtual. No se lo había dicho, pero esa palabra le hacía sentir mariposas en el estómago. Era la primera vez que le decía que lo amaba, ni siquiera lo había pensado, simplemente lo había sentido. Estaba enamorada, su amor era genuino.

—Te amo —afirmó con sinceridad, después volvió a lo que había escrito.

Tras meditarlo por algunos minutos, dio una respuesta equivocada. Lo intentó una segunda vez y se sintió decepcionado de sí mismo al fallar. Aunque no lo tomó como una derrota, con los errores tenía más datos sobre qué números no elegir.

—Bien, lo tengo —dijo con emoción—. Es 042.

Nazli afirmó con felicidad provocando que bailara frente a la pantalla. La noche transcurrió así, entre acertijos, retos, bailes y risas. Al final, no hubo ganadores o perdedores. Fue un juego parejo que sirvió para unirlos más.

—En otro momento te habría invitado a cenar, tal vez te habría llevado al cine o caminaríamos por el parque… Empiezo a extrañar el mundo y todas sus bondades —confesó Jadon esta vez por llamada telefónica—. ¿No es eso lo mejor de una relación? Estar juntos, quiero decir.

—Sin duda —afirmó tumbada sobre la cama—. Parece que hemos pasado una eternidad apartados… Nunca imaginé que algo como esto pudiera ocurrir. Me refiero a la pandemia. Sé que no debo asustarme, pero me parece aterrador pensar en todos los estragos que vendrán después. Lo único que me reconforta, es saber que te tengo a ti.

—Nos tenemos el uno al otro. Gracias por todo, Naz.

—No tienes que agradecer. Buenas noches, Jad.

—Buenas noches. *Je t'aime* —finalizó con un acento francés que derritió el corazón de la artista digital.

—¿Hablas francés? —preguntó con admiración.

—Conozco algunas frases, quizá cuando todo esto termine podamos ir a la ciudad del amor y festejar nuestro primer mes juntos.

—Estaré contando los días, cariño.

17

El nueve de abril se cumplieron 100 días desde la detección del virus. Las cosas no habían mejorado mucho desde entonces. La pandemia rozaba los 1,5 millones de casos y había dejado a 88.500 muertos alrededor del mundo. El 10 de abril la OMS informó que temía un “rebrote mortal” si el confinamiento se levantaba demasiado rápido. El 11 de abril, un evento alarmó a los usuarios de las redes sociales pues, aunque a modo de broma hablaban sobre un calendario del fin del mundo, era seguro que detrás de ello, había preocupación por los días venideros. En enero se habían producido incendios masivos en Australia. En febrero se había declarado la pandemia, en marzo se había informado sobre un incendio cerca de Chernóbil, y en abril, el Krakatoa, uno de los volcanes más peligrosos del mundo, había entrado en erupción.

—Imagina que esto hubiera ocurrido en 2012 o en alguno de esos años en los que las personas creían que el mundo se iba a terminar — mencionó Jadon al teléfono, después de haber recordado el revuelo en Internet de aquel 11 de abril—. Supongo que las noticias nos aterrarían.

—Pienso en todas esas personas que al inicio del año dijeron “sorpréndenos 2020”.

—Sí. 2020 es y será un año para recordar, un año lleno de sorpresas. Solo así logramos reducir la contaminación. Es la parte en la que ganan los buenos y los malos pasan a último plano en la escena.

—Me duele decirlo, pero concuerdo. La humanidad debía apartarse para que la naturaleza hiciera lo suyo. ¿Alguna vez viste esos videos que circulaban en Internet sobre lo que podía pasar con la Tierra si el ser humano desaparecía?

—¿Esos en donde decían: en 10 días sin los seres humanos el planeta se recuperaría de esta forma?

—Sí, esos. Creo que es cierto lo que se decía ahí. El mundo cambió y espero que no volvamos a lo de antes…

—Sería suicidio no haber aprendido nada de esta gran lección. Y, a todo esto… ¿sabes qué día fue el lunes de la semana pasada? — preguntó.

Ella lo dudo por algunos segundos.

—¿13 de abril?

—Sí, una fecha importante…

—¿Nuestros primeros seis días juntos? —inquirió con una sonrisa.

—Oh. Ha pasado tan poco y a la vez una eternidad sin poder estar a tu lado —suspiró sintiéndose afligido.

—Ni me lo digas… Parece una historia trágica.

—Bueno, tú podrías ser mi Julieta Capuleto, podría recitarte poemas durante las noches para hacer tus días menos trágicos. ¿Qué te parece?

—Acepto que seas mi Romeo Montesco.

—Quizá mañana podría pasarme por tu balcón —insinuó con esa voz varonil tan perfecta que tenía.

—Lo dudo… Y no porque no te crea capaz sino porque no quiero que te lastimes.

—Puedo arriesgarme…

—No, en serio, Jadon. No lo hagas, estamos en el tercer piso. Ni siquiera puedo imaginar cómo conseguirás llegar hasta aquí.

—Puedo pensar en algo…

—Jadon, no —imploró haciendo un puchero—. ¿Por qué quieres venir?

—Fue el día Internacional del Beso. Había pensado que tú y yo podríamos festejarlo, incluso aunque ya hayan pasado días —reveló con encanto—. Escucha, sé que va contra las reglas, pero ya las hemos infringido una vez. Lo estuve meditando y no es que vayamos a poner en riesgo la vida de los otros, siempre y cuando no nos relacionemos con ellos más que entre nosotros. No quiero ser irresponsable, pero me duele no poder estar contigo.

Leb se derritió ante sus palabras y pensó que la propuesta no era mala. Tenía su lógica. Para ser sincera, ella también se moría de ganas por estar con él.

—Sí, de acuerdo. No tengo problema con eso. Entonces, ¿tenemos una cita? —articuló poniéndose de pie para mirarlo frente a ella. Las mariposas en su estómago reaparecían siempre que pensaba en él.

—Tenemos una cita… Te amo. No me cansaré de decirlo.

Ese día, esperó hasta el inicio del anochecer para acudir al departamento de Nazli sin causar conmoción en el resto de los vecinos. Se vistió con distinción, era una cita en medio del confinamiento, pero eso no significaba que perdiera la prestancia. Nazli pensó lo mismo y escogió su mejor atuendo pese a la posibilidad de despertar sin él.

Era la primera vez en días que iban a reencontrarse, ambos estaban nerviosos. Hablaban, sí, pero a distancia. Su relación funcionaba de manera similar a un romance en línea. Encontrarse frente a frente, les provocaba un sentimiento intenso, primerizo, algo torpe y lleno de buenos sentimientos. No obstante, su relación tenía más probabilidades de perdurar que una relación en línea. No es que lo confiaran todo a conversaciones efímeras o a lo que observaban a

través de una pantalla.

Él subió por las escaleras y tocó la puerta. Cuando le abrió, pensó en lo apuesto que se veía y en lo afortunada que era por tenerlo en su vida. Ninguno resistió la cercanía más de tres segundos. Se besaron tal como lo habían prometido. Fue un beso tierno y apasionado, cargado de deseo y añoranza.

—En honor al día del beso —logró mencionar al cabo de unos minutos, percatándose de cuánto había extrañado su cercanía, su tacto, su aroma y sus labios—. Feliz día, amor —mencionó tomándola de la cintura. La pegó a su cuerpo sintiendo su respiración. Ella entrelazó sus manos alrededor de su cuello y lo contempló por largos segundos, deseando permanecer así por siempre. Sonrió al escucharlo y sintió una descarga eléctrica en todo su cuerpo.

Una vez dentro, cenaron y brindaron por la relación que tenía. No faltaron las risas y las conversaciones profundas. Incluso, Jadon llevó un libro consigo para recitarle el poema que le había prometido.

«¿Hay algo que este hombre no pueda hacer bien?», se preguntó.

—Vamos a la cama —propuso ella—. Ya es tarde.

Se levantó y tomó a Jadon de la mano. A él le gustaba que fuera decidida y que tomara la iniciativa. La siguió con mucha emoción hasta su habitación y se dejó caer sobre el colchón.

—Me gustó eso que me dijiste hace un rato.

—¿El poema?

—No. “Amor” —expresó con picardía.

—A mí me gusta cuando me dices “cariño”. —Y la besó con pausa —. Me hace estremecer —reveló besándole el cuello—. Te amo, amo todo de ti.

Hicieron el amor y se fundieron en las sábanas. Fue una noche mágica cargada de deseo, una noche que ninguno iba a olvidar. Una vez que terminaron, con las sábanas por encima de sus cuerpos y abrazados el uno con el otro, Nazli volvió a sentir la cicatriz que tenía en el pecho y esta vez, le preguntó por ella.

—¿Qué te ocurrió?

Jadon guardó silencio por largos minutos. Sopesaba las consecuencias de decírselo o no. Cuando ella percibió la tensión en sus hombros, se apartó de él para poder observarlo. No llegó a imaginar nada, pero comenzaba a preocuparse. Siempre supo que era un hombre lleno de secretos.

—¿Jad, cariño? —insistió con temor, sin la intención de molestarlo.

—Tuve un año muy difícil, Naz —comenzó a hablar volviéndola a tomar en sus brazos. Los recuerdos de lo que había pasado lo atormentaban, necesitaba que lo comprendiera—. Hace poco más de un año me sometí a una operación. —Ella se sobresaltó y volvió a mirarlo.

—¿Qué ocurrió?

—Ya estoy bien, eso es lo que importa. No quiero que te alarmes. Terminé mi tratamiento, tú me has visto, estoy mejor. No te preocupes por mí…

—Pero… —quiso volver a cuestionarlo. Jadon comprendió que debía decirle más o de lo contrario no iba a quedarse tranquila.

—Tenía un tumor… —Suspiró pesadamente antes de continuar—. Me hicieron una cirugía, lo removieron, me sometí a quimioterapia. Fue un largo proceso… —reveló sin entrar en detalles para no atormentarla—. Escucha, me encuentro mejor.

Nazli no supo que decir, por un lado, estaba tranquila de que hubiera confiado en ella y por el otro, pensaba en si era mejor no haberlo sabido.

—Estoy bien. No necesito cuidados extremos —afirmó.

—¿Sigues acudiendo al hospital?

—Tengo citas de revisión cada mes. No es nada por lo que debamos inquietarnos. Ya pasé lo peor.

Nazli intentó no alarmarse, después de todo, lo veía bien.

Durante los siguientes días su relación se afianzó aún más. Había ocasiones en las que ella acudía a su departamento y se quedaba a dormir. En algunas otras, ambos llegaron a conversar por videollamada con Didiane, Félix y Xavier, estos últimos, los amigos de Jadon. También realizaron fiestas a distancia, conectados a la Red mientras bebían vino, cerveza o lo que fuera que tuvieran en el refrigerador. Participaban en juegos y aprovechaban al máximo las bondades de la tecnología.

Cuando Didiane tenía oportunidad de hablar a solas con Naz, la conversación giraba en torno a la relación que mantenía con Jadon y en muy pocas ocasiones hablaban sobre temas banales. Por su parte, los amigos de Jadon hacían planes para reencontrarse. Debía ser justo después de tanto tiempo de aislamiento.

De Jadon: Naz, ¿puedes salir al balcón? —le propuso.

De Nazli: ¿Para qué quieres que salga? —Lo estaba molestando.

De Jadon: Es sorpresa.

No tuvo que responder. En pocos minutos la vio salir y se acercó a la baranda.

—Listo, ya estoy aquí.

—Ya ha pasado casi un mes desde que empezó nuestra relación. Quería decirte que fuiste lo mejor que me pasó y que te amo, que no puedo esperar a salir para quedar como te lo prometí al inicio.

—Oh, Jadon… —Las mariposas en su cuerpo y las palabras de su novio iban a hacerla llorar—. Tampoco puedo esperar para salir. Eres maravilloso y agradezco que nuestros caminos se hayan vuelto a cruzar. Viniste a hacerme creer en el amor y lo hiciste de una manera inigualable. No tengo palabras para explicar el modo en el que me haces sentir.

—Tengo algo para ti —mencionó elevando su dron para dirigirlo hacia el balcón de enfrente—. Los primeros capítulos de nuestra historia. No lo escribí yo, estuve trabajando con mi amigo para armar la idea. Pensé que podía ser algo que podría darte al cabo de nuestro primer mes, pero no he podido esperar. Léela y me dices qué opinas. Tal vez hay algo que se me esté pasando por alto, bueno sé que es así. Tú también deberías hablar con Félix y contarle tu versión para que él pueda, ya sabes, hacer sus cosas de escritor. ¿Qué te parece? —propuso con alegría.

Cuando el dron llegó a su destino, tomó las hojas que él, con mucho cuidado, había sujetado a la aeronave. La sorpresa había superado sus expectativas. Saber que en sus manos tenía una primera parte de la historia que habían vivido juntos, le hacía sentir emocionada al punto de incrementar el amor que sentía.

Pensaba en la posibilidad de que su historia fuera leída por otros y en su permanencia al paso de los años. Era una prueba de amor que iba a trascender generaciones, algo digno de recordar al finalizar el 2020, un año muy alocado. Quizá, considerado lo más cercano que la humanidad estuvo del fin del mundo, en su corta vida en el Universo. Fuera así o no, era seguro que iban a quedar inmortalizados en las páginas de un libro. Eso a ambos, los entusiasmaba.

—Gracias —dijo entre lágrimas—. Lo hiciste posible, Jad. Espero que aquí quede plasmado tu romanticismo —advirtió con una sonrisa ligera.

—Te aseguro que así será. No olvides que solo es un borrador, aún falta tú versión. Puedo organizar videollamadas por las tardes para que conversemos con Félix, ¿te parece bien?

—Estoy de acuerdo. Podemos comenzar hoy mismo.

—Bien. Armemos el libro —mencionó soltando un grito de alegría.

18

El 15 de abril se había informado que los casos diagnosticados en el mundo ascendían a dos millones, la OMS había informado que los ensayos clínicos de las vacunas habían iniciado y que había otras en desarrollo. Hacía días también que Estados Unidos de América se había convertido en el país con más contagios y muertes por Covid-19, siendo New York el más afectado. La ONU estimaba el aumento en el número de personas expuestas a subalimentación grave, la situación empeoraba al transcurso de los días y en muchas ocasiones, Nazli y Jadon pensaban que formaban parte de una historia ficticia. Todo parecía tan irreal hasta que se miraba a través de la ventana.

Por lo que se veía en televisión, el 22 de abril se había aprobado prolongar el estado de alarma hasta el 10 de mayo. En México, el 21 de abril se había iniciado la fase 3, dos días después superaba los 10 mil contagios. Aun así, había personas que seguían creyendo que lo del virus era mentira. Fuera cierto o no, las consecuencias económicas iban a pesarle a la población entera.

El 23 de abril había sido el Día Internacional del Libro. Algo que pese a la distancia aún podía realizarse.

—Feliz día de Sant Jordi —dijo Jadon con emoción, enviándole a Nazli, una rosa que él mismo había elaborado con material que tenía en casa. No le había quedado nada mal, se había empeñado en hacer lo mejor para sorprenderla.

La cara de Lebel fue todo un poema en cuanto la recibió y ella le envió el borrador que tenía sobre la historia que estaban escribiendo.

—Te gustará, quizá después podamos comentarlo y cuando esté listo, me encantaría escucharte leerlo —propuso con una sonrisa.

Estaba de acuerdo, leer la historia sobre su amor en medio de la pandemia, había sido algo que no había esperado pero que, sin duda, lo llenaba de ilusión.

El 26 de abril después de 40 días de confinamiento, los niños menores de 14 años pudieron salir a hacer pequeñas caminatas en compañía de un adulto. Jadon asistió a cubrir parte de ese esperanzador día y el sentimiento que lo albergó, a él y a todos los que vieron a los niños correr, saltando de felicidad, incluso a través de la televisión o en los periódicos, fue inefable. Había tanta emoción y nostalgia que a casi todos les hacía soltar lágrimas.

El 27 de abril, el número total de casos globales superaba los 2,9 millones y en la prensa, los titulares hablaban sobre el regreso a una

"nueva normalidad". Casi se podía ver la luz al final del túnel. Ese mismo día, en las redes sociales, hubo una revelación que no se supo muy bien cómo interpretar. El Pentágono había publicado las grabaciones de tres avistamientos de objetos voladores no identificados.

—¿Te das cuenta de lo que está pasando? —exclamó Nazli con asombro—. Las cosas que jamás creímos que podían suceder, están ocurriendo…

—Creo que es por toda esta paranoia. Si hubiera ocurrido en otro momento, el sentido de alarma no se habría disparado tanto como lo hace ahora, con cada pequeña noticia… —opinó restándole importancia—. Es un año alocado, solo pienso en lo que vendrá al siguiente y en lo mucho que reiremos al recordarlo.

Dicho esto, subió la música de su reproductor y como todos los martes, armó un concierto mañanero para animar a los vecinos, mientras ellos bailaban a la lejanía.

El 28 de abril los contagios habían superado los 3 millones en el mundo y Estados Unidos de América superaba el millón. Ese mismo día se había hablado sobre el Plan de Desescalada en Europa. Jadon y Nazli sabían que era cuestión de días para que pudieran reencontrarse, estrechar las manos y fortalecer su relación.

Los pequeños negocios comenzaron a reabrir, las personas podían hacer deporte y dar paseos, siempre tomando en cuenta las medidas de seguridad. En mayo, en México se hacían murales en homenaje al personal de salud; y en algunos municipios se vivía algo que no se veía en las noticias: la población se alarmaba por *fake news* y en ocasiones, por situaciones totalmente ciertas, provocando incendios a mitad de las carreteras, disparos y voceos en plena madrugada. Algo típico de un fin del mundo. Meses atrás, los autos de la Policía y los helicópteros, cada tercer día perifoneaban por los alrededores, alertando a la población sobre los riesgos de salir de sus casas.

En España, durante la fase cero, se repartían mascarillas y se daban aplausos desde los balcones a los profesionales de la salud por su ardua labor. Así mismo, se declararía un luto oficial cuando la mayor parte del país estuviera en fase 1. El 9 de mayo, a nivel mundial, sumaban más de cuatro millones de casos.

—No considero prudente que debamos hacer la reunión en cuanto lo permitan… quiero decir que… —intentó explicar Jadon.

—Lo sé… es extraño. No fue como lo imaginamos… Tanto tiempo confinados, con las noticias bombardeando nuestras mentes, es imposible pensar que esto sea una normalidad.

—Nos dañó el tiempo en casa —externó con tristeza.

—Esperaremos, no hay prisa.

—¿Quieres salir a dar un paseo? —propuso con ilusión. Hacía días

que las personas de sus edificios salían con mayor regularidad, al principio con miedo, después con menor precaución. Confiaban en que, al cabo de unos meses, podrían acostumbrarse a su nuevo modo de vida.

—Por supuesto, te veo abajo.

Era una mañana cálida en la que el aire se respiraba con mayor tranquilidad, pese a llevar mascarillas. No se había tratado del fin del mundo, pero los sobrevivientes lo sentían así.

Jadon cogió la mano de su pareja y caminaron a paso ligero hasta llegar al parque. La vida había vuelto a ellos. Tomaron asiento sobre una de las butacas de madera, mientras observaban a los niños correr y a los padres conversando con otros. Más tarde, acudieron a la terraza de un bar y bebieron unas cervezas entre charlas y risas.

—Ahora que lo recuerdo, nunca me dijiste qué iba a hacer por haber perdido —dijo después de haber colocado el vaso sobre la mesa.

—¿Qué?

—Cuando lanzaste el avión, la apuesta… Tú ganaste.

—¡Oh, cierto! Lo había olvidado... A decir verdad, no lo pensé.

—¿Y bien?

—¿Quieres que lo piense ahora? —inquirió con una sonrisa que achicó sus ojos y dibujó unos pliegues en su rostro que le hacían ver apuesto.

—Si quieres. Solo creí que debía recordártelo, en caso de que hubieras pensado algo.

—Más tarde, en casa, léeme uno de esos poemas que tanto te gustan. Me recostaré sobre tu pecho y quizá después, podamos hablar sobre algún libro, como solíamos hacerlo en los balcones o en las cartas. No me apetece nada más.

Asintió pensando en lo afortunados que eran por vivir el fin del confinamiento, pero, sobre todo, por vivirlo a su lado. Hacía tiempo que no había llegado a imaginar que algo así pudiera ocurrirle. La vida lo sorprendía una vez más.

Salir a las calles les provocaba mucha felicidad, sobre todo porque significaba reencontrarse con aquellos con quienes se había mantenido la distancia. Era cierto que aún existía esa extraña sensación de mantenerse lejos de otros y que las bromas sobre el virus no dejaban de pronunciarse, pero eran las secuelas de lo que se había vivido. Las medidas sanitarias aún eran necesarias. Era obvio que no se podía volver a la normalidad de manera tan abrupta. El fin del confinamiento no significaba que el virus hubiera desaparecido, aún quedaba mucho por hacer.

Didiane y Nazli organizaron el encuentro para finales del mes de junio.

Ella estaba emocionada, Jadon finalmente iba a conocer a Didiane.

Nazli por su parte, tenía interés por conocer a los amigos de su novio. Y así, le propuso invitar a Félix y a Xavier.

Estando afuera, los días transcurrían más rápido que cuando se estaba en confinamiento. Nazli y Jadon habían tenido tiempo para pasarlo juntos y aunque él todavía no tenía muchos eventos por cubrir en la prensa, había conseguido que le dieran un puesto mientras los eventos culturales volvían a la vida.

Una noche antes del gran reencuentro, Nazli y Jadon caminaban de la mano de vuelta a sus departamentos. Hacía días que habían cumplido dos meses de relación, aunque debido a las circunstancias él no había tenido oportunidad de invitarla a cenar.

—Todo pasó muy rápido, ¿puedes creerlo? Dos meses —habló el fotógrafo.

—Sí, me resulta extraño pensar en salir y pretender hacer lo que solíamos hacer antes de todo esto.

—Fueron días muy difíciles —afirmó caminando a su lado.

—Y pensar que lo nuestro comenzó con un avión de papel. —Sonrió plantándole un beso en los labios.

—Te amo, Nazli.

Con anterioridad ambos se habían dicho “te amo”, pero en esta ocasión sonaba más sincero, real y verdadero. Era una declaración complicada sobre todo porque habían tenido relaciones en las que ese “te amo” terminaba siendo una catástrofe. Quizá era cierto que dos corazones rotos podían atraerse, porque en efecto, podían volver a amar. Al final, ambos demostraron que el amor puede perdurar al pasar de los años.

Nazli se dejó envolver en los brazos de su amado hasta que el sonido de su móvil volvió a interrumpirlos. Lo mismo había ocurrido durante la cena. Jadon la miró con fastidió antes de caminar a paso ligero.

—¿Es él? —inquirió en tono dolido al cabo de unos segundos.

Naz ignoró la llamada y alcanzó a su pareja para tomarlo de la mano, presionando sus labios contra su mejilla. Él detuvo el paso sintiéndose molesto consigo mismo por sentir celos.

—Era él, ¿cierto? —preguntó después de dejarse besar.

—Sí.

—Debes hablar con él… no creo que las cosas lleguen a mejorar si solo le das largas. Debes ser directa o prefieres que… Tal vez lo mejor sea que yo hablé con el doctor —se apresuró a decir.

—No. No es necesario, ya se lo dejé en claro.

—Entonces, ¿por qué sigue fastidiando? —preguntó en tono molesto—. Ocurre que el confinamiento ha terminado y ahora tiene más tiempo para pelear por ti. Mira, agradezco la labor que tiene y su esfuerzo por cuidar de la población… pero…

—No te pongas celoso. Te quiero a ti, Jadon.

—Lo estoy, Naz —dijo sin titubeos mirándola fijamente a los ojos —. ¿Qué quieres que te diga, que no me molesta que busque tener algo contigo? ¿Puedo confiar en él?

—Bien, hablaré con él para que te quedes más tranquilo.

Dicho esto, volvieron a emprender el paso hasta el departamento del fotógrafo. Él pasó la mano por detrás de sus hombros y cogió su mano con cariño, mientras la acercaba a su cuerpo.

—¿Estás segura de que no va a estar en la reunión de mañana? —preguntó con seriedad, antes de ingresar al edificio.

—No. Fui clara con Didiane. Me prometió que no le iba a decir nada. A ella tampoco le cae muy bien. Le guardó rencor después de la última vez.

Jadon asintió, ingresaron al edificio y prosiguieron hasta el ascensor.

—No estoy convencido… ¿y si decidimos no ir? —propuso mientras subían hasta su departamento—. Podemos quedarnos en casa y…

—Invitaste a tus amigos. No puedes dejarlos solos —advirtió.

—Tienes razón —aceptó después de meditarlo—. Lo importante es que estaremos juntos.

La conversación cambió en cuanto ingresaron al departamento y más tarde, durmieron abrazados.

* * *

Ambos acudieron a casa de Didiane alrededor de las diez de la noche. Para ese entonces sus amigos ya se encontraban disfrutando de la música, el baile y las bebidas.

—Vaya, ya era hora —dijo Didiane aproximándose a su amiga para recibirla con un abrazo y un beso en la mejilla—. ¿Jadon? —Él asintió —. Pasen, pasen. Los demás ya llegaron. —Sonrió después de darles la bienvenida.

La pareja ingresó a la casa y saludó al resto de los invitados. Era bueno verlos a la cara después de tanto tiempo, aunque lo que vio le hizo arrepentirse de haber asistido a la fiesta. En el fondo, sabía que nada bueno iba a surgir de todo eso.

—Jadon, Nazli —aclamó Félix con alegría en cuanto los vio—. La pareja de mi historia —dijo dándoles un fuerte abrazo—. Joder, qué bien se siente volver a abrazar —reveló con entusiasmo mientras enarcaba una sonrisa de oreja a oreja.

Ella se acercó para saludar a los demás, mientras Jadon, detenía al escritor para preguntarle por Zenda, la mujer que estaba junto a Sam, la esposa de Xavier. En el sitio solo estaban ellos, no obstante, la

presencia de esa mujer le inquietaba, sobre todo por los problemas que le había causado.

Zenda le dirigió una mirada rencorosa, después miró a Nazli y él supo que no podía permitir que estuvieran juntas. No aceptaba que sus amigos se hubieran atrevido a llevarla sabiendo lo que había ocurrido años atrás.

—Fue la esposa de Xavier… —explicó el escritor apartándolo del resto—. Sabes que después de eso… se hicieron muy amigas. Cuando llegué aquí, ella ya estaba con Sam. Te aseguró que no sabía nada.

—¿Y no pudiste haberme llamado para advertirme? —le reprochó.

—De haberlo hecho no habrías venido —explicó con naturalidad tomando un trago de su bebida.

Por lo que percibía, Zenda aún no se acercaba a Nazli y no se veía con la intención de hablar con ella. Jadon suspiró con pesadez antes de decidir tomar una copa.

—Exacto, prefiero ahorrarme las explicaciones. Nazli no sabe nada… —reveló provocando desconcierto en el escritor.

—Bueno, no puede ser tan malo —respondió después de unos segundos, sonriendo ligeramente—. Piensa en el giro que le daría a la historia —hizo referencia al libro que estaba escribiendo.

—Jódete, Félix —finalizó con fastidio antes de aproximarse a su pareja.

Didiane presentó a Jadon y a Seth, su novio. Dos hombres que enseguida congeniaron. Por su parte, Nazli conoció a Sam, la esposa de Xavier. Aunque Jadon prefirió no detenerse a conversar mucho con Zenda.

Pasados unos minutos, Zenda encontró el modo de acercarse a Jadon. Para ese entonces él se encontraba más tenso de lo que estaba cuando habían llegado. La mujer había estado conversando con su novia, aunque por lo que había visto, parecía no haberle dicho nada. En el fondo, era algo que agradecía.

Se presentó con recelo. No confiaba en su apariencia de chico bueno e incapaz de dañar a nadie. Por lo que había sucedido, se sentía incapaz de perdonarlo.

—Supe que tenías una nueva aventura. ¿Cómo te atreves? —le reprochó cuando el resto de los invitados se encontraba conversando sobre sus días de confinamiento, en otra de las habitaciones. Toda una hazaña después de vivir días casi infernales, entre disturbios, protestas y hackeos.

Jadon respiró con pesadez. No quería responder, tampoco pretendía caer en sus embustes, sobre todo para ella, pues estaba claro que no conocía la historia completa.

—Déjalo.

—¿Fue ella por quien la dejaste? —inquirió con malicia, mirándola

de arriba abajo, a la lejanía.

—No te metas en lo que no te importa. No tiene nada que ver con lo que ocurrió.

—Me importa, no puedo dejar que lo vuelvas a hacer. ¿Le has hablado sobre ella?

La conversación empezaba a cansar al fotógrafo. El dolor con el que Zenda había vivido le había impedido pasar página. No le había bastado con el daño que le había causado, quería asegurarse que Jadon sufriera hasta el último día de su vida.

—Déjanos en paz, ¿quieres? No puedo regresar el tiempo, pero si te soy sincero, las cosas no son como las imaginas.

—Entonces no te molestará que se lo diga —mencionó en tono desafiante reposando su mano sobre el hombro de Haland.

—No me amenaces. Si está conmigo es porque lo sabe. Deja de meterte en mi vida. ¡Fue un maldito accidente! —dicho esto, se levantó con molestia y acudió hasta donde Nazli se encontraba. Zenda, a la lejanía observaba cada uno de sus movimientos—. Nazli, deberíamos irnos —propuso tras percibir tensión en el ambiente.

Conocía la mirada de Zenda, se había decidido a hablar.

—Jad, cariño, pero si acabamos de llegar… —chilló.

—No me siento muy bien… —mintió con la esperanza de poder sacarla de la casa sin armar un escándalo.

—¿Está todo bien? —Sonó preocupada al notar la tensión en su cuerpo.

—Prefiero explicártelo en otro lado…

Todo se complicó cuando ante ellos se presentó Marty. Era lo único que faltaba para arruinarle la noche a la pareja. Jadon se tensó y Nazli lo tomó del brazo, haciéndole saber que no lo había invitado. A la lejanía, Didiane le decía que ella tampoco lo había hecho.

El médico no pudo evitar reparar en su ex y en el modo en el que sostenía la mano del fotógrafo. Por su aspecto, se percibía que Marty había estado bebiendo.

—Así que eres tú —dijo olvidándose del resto de los invitados, deteniéndose en las facciones de la pareja de su ex, ahora lo veía con mayor nitidez—, el maldito imbécil por el que Nazli me dejó. Ahora te recuerdo. Sí, tú solías pasearte por el hospital… ¿Todo bien contigo, Jadon? Te llamas así, ¿no? —bramó acercándose a él mientras inflaba el pecho y se ponía en guardia.

Por un momento Jadon pensó que Marty sabía sobre lo que había ocurrido y temió que pudiera contárselo a todos. En esa habitación no se lo había confiado a nadie más que a su novia. En cuanto Zenda lo escuchó, sonrió con malicia clavando la mirada en las pupilas del fotógrafo, como si fueran espadas afiladas, para ella las coincidencias no existían. La observó y después volvió la vista hacia el médico,

implorando porque ninguno de los dos abriera la boca.

Marty lanzaba sus palabras con odio, no sabía nada sobre Jadon Haland, pero por su aspecto intuyó que ocultaba algo. No obstante, que Nazli no se inmutara ante la insinuación, como lo había hecho el resto, le hacía pensar que quizá para ella ya no era un secreto.

—Déjalo, Marty —suplicó Leb con temor a lo que podía pasar. Su miedo se incrementaba tan rápido como circulaban las *fake news*. Sabía que era cuestión de tiempo para que uno de los dos explotara frente al otro y diera algo de que hablar entre los invitados—. Jadon, vámonos. No le hagas caso…

La miró confiando en que era la mejor decisión que podía tomar. Asintió porque no quería ser él quien arruinara la fiesta del resto. No obstante, Marty se anticipó y lo tomó del hombro para hacerlo volver. Cuando lo tuvo de frente, lo golpeó en la cara con fuerza. Tal acción lo tomó por sorpresa y respondió como cualquier hombre lo habría hecho. Se aproximó a él con furia y le propinó un gancho, con la misma intensidad en la que éste lo habían golpeado. Para ese entonces ya le importaba una mierda arruinar la fiesta del reencuentro.

—¡Maldito cabrón! —vociferó haciéndolo caer al piso. El doctor no se dejó vencer y se levantó para abalanzarse hacia él. Los golpes continuaron a pesar de los gritos y los muebles rotos.

—¡Jadon, basta! ¡Déjalo, Marty! —imploró Lebel con desesperación, provocando la intervención de Seth y Xavier para separar a los hombres que pretendían matarse frente a todos.

—¡Te dije que le iba a romper la puta cara! —gruñó Marty con una sonrisa cargada de malicia—. ¿Quién es el perdedor ahora? ¿Eh? —se burló, mientras miraba con pena a su ex.

—¡Idiota! —pronunció Nazli con odio—. ¿No te bastaba con olvidarlo? Acéptalo de una vez, no te quiero, ya no… —dicho esto, se aproximó a Jadon, quien ahora tenía una ceja partida, para ayudarlo a reincorporarse. Él percibió decepción en los ojos de su novia, la tomó de la mano y caminó hacia la puerta sin decir nada. La fiesta había terminado.

—¡Huye, huye, cabrón…! —vocifero Marty, al principio con odio, después en sollozos al pensar en las últimas palabras de la mujer.

—Imbécil —gruñó Jadon en cuanto salieron.

A su encuentro acudió Félix para saber si su amigo estaba bien, aunque éste le pidió que lo dejara en compañía de Nazli. Para todos, la reunión terminó en cuanto Marty lanzó el primer trancazo.

—Lo… lo siento, Didiane —se disculpó el médico—, puedo… pagaré los daños ocasionados.

—Vete, Marty, no todo se soluciona con dinero.

—Te llevo a casa —se apresuró a decir Seth al verlo en estado deplorable—. Vuelvo enseguida, amor. —Se despidió de Didiane y de

los invitados, después tomó al hombre y lo sacó de la morada.

Los amigos de Jadon sintieron la tensión y también abandonaron el hogar. Félix quiso quedarse para ayudar a limpiar el desastre, pero con un rotundo no, Didiane se lo impidió. Cada uno, sin nada más que hacer, volvió a casa.

—Lo lamento —mencionó Naz con un nudo en la garganta en cuanto llegaron a su departamento, pues durante el trayecto, ninguno se atrevió a decir algo. El pecho del fotógrafo se inflaba con violencia y agitación, no había descargado toda su ira, pero sabía que su novia no tenía la culpa. No quería ser un cretino y explotar frente a ella.

—Tú no tienes la culpa, él se lo merecía. Debía hacerlo. Perdóname tú por haberte puesto en esa situación… —Se sentó en el sofá y afligido se lamentó.

—Escucha —intervino en cuanto volvió a su lado con lo necesario para curarle la herida—. Él inició la pelea… estoy segura de que le quedó claro que es a ti a quien amo.

III

PARA RECORDAR

19

Al anochecer del día siguiente, Jadon acudió al departamento de Nazli y la sorprendió con un ramo de rosas. Iba vestido de traje, lucía muy apuesto. Ella lo miró sintiendo mariposas en el estómago. Casi se le salían las lágrimas. Lo que había ocurrido con el médico lo había animado a enmendar el error. Se sentía fatal por haberla hecho pasar un mal momento y encima, por haber caído en el juego de Marty. Lo que él buscaba era separarlos y no pensaba darle el gusto. Además, Nazli le había dicho que le gustaba que fuera romántico, esta era una buena ocasión para hacer uso de esa cualidad y sorprenderla.

—¿Y esto? —inquirió con sorpresa, derritiéndose en el fondo como quien sabe que ha encontrado a su verdadero amor.

—Es para disculparme por lo de ayer.

—No tenías por qué…

—Sí tenía. Vamos, tenemos una cita. Iremos a cenar —expresó con ánimo. Verla sonreír le sentaba bien, lo transportaba al paraíso y le hacía olvidarse de todo lo que ocurría a su alrededor.

—¿Ahora?

—Sí.

—Espérame, voy a…

—Tómate tu tiempo —dijo mientras ingresaba al departamento para esperar sentado en el sofá.

Al cabo de unos minutos se encontraban degustando de una cena en su restaurante favorito. Sabía perfectamente que a ella le gustaban esos pequeños detalles, además, le encantaba verla sonreír, no hacía más que complacerla. Se esforzaba bastante por hacerla sentir bien, era una de sus peculiaridades o quizá lo hacía para mitigar el dolor que sentía en el fondo. Tal vez, inconscientemente lo hacía para compensar el tiempo que habían estado distanciados.

Más tarde, antes de abandonar del recinto, Nazli fue al aseo mientras Jadon esperaba por la cuenta.

—Vuelvo en un segundo —exclamó, después caminó en línea recta y finalmente dobló la esquina, desapareciendo por completo de su vista.

Fue ahí cuando se encontró con un rostro conocido y quizá con el inició de un pésimo desenlace. Ante ella se aproximó una mujer, al principio dubitativa, pero al asegurarse de que era la novia de Jadon, se acercó con mayor soltura. Fingía tener buenas intenciones y no hacía más que atribuir el encuentro a una obra del destino. Situación

que pensó aprovechar.

—¿Nazli? Eres la novia de Jadon, ¿cierto? —preguntó, logrando captar su atención.

—Oh… tú. Sí, sí. Estuviste en la fiesta de Didiane. Hablamos poco, pero sé que eres… —intentó recordar su nombre.

—Zenda, sí. ¿Cómo va todo con Jadon? —inquirió con un ápice de cotilleo, aunque al mismo tiempo, intentando ir al grano. Lo suyo no era andarse con rodeos. Cuando tenía algo que decir, lo hacía sin pensar en el resto. No obstante, en esta ocasión había pensado plantar la semilla de la curiosidad y dejar que Jadon hiciera lo suyo. Intuía que no iba a constarle mucho arruinar su relación.

—Bien… él está afuera, ¿quieres saludarlo? —propuso sin imaginar la bomba que la mujer le iba a soltar, aquella que no tuvo oportunidad de lanzar la noche anterior.

—No… Yo solo..., cuídate de él. ¿Quieres? —insinuó mientras a su mente venían los recuerdos de su amiga Sophie.

—¿A qué te refieres? —preguntó sin lograr comprender.

—Él y mi amiga iban a casarse… pero, bueno. Fue un mentiroso. Rompió con ella sin darle explicaciones. ¿Sabías que estaba embarazada? —Eso debía bastarle para comenzar a atar cabos. La consideraba una mujer inteligente. Para Zenda, Jadon era una persona a la que le guardaba mucho rencor.

—¿Hablas de Sophie? ¿Iban a casarse? ¿Cuándo? —La revelación le había caído de sorpresa. Jadon le había hablado sobre lo que había ocurrido con ella, pero jamás había mencionado que la había dejado. «¿Iba a abandonar a su familia?», se preguntó pensando en todas las cosas que le había revelado y empezó a dudar de su palabra.

—Hace casi dos años. El día del accidente. Cuídate de él ¿quieres? Fue un placer conocerte.

Dicho esto, se alejó enarcando una sonrisa malvada y no miró atrás.

En el fondo, Nazli quería creer que solo la había querido fastidiar, pero también, algo en su interior le decía que podía tener razón. Las ideas la estaban matando en su cabeza, pero tuvo que esforzarse por mantener la cordura en cuanto apareció frente a Jadon. Había demorado más tiempo de lo normal, aunque no lo suficiente para dejar atrás la inquietud que la declaración le había causado.

—¿Todo bien? —preguntó en cuanto la tuvo frente a él. Lucía algo confundida y preocupada.

—Sí, ¿nos vamos?

Ambos salieron del recinto y volvieron a casa. Jadon seguía notándola extraña, pensó en que quizá había recibido una llamada del médico. Prefirió no preguntarle pues si era algo importante, ya se lo haría saber.

—Estaba pensando en que este sábado podríamos ir a dar un paseo.

Tengo el día libre… pensé en lo que dijiste el otro día sobre ir a tomar fotos. Conozco un bonito lugar. ¿Qué dices?

—Sí… —aceptó sin mostrar mucha emoción. Su actitud empezaba a preocuparlo.

—¿Ocurrió algo en el restaurante? ¿Hice algo que te molestó? —inquirió con preocupación.

—No, Jadon. No es nada, es que estoy cansada. Nos vemos luego, ¿de acuerdo? —Se despidió dándole un beso en la mejilla, después ingresó a su edificio y él no tuvo otra opción más que la de ir a su departamento.

La noche pareció ser eterna para Nazli, quien no dejó de pensar en lo que Zenda le había dicho. Si eso era cierto, no imaginaba qué podía haber ocurrido para que Jadon decidiera abandonar a su familia, Después de todo le había dicho que los quería, claramente recordaba que había sufrido cuando se lo contó.

—Deberías preguntárselo, no puedes confiar en esa mujer —le advirtió Didiane en cuanto la escuchó al otro lado de la línea.

—Tengo miedo y si es cierto, ¿qué se supone que debo pensar?

—¿Y si no lo es?

—No sé, eso fue algo que ocurrió hace mucho… quiero decir, no tendría por qué importarme ahora… ¿no?

—Sí, se supone. Escucha, es mejor que se lo preguntes… No quiero verte sufrir —finalizó su amiga, con preocupación y casi anticipando lo que iba a venir.

El fin de semana llegó rápido y a mediodía, Haland apareció frente a la puerta de su departamento, con una cara muy sonriente. La observó con anhelo y se aproximó para besarla. Nazli amaba tenerlo cerca, pero las ideas sobre su cabeza le hacían pensar demasiado, tanto que Jadon seguía percibiendo su distancia. Tuvo que esforzarse demasiado por no decir nada, estaba seguro de que podía hacerla sonreír en el sitio al que iba a llevarla.

—Póntelo. —La miró con añoranza y le extendió un casco pues iban a ir en motocicleta—. Vamos, será divertido.

Lo cogió y se lo puso en cuanto subió a la motocicleta. Después lo abrazó por la cintura y comenzaron a avanzar sobre la acera. La adrenalina le hizo olvidar lo que había estado pensado desde la noche en el restaurante, tanto que cuando llegaron al sitio propuesto por su pareja, pudo disfrutar de cada segundo a su lado.

Estaban frente a un lago rodeados de naturaleza. Jadon le enseñó a lanzar piedras para hacerlas rebotar en el agua. Más tarde se lanzaron al lago y entre risas y chapuzones, el amor volvió a reavivar. La tomó en sus brazos y la besó con pasión, haciéndole saber lo mucho que la quería. En ese momento, ella se arrepintió por haber dudado de su palabra y se animó a disfrutar.

Antes del atardecer, Jadon tomó su cámara y le enseñó a fotografiar, también le pidió posar para capturarla con su réflex y al cabo de unos segundos, ella hizo lo mismo con él. Jadon no quería olvidarla, por lo que había anticipado, quizá iba a ser su último día juntos. No se lo dijo, pero planeaba hacerlo pronto.

—Me divertí mucho —reveló con los brazos alrededor de su cuello.

—Me alegra haberte hecho sonreír. Era algo que necesitábamos después de unos días muy pesados…

—Admito que fue buena idea.

Cuando regresaron a casa en compañía de las luces de las estrellas, ambos pensaron en cuánto habían deseado pasar un día así mientras estaban en confinamiento. Definitivamente había valido la pena y había superado sus expectativas.

—Jadon… el otro día. —Se encontraban en la cocina, en el departamento del fotógrafo, la cena estaba lista pero aún no comenzaban. Él percibió su seriedad y supo que finalmente le iba a hablar sobre aquello que la había estado inquietando—. La noche en el restaurante, ¿la recuerdas? —asintió sin saber qué esperar—. Antes de salir del aseo me encontré con una mujer, ella me dijo que tú… Solo quiero saber qué fue lo que ocurrió en verdad con Sophie…

—¿De qué hablas? —Se esforzó por no inquietarse—. ¿Te encontraste con Zenda? —pronunció su nombre con rencor.

—Dijo que habías abandonado a tu familia… —Jadon no respondió —. ¿Es cierto? —preguntó con miedo.

Pasaron largos segundos sin que él pronunciara palabra alguna. Para Nazli eso fue un rotundo sí.

—¿Por qué?

—Déjalo estar, Naz.

—Estaba embarazada, ¿cierto? Tú dijiste que los querías… —insistió.

—Olvidado. No quiero hablar sobre eso.

—Jadon…

—¡Déjalo estar, maldita sea! —gritó con fastidio—. ¿Qué caso tiene ahora? ¡Han pasado dos putos años! ¿En serio quieres saber? ¿Al igual que ella, piensas que soy el responsable de su muerte? Quizá tú y yo deberíamos terminar. Tal vez sea lo mejor ahora que todavía estamos a tiempo —mencionó con un fuerte dolor en el pecho. Y mirándola a los ojos, comprendió por el modo en el que lo observaba, que había logrado herirla. Le había hecho daño y, aun así, prefirió seguir con ello. No tenía caso seguir postergando lo que ya tenía pensado hacer. Solo quería pasar un último día a su lado y eso ya lo había hecho—. Creí que podíamos estar juntos, en serio lo creí, pero las cosas no han salido bien, has estado distante y yo… No puedo Nazli, no puedo seguir contigo, no puedo seguir fingiendo que esto está bien.

—¿En serio? ¿Lo dices en serio? ¿Qué hay de todo lo que me dijiste, qué hay de los aviones y del romanticismo, que hay de tus promesas durante el confinamiento? ¿Ahora vas a decirme que fue un error, un experimento? —bramó iracunda.

—Es lo mejor. Esto jamás debió haber ocurrido… —habló hiriendo aún más sus sentimientos.

—Jódete, imbécil. —Le propinó una cachetada—. ¿Sabes? No tenías que esforzarte, ni siquiera debiste ser… —iba a decir tierno, romántico, increíble, pero no pudo—. ¡No entiendo por qué tuviste que hacerlo…!

Lebel no dijo nada más, se apresuró a tomar sus cosas y abandonó el departamento haciendo saltar el pestillo tras haber azotado la puerta con tanto dolor. Tuvo que esforzarse para que las lágrimas no corrieran por sus mejillas hasta estar de vuelta en su casa. Esa misma noche, Didiane acudió a su departamento y la vio abatida, con los ojos hinchados y sin ánimos de seguir viviendo.

—Fue cruel. Fue un maldito imbécil. —Lloró con pesar sobre su hombro—. ¿Por qué tuvo que enamorarme? ¿Por qué se esforzó tanto? ¿Por qué…? Si al final iba a pisotear cada uno de mis sentimientos. Eso solo lo hizo peor… ¿Por qué siempre me pasa esto, Didiane? ¿Soy yo el problema?

—No, cariño. No eres tú. Son ellos quienes no saben apreciar lo que tienen. No llores por un imbécil como él. Te mereces a alguien mejor. —La consoló con pequeñas palmaditas sobre la espalda.

—Siempre dices eso…

—Oh, cariño. Te lo digo en serio. ¿Quién necesita a los hombres en pleno siglo XXI? ¿Tú, Nazli? No son lo único bueno que hay en el mundo, hay otras maravillas. Eres más fuerte que esto. No le des el gusto de llorar por él.

—Didiane… —sollozó hasta quedar seca y, aun así, no fue suficiente para sacárselo de la cabeza, mucho menos del corazón. Jadon había conseguido meterse hasta en lo más profundo de su ser, eso era lo que más dolía en una relación.

Cuando se quedó dormida, Didiane aprovechó para acudir al departamento del imbécil que se había atrevido a engañar a su amiga y llamó al interfono hasta que la dejó pasar. Con enfado y las ganas de decirle miles de insultos, tocó su puerta importándole en lo más mínimo si despertaba al resto de los vecinos.

—¿Por qué? —le preguntó al verlo abatido, pero sin la mínima intención de ir a disculparse con Nazli—. ¡Responde! —No resistió y le dio una bofetada cuando aún estaba en el umbral de la puerta. Instintivamente, Jadon se llevó la mano izquierda a la mejilla para disminuir el dolor—. ¿Por qué hacerle daño?

—Es mejor así, tú también deberías dejarlo estar —mencionó sin

ningún tacto—. Es lo mejor para ella.

—¿Lo mejor? Ella te ama. ¿Hacerla sufrir es lo mejor? ¿Cómo te atreves? —No podía aceptar su comportamiento, se negaba a creer que todo había sido parte de una farsa. En el fondo, sabía que había algo más, recordaba que siempre había visto amor cuando estaban juntos. Jamás vio lo contrario.

—Dile que me perdone, que mi intención jamás fue herirla. —Sonó dolido.

—Puedo ver que aún la amas. No te hagas esto y no se lo hagas… ¿Qué ocurrió? —preguntó, esta vez con mayor tranquilidad. Quería comprenderlo y no iba a lograrlo con golpes o gritos.

Lo pensó por largos segundos hasta que ella percibió cómo sus ojos comenzaban a cristalizarse.

—Vete, Didiane —imploró queriendo ocultar sus lágrimas al cerrar la puerta.

Al principio rehusó marcharse, pero sus fuerzas no fueron suficientes como para mantener la puerta abierta. Sin nada más que hacer, volvió al departamento de Nazli, pensando en las posibles razones que tendría para haber decidido romper con su amiga, debían ser muy fuertes como para no querer decirlas.

Didiane no le dijo que había intentado hablar con él, pero ella lo sospechaba. Es decir, hacía lo mismo con todos los cretinos que rompían con ella. De haber logrado averiguar algo, ya se lo habría dicho, así que no hacía más que dar por finalizada su relación. «Una relación más que se va a la mierda», pensó con pena al terminar de darse una ducha, después volvió a la cama sin importarle si debía ingerir algún alimento.

—¿De nuevo a la cama? No, Nazli. Vamos a salir, demos un paseo… —la animó como solía hacerlo cuando su amiga atravesaba una ruptura.

—No me siento con ganas de hacer algo. Gracias, pero deberías ir a casa, Seth te está esperando…

—Vamos, estoy segura de que comprende que me necesitas. Y si quieres echarme, solo debes salir conmigo, un rato… te prometo que después me iré —aseguró sonriéndole levemente. Quería animarla y sacarla de casa por lo menos por unos minutos.

Nazli la miró mientras pensaba en si le decía la verdad. Cuando lo tuvo claro, aceptó salir por algunos minutos. El único sitio al que aceptó ir fue al supermercado, no le quedaba tan lejos e iba a aprovechar para comprar helado y frituras para llorar frente al televisor mientras veía una película romántica. Por supuesto, no iba a decírselo porque estaba segura de que iba a preferir quedarse con ella una noche más.

—Chicas… —habló Marty después de haberlas visto a la lejanía y

sin pensarlo, se acercó para saludar. Se alegraba de verlas, sobre todo a su ex pues no olvidaba lo patético que se había visto al intentar arruinar su relación. Pensaba que podía aprovechar el momento para disculparse. No obstante, su entusiasmo cambió al ver su rostro decaído. Ese mismo rostro lo había visto la noche en la que…—. ¿Estás bien, Nazli? —La miró con preocupación y después vio a Didiane.

—Todo bien… —habló con un nudo en la garganta que intentó disimular.

—Jadon terminó con ella —se anticipó a decir su amiga, quien en ese momento pensó en Marty como un aliado para ayudarla a superar la ruptura.

El médico volvió su mirada hacia Nazli, esta vez con mayor preocupación.

—¿Es cierto eso? —inquirió con odio hacia el fotógrafo.

—Didiane, vámonos… —solicitó llevándose consigo tres botes de helado de chocolate y sin despedirse de Marty, se alejó.

—Nazli, espera. —La detuvo, caminando hacia ella—. Quería disculparme por lo de la otra noche. No quise hacerlo —dijo apenado recordando la pelea y la ceja partida—. Me pasé, fui un imbécil.

—Olvídalo. Ya no tiene caso. La relación se terminó... —Se obligó a no llorar y emprendió el paso.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber, pero Didiane lo apartó de ella.

—Ni él mismo lo sabe. —Hizo referencia a Jadon, pues no había desvelado sus motivos.

20

Al atardecer del día siguiente, Jadon se armó de valor para disculparse y decirle la razón por la que había preferido que su relación llegara al final. Se lamentaba, pero no quería hacerla sufrir más. Era una pena que hubieran pasado por mucho, que hubieran estado conversando durante largo tiempo en el confinamiento y que se hubieran reencontrado después de largos años, algo casi tan digno de una historia romántica. Pero era la vida real y sabía que los finales al estilo Disney, no existían. Jadon no había podido darle el final que había querido. Eso era lo que más le dolía. Sin querer la había hecho sufrir. La amaba y estaba seguro de que sus sentimientos iban a seguir siendo los mismos después de revelarle la verdad. Solo esperaba estar haciendo lo correcto.

A escasos segundos de que se decidiera a tocar a la puerta del departamento. Nazli recibió una llamada del médico. Al principio se lo pensó. Aún se sentía mal, después recordó cuando se acercó para darle un fuerte abrazó antes de abandonar el supermercado, susurrándole al oído que estaba disponible para ella, que aun cuando no estuvieran juntos, podía llorar en sus hombros y llamarlo cuando quisiera. Eso la animó a responder.

—Sé que no me incumbe decírtelo, pero creo que debes hablar con él. Incluso si no está dispuesto a hacerlo —dijo al otro lado de la línea —. Estoy seguro de que te quiere…

—¿Qué quieres decir? —preguntó con desconcierto, sin lograr comprender. Que Marty le dijera eso, era algo que jamás había esperado escuchar salir de su boca. Hacía unas horas lo odiaba, ahora parecía respetarlo.

—Ha estado en el hospital… —reveló deseando estar haciendo lo correcto.

—Sí, dijo que tenía citas…

—Sí, pero…

Jadon tocó a la puerta y Nazli se sobresaltó al escucharlo hablar.

—Naz… Abre. Sé que estás ahí —imploró con dolor.

Marty pudo escucharlo al otro lado de la línea debido al silencio de la mujer.

—Habla con él… —la animó sabiendo lo importante que era—. Te llamo después, Nazli. —Dicho esto, colgó y suplicó porque no sufriera más.

Ella se quebró al escucharlo implorar por perdón. Odiaba que la

hubiera tratado de esa manera, que le hubiera hecho creer que era el amor de su vida para después abandonarla, sin el más mínimo tacto, sin pensar en todo lo que había ocurrido, en las experiencias, las revelaciones y el romance. Se había olvidado de todo eso tan rápido que ni siquiera pensó en el modo en el que se iba a sentir.

—Márchate —suplicó al otro lado de la puerta—. Lo dejaste muy claro.

—Lo lamentó… no era mi… —suspiró con pesadez—. Voy a decirte la verdad… —aseguró con franqueza—. Abre, por favor.

No recibió ninguna respuesta y volvió a intentarlo. Le dolía verla sufrir, se había equivocado, pero quería enmendar el error, quería sincerarse y dejarla decidir. Pensándolo de ese modo, estaba seguro de que había actuado como un verdadero patán, un maldito idiota.

—Escucha… no tengo mucho tiempo, Nazli. Yo voy a… Solo quería despedirme…

Cuando estaba a punto de alejarse, escuchó cómo Nazli abría la puerta. La vio tan bella como siempre, aunque algo dolida por el modo en el que la había tratado. Jadon sufría. En ese momento volvió a sentir el mismo dolor que se había apoderado de él cuando decidió terminar con ella. El amor dolía en la misma intensidad con la que se había amado. Fue entonces cuando supo que sus sentimientos habían sido tan genuinos, que podía romperse en mil pedazos.

—Lo lamento —dijo abrazándola con fuerza mientras por sus mejillas caían lágrimas de dolor—. Lo lamento. —Lloró en su hombro y ella hizo igual.

No lo comprendía, claramente seguía enamorado, pero parecía mantenerse en la misma posición. No estaba ahí para pedirle que volvieran a salir, para proponerle olvidar lo que había ocurrido, ni si quiera para invitarla a algún sitio a modo de reconciliación. Estaba ahí para disculparse y para revelarle algo que Nazli no había llegado a imaginar, algo quizá peor que romper con ella. Algo que podía destrozarla.

Cuando se apartó se tomó su tiempo para contemplarla con sus ojos vidriosos. Quería guardar el recuerdo de sus facciones, el contorno de sus labios y la belleza en sus facciones. Recordó haberla visto sonreír en varias ocasiones, recordó su tacto, su aroma y el timbre angelical de su voz. Pensó en las cartas, en sus pensamientos, su caligrafía, sus dobleces, lo recordó todo durante el confinamiento. Al final, suponía que iba a darle un final al estilo Shakespeare.

Nazli lo contempló con dolor, el brillo en sus ojos se había perdido. Podía percibir que estaba arrepentido, que sufría tanto o más que ella pero que no se animaba a decírselo. Recordó los “te amo”, las tardes en los balcones, las conversaciones profundas y su toque de romanticismo. A su mente vinieron las historias de las que le hablaba,

pensó en sus experiencias y en lo que habían vivido cuando eran niños.

—¿Puedo? —preguntó con la intención de ingresar a su departamento.

Le ponía mal pensar en las últimas veces, en las despedidas, y en muchas ocasiones se convenció de no pensar de ese modo. Pero esa tarde, era la última vez que iba a estar en esa habitación, con ella, con su gran amor.

Le permitió ingresar y ambos tomaron asiento sobre el sofá. Esperó con paciencia hasta que Jadon se animó a decir algo.

—Lo que te dije en las cartas fue cierto, lo que te dijo Zenda tiene algo de cierto… —comenzó a explicar con voz cascada y afligida—. No iba a casarme con Sophie, por lo menos no ese año… Lo conversamos en alguna ocasión, aunque no llegamos a concretar nada. Es cierto que también estaba embarazada y que decidí dejarla… pero no te hablé sobre el motivo por el que abandonó la casa de su hermano. Ella seguía ahí cuando la llamé y le dije que debíamos terminar. Fue lo único en lo que pude pensar después de… ¿Sabes? Quería protegerla del mismo modo en el que lo estoy haciendo contigo. Jamás imaginé lo que iba a pasar después.

—¿De qué la querías proteger? —preguntó con miedo a saber la respuesta.

—Ese día me llamaron del hospital… ¿recuerdas la cicatriz? —asintió intentado atar cabos al relacionarlo con lo que Marty le había querido decir—. Me dijeron que debían operarme. En ese momento pensé en las nulas posibilidades que tenía para sobrevivir. Una operación en el corazón no es sencilla. Ninguna, de hecho… Debes comprender que no quería que sufriera. Le quise ahorrar el lío…

—¿Sophie jamás supo que estabas enfermo?

—No… En realidad, nadie lo supo y tampoco nadie sabía lo que había hablado con ella. Por lo menos eso fue lo que pensé. Días después supe que se lo había contado a Zenda. Ella se lo dijo al hermano de Sophie y a toda su familia. No hizo falta más, para ellos, soy el cretino que terminó con Sophie el día de su muerte.

—¿Por eso perdiste la comunicación con ellos?

Jadon asintió con pena.

—Me arrepiento por las decisiones que tomé… —dijo agachando la cabeza. Podía sentir el palpitar de su corazón sofocándolo por dentro, sobre todo porque aún faltaba decirle lo peor. Era difícil decírselo, no existía un modo de explicárselo sin hacerla sentir fatal.

—Comprendo que no se lo hubieras dicho, no sabías qué iba a ocurrir, pero a mí me lo dijiste… No entiendo por qué insistes en apartarme de tu lado.

—Te amo. Esa es la razón por la que sé que no podemos seguir

juntos —reveló con un nudo en la garganta—. Te mentí cuando te dije que todo estaba bien, cuando te dije que seguía asistiendo al hospital una vez al mes, te mentí porque creí que todo podía mejorar.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con miedo y vio cómo sus hombros empezaban a tensarse, también vio sus lágrimas y lo escuchó llorar con dolor.

—Me diagnosticaron un tumor poco frecuente… de difícil tratamiento, es muy letal… tengo el tiempo limitado… —suspiró con pesadez pues no existía un modo más sutil de decírselo. Es decir, cómo le decías a alguien que estabas…

—¿De qué diablos estás hablando? Dijiste que estabas bien… tú me lo aseguraste… te sometiste a un tratamiento, ¿no lo hiciste? No puede ser cierto… —Nazli sufría más de lo que había estado sufriendo.

—Es un angiosarcoma cardíaco, me sometí a una resección quirúrgica, era una de las pocas opciones… —explicó sin atreverse a mirarla a los ojos—. El tratamiento solo iba a ayudarme a prolongar mi vida, antes de él no iba a pasar de los seis meses… —reveló con arrepentimiento—. Cometí un error al pensar que podía ser un caso excepcional, me había curado, me sentía bien, no tenía molestias… no… no encontré el momento para decírtelo, tú misma pudiste haber elegido… Perdóname. —Nazli no supo qué decir, estaba conmocionada—. Cuando te vi llorando en el hospital me faltaban cinco meses para terminar mi tratamiento. Fuiste tú quien me dio las fuerzas para continuar, para saber que tenía sentido intentarlo porque para ser sincero, ya no quería hacerlo. No hace mucho que me mudé al edificio de enfrente; ya han pasado seis meses de haber terminado el tratamiento…

—Alto —dijo al fin, envuelta en un mar de emociones. Se percibía molesta, preocupada, temerosa, afligida y con cierta decepción—. ¿Me estás diciendo que te acercaste a mí… sabiendo que… tenías… una enfermedad… ter… terminal? —La palabra la aterraba—. Te estás…, Jadon… —Estalló en lágrimas.

Él acudió a ella y la tomó en sus brazos.

—¡Carajo! ¡Carajo! —gritó golpeándolo con fuerza en el pecho. Luego recordó que ahí era en donde estaba el problema y se dejó consolar por él, quien la abrazó con mayor fuerza—. Debe haber… debe haber algo que se pueda hacer… otra operación, medicamentos, quimioterapia… ¡Por Dios, debe haber algo …!

Días después del confinamiento, Jadon había acudido al hospital porque se había sentido mal y los resultados que le dieron después del último análisis, no fueron muy alentadores. Le habían encontrado una metástasis pulmonar. Si no moría por eso, iba a hacerlo por un infarto.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con miedo.

—Días, Naz…

21

Didiane apareció frente a la puerta de su departamento horas después de que Jadon se hubiera ido. Nazli estaba destrozada, se había enamorado perdidamente. Saber que el amor de su vida estaba a días de morir, le provocaba un hueco en el estómago, tan grande, que sentía que se iba a desplomar. Por un lado, sabía que él debía estar pasándolo peor, por el otro, el dolor que sentía era tan fuerte como para hacerla llorar a mares. Él iba a dejarla y ella se iba a quedar en el mundo para verlo partir. No comprendía por qué la vida era así, por qué se empeñaba tanto en tratarlo de la peor manera posible. Según recordaba, Jadon se lo había pasado muy mal en los últimos años. No era justo, simplemente, no lo aceptaba.

—¿No se puede hacer nada? —inquirió Didiane lamentándose por haberlo abofeteado la otra noche en su departamento—. Quiero decir… ¿está seguro de lo que te dijo?

—Sí… se sinceró conmigo. Lo vi en sus ojos, no mentía. Está completamente seguro…

—Vaya mierda… —soltó con pena—. No… no sé qué decirte. Me has tomado desprevenida. La muerte siempre nos toma desprevenidos… Deberías ir con él… —la animó.

—No quiere, no está dispuesto a hacerme pasar por esto…

—Leb, escucha —dijo colocando sus manos sobre sus mejillas, obligándola a que la mirase—. Ustedes se aman, no puedes dejarlo solo, incluso aunque te lo pida e implore por ello. Debe ser horrible saber que vas a morir y no tener a nadie a tu lado. Si te lo ha dicho, lo menos que puedes hacer, es pasar tiempo con él. Ayúdalo a tener un día maravilloso, a hacerle recordar que el amor existe, que vivir en este mundo no es tan malo, hazle saber que lo vas a recordar y que lo vas a amar incluso después de… —Didiane no pudo contener las lágrimas, mucho menos Nazli. Se dieron un abrazo y dejaron que sus emociones se apoderaran de ellas—. Hazlo, Leb. No lo dejes solo.

Esa misma noche, Nazli se presentó en el hogar del fotógrafo. Su amiga la había ayudado a quitarse cualquier indicio de llanto del rostro, y con un fuerte abrazo, la dejó partir.

Se lo pensó por largos segundos antes de tocar a la puerta. No quería que se lo tomara mal, mucho menos quería incomodarlo. A su mente vinieron recuerdos de su primer encuentro. La sonrisa que esbozaba, sus facciones, las ganas que tenía de vivir y disfrutar. Tuvo que obligarse a no llorar. Respiró con profundidad, cerró los ojos y

tocó con suavidad dos veces sobre la puerta de madera, con los nudillos de la mano. Un gesto apenas perceptible, así que volvió a intentarlo, esta vez con mayor fuerza.

Esperó algunos minutos hasta que Jadon le abrió. La había visto por la mirilla, y en su alma dudó si dejarla o no ingresar. Era consciente del dolor que su presencia le provocaba. Se moría de rabia e impotencia por dejarla de ese modo, algo cruel e inhumano. Al final, accedió después de un largo suspiro.

Nada más abrir, sintió como algo se rompía en su interior. No quería irse, no de ese modo, no en tan poco tiempo, no después de haberla encontrado. Quiso golpear algo para quitarse ese dolor que lo lanzaba al abismo y quitarse de encima esa sensación de vacío que tenía cada vez que pensaba en el futuro. En vez de eso, la cogió en sus brazos y la estrechó con fuerza. Aferrándose a ella, haciéndole saber que lo lamentaba, pero que ya no podía hacer nada al respecto.

—Se que me dijiste que no, pero después de todo lo que vivimos… —explicó con aflicción sin apartarse de él—. No puedes simplemente pensar que voy a dejarte así. No puedes apartarme. Yo… no puedo alejarme de ti. Dame… dame la oportunidad de quedarme a tu lado, por favor —imploró.

Jadon rompió a llorar sobre su hombro. Estaba siendo egoísta, lo sabía. Fue ahí cuando recordó a Sophie y pensó en que quizá, Zenda había tenido razón al culparlo de la muerte de su amiga. Esta vez podía elegir entre hacer las cosas bien o repetir la historia.

—No quiero que me tengas lástima —expresó en cuanto se apartó de ella.

—Lo hago porque te amo. —Se obligó a sonreír—. Tal vez no estuvimos juntos durante mucho tiempo, no como sucede con las parejas que se casan y envejecen juntas… pero estoy segura que lo nuestro fue genuino, tan grande como para querer estar a tu lado y apoyarte, pese a tu modo tan peculiar de apartarme del camino.

—Leb… prefiero que me recuerdes como el fotógrafo que te enviaba cartas… No quiero abrumarte más de lo que ya lo he hecho.

—Te amo, ¿no lo has entendido? No se trata de recordarte, se trata de estar contigo.

Sus palabras parecieron esparcirse por todo su ser, haciéndole ver el inmenso corazón que tenía. No parecía estar dispuesta a irse así que la animó a ingresar.

—Tienes un gran corazón, ¿lo sabías?

Ella no aguantó más. Se aproximó con cuidado, como si un movimiento brusco pudiera lastimarlo, colocó las manos sobre su pecho, lo miró con anhelo y después dejó reposar sus manos sobre sus mejillas para besarlo con pausa, atreviéndose a soltar algunas lágrimas. Jadon se dejó llevar, habían pasado algunas horas

separados, pero para él habían parecido siglos.

—Si vamos a hacerlo, quiero que te olvides de las lágrimas, quiero que olvides que voy a morir. Mientras estés conmigo, no pienses en nada más que en lo nuestro. Me sentiría peor sabiendo que estar a mi lado te hace sufrir… Tú lo dijiste, no se trata de recordar…

—Bien. Tampoco quiero que pienses en eso. ¿Oíste? No te sientas culpable. Olvídalo.

Asintió esbozando una sonrisa ligera.

Esa noche, Leb durmió a su lado, abrazándolo con fuerza. Deseando por un momento, despertar del sueño en el que ella y otros tantos se encontraban. Cada uno vivía su duelo durante ese año tan caótico.

A la mañana siguiente, Jadon Haland la sorprendió con un desayuno en la cama. La estuvo contemplando durante largos minutos mientras los rayos del sol apenas iluminaban la habitación. Quería mantener ese recuerdo en el último segundo de su vida. Sonrió y se levantó sin despertarla. Fue a la cocina y se esforzó como lo hubiera hecho en cualquier otro momento.

—Cariño, te hice el desayuno —dijo en un susurro cerca de su oído para despertarla. La recibió con un beso en los labios y el gesto pronto pasó a caricias, jadeos y prendas sobre el piso.

Jadon volvió a la cama cubriendo sus cuerpos desnudos con la sábana. Se fundió en ella con pasión, a su ritmo, dejándose llevar por los movimientos de su novia. Más tarde, con ella sobre su pecho, soltó un suspiro.

—Te voy a echar de menos —afirmó presionando sus labios contra su cabeza—. A ti y a este mundo.

—Cuéntame algo como lo que solías contarme en los balcones. Háblame sobre un libro, sobre tus pensamientos, tus inquietudes… Dime algo —solicitó viendo por última vez la cicatriz que tenía en el pecho. Elevó el rostro hacia él y se perdió en su mirada.

—Creo que nunca te había hablado sobre Siddhartha. Es un libro que me marcó y con el que pasé un buen rato. De esos que puedes leer durante un fin de semana recostado en el césped o recargado sobre el tronco de un árbol, viendo las nubes pasar. Es un libro espiritual. ¿Te das cuenta del valor que le damos al dinero, al trabajo, a cosas banales? Al final, cuando llegas a un punto de tu vida en el que ya no hay retorno, llegas a la conclusión de que nada de eso valía la pena… Cuando algo era demasiado abrumador para mí, solía pensar en el Universo…

—¿En el Universo? —inquirió con interés, evitando las ganas de llorar después de escucharlo hablar con tanta pasión, de un modo en el que probablemente ya no iba a poder hacerlo.

—Sí, pensaba que, comparado con su inmensidad, nosotros éramos nada. Así que no había motivo por el cual preocuparme. Funciona

como esa frase que dice “nadie te mira”, es decir, para el resto no somos más que semejantes, en la mayoría de los casos. No somos tan importantes como para pensar que los demás están al pendiente de cada uno de nuestros movimientos…

Lo que no se detuvo a pensar, fue que él sí era importante para Nazli. Y así, todos debían ser importantes, por lo menos para alguien.

Esa mañana hicieron planes. Salieron a caminar un rato, degustaron de un buen vino, transitaron por las calles montados en la motocicleta y contemplaron el atardecer hasta que la luna iluminó sus rostros.

Al día siguiente acordaron volver a verse, pero fue demasiado para él. Tomó sus cosas y sin despedirse, prefirió mantener en su mente ese último encuentro. Antes del alba, se colocó el casco, llevó su Nikon consigo y emprendió camino hacia el hogar de Félix. Quería asegurarse de hablarle sobre los últimos detalles del libro.

—¿Jadon? —dijo con extrañeza. Verlo a primera hora del día y sin avisar era algo que no esperaba ni en un millón de años.

—Hola, ¿puedo pasar? —preguntó. Llevaba una mochila cargada en la espalda.

—Sí, sí, pasa…

Le contó lo que había ocurrido, desde el encuentro de Nazli con Zenda hasta su reconciliación del día anterior. Procuró ser muy explícito y no dejar ningún detalle al aire. Le dio lo fundamental para finalizar la historia y habló con el escritor sobre sus últimos deseos. A medida que le relataba lo ocurrido, el rostro de Félix denotaba miedo, pesar, furia, tristeza. Como cualquier otra persona que lo hubiera conocido, escuchar todo eso, era como una explosión en el cerebro, un dolor en el corazón.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le recriminó al borde del colapso—. Te estás muriendo… maldita sea. ¡Eres un maldito imbécil! ¡Un…! Joder, ¿por qué…?

—No me hagas pasar por esto otra vez.

—Es que, no puedes venir aquí y soltarme esta bomba, así, como si nada, ¡no puedes! ¡No tú! —Jadon jamás lo había visto en ese estado de arrebato, no imaginó que iba a pesarle tanto como a Nazli.

Félix tuvo que contener sus ganas de golpear algo o lanzar el vaso contra la pared. Prefirió alejarse para intentar procesar lo que le había revelado. Se llevó las manos a la cabeza y después las apretó contra su rostro mientras tomaba asiento en las escaleras que daban hacia el jardín de su casa. Pensaba en los días de confinamiento, en lo mucho que había hablado con él sobre el libro, en su interés por retratar su experiencia y plasmarla sobre papel.

—Cobrón, lo sabías, lo sabías… —dijo aún con las manos húmedas sobre su rostro.

Jadon lo alcanzó más tarde y se sentó a su vera, al principio sin

decir nada. Se limitó a observar a la lejanía. No era fácil para ninguno.

—Lamento venir a decírtelo…

—¿Qué? No te disculpes por estar mu… Solo déjame procesarlo… Quiero decir, agradezco que hayas venido hasta acá para decírmelo. Sé que no vas a ir con Xavier. La situación con su esposa y con Zenda es… bueno, no se lo dirás, ¿cierto?

—Pensé en decírselo, pero… no puedo. Lo aprecio demasiado…

—Puedo llamarlo si quieres, quizá pueda venir.

Lo meditó por largos segundos mientras mantenía la mirada fija en la oscuridad. Se trataba de su amigo, pensó que en ese punto las querellas del pasado carecían de sentido, eso lo animó a cambiar de opinión.

—No es necesario, iré a verlo…

Al cabo de unos minutos, Félix lo abrazó con lágrimas en los ojos y segundos después, se apresuró a ofrecerle otra copa. Según se lo había dicho, era la última noche que iba a verlo.

—¿Le dijiste a Leb que vendrías? ¿Sabe que no piensas volver?

—No. —Tomó el vaso para beber con su amigo.

El escritor pareció perderse en sus pensamientos. Suspiró y nuevamente se sintió sobrecogido por una extraña sensación de vacío. Si así se sentía al saber que iba a perder a un amigo, no imaginaba el dolor que Nazli estaba sintiendo. Pensó en si Jadon se había dado cuenta de eso, en si se lo había pensado dos veces antes de decidir abandonarla de esa manera. Aunque en el fondo, lo comprendía. Debía ser un infierno tener que contárselo a todos y forzarse a apartarse del resto para no causarles más dolor.

Él, que escribía mucho sobre muertes y eventos inesperados, jamás imaginó que así iba a terminar la historia de su colega. Jamás se estaba listo para recibir una noticia de tal calibre.

—Quiero que te asegures de hacérselo llegar… —le recordó lo que durante horas habían estado hablando.

—¿A dónde vas a ir? Quiero decir, después de ir a ver a Xavier.

—¿Sabes? No creí que fuera cierto, pero uno percibe cuando es el último de sus días… No sé si me alcanzará el tiempo para dar una última vuelta, para fotografiar un último atardecer, un anochecer… No sé a dónde voy a ir. Supongo que adonde el destino me lleve.

Se despidieron con un fuerte abrazo y palmadas en la espalda. Ambos, cada uno a su distancia, lidió con el dolor del mismo modo en el que lo hizo Xavier más tarde.

El mundo cambió cuando China informó sobre sus primeros casos registrados de neumonía detectados en Wuhan, confirmando la existencia de un nuevo virus que pronto iba a atemorizar a muchos. El mundo cambió cuando el 11 de marzo la OMS declaró la pandemia a nivel mundial por Covid-19. Y cambió cuando los especialistas y los representantes en cada país, comenzaron a solicitar a la población que debían mantenerse en casa para evitar los contagios masivos. Fueron días difíciles en los que el uso de la tecnología pasó a explotarse al máximo y en los que las debilidades de cada país se hicieron visibles. Cambió porque la humanidad reconoció que el ser humano es el peor virus que tiene la Tierra, y que la naturaleza y el resto de los seres vivos, están mucho mejor sin nosotros. También lo hizo porque fueron meses cargados de emociones. Hubo quienes aprendieron a hacer nuevas cosas y aprovecharon los días de confinamiento para ser más productivos, quienes ayudaron y actuaron como superhéroes o quienes incluso en tiempos difíciles, pudieron enamorarse.

Esto último ocurrió con Jadon y Nazli. Dos románticos que decidieron vivir el amor con tremenda intensidad, hasta el último día de sus vidas. Un amor trágico, casi tan trágico como el de Romeo y Julieta.

Aquella tarde antes de acudir a la residencia de Xavier, Jadon detuvo la motocicleta junto a un páramo. Frente a él se extendían extensos metros de terreno yermo y plano, a la lejanía se divisaban algunas montañas y por encima, una parvada de aves volviendo a sus hogares. Con anterioridad no habría sido una escena en la que le habría encantado estar, pero en ese momento, cualquier lugar le parecía digno de contemplar. Sabía que las manecillas del reloj seguían avanzando y que, con ello, sus posibilidades de continuar con vida se agotaban.

Suspiró y caminó sin prisa, presentía que ya no valía la pena hacerlo. Sin más, se dejó caer sobre la tierra colocando la réflex a su vera. Elevó las rodillas a la altura del pecho y recargó sus brazos sobre ellas, manteniendo la mirada al frente para observar la puesta de sol. Fue en ese momento cuando a su mente vinieron los recuerdos más preciados de su vida. Los evocó con añoranza e ilusión, pensando en lo afortunado que era. Había personas a las que la muerte los tomaba por sorpresa, pero él, por lo menos había tenido el tiempo para intentar asimilarlo.

A medida que el sol se iba ocultando, las lágrimas corrían por sus mejillas. Pese a haber tenido tiempo, lidiar con la muerte no le era para nada fácil. Sumido en sus pensamientos, escuchó por última vez el disparo de su Nikon y en cuestión de segundos, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, seguido de un prolongado suspiro.

Cuando en el cielo no quedó ni rastro del atardecer, se levantó con dificultad y con un ligero dolor en el pecho. Pero hizo caso omiso de él y volvió a su vehículo, poniéndose en marcha hacia la casa de Xavier.

—¿Jadon? ¿Qué haces aquí? Creí que habías dicho que no ibas a volver… ya sabes, por la relación de Zenda y mi esposa… —pronunció su amigo mientras cerraba la puerta de su hogar para evitar que su pareja supiera que el hombre estaba ahí.

—Tenía que hablar contigo…

Su aspecto y el tono cansado de su voz, a Xavier le hizo saber que algo no iba bien. Haland no solía ser así.

—¿Qué ocurre?

—Yo… —suspiró mirando alrededor—. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro… creí que no querrías, sí, pasa…

Xavier lo dirigió hasta la sala y Jadon tomó asiento en uno de los sillones.

—¿Quieres una copa?

Asintió con la cabeza dando una mirada panorámica a la habitación. Desde el día de su boda, no había vuelto a poner un pie en esa casa. Estar ahí le resultaba extraño. Su amigo parecía pasárselo bien, tenía un trabajo estable y ganaba lo suficiente como para darse ciertos lujos.

—Agradezco que estés aquí… Quizá no sea el momento, pero ¡voy a ser papá! —reveló con alegría en cuanto le entregó un vaso con cava. No pudo contener la noticia. Había planeado decírselo la noche del reencuentro, pero la pelea se lo había impedido.

—Enhorabuena… —respondió poniéndose de pie para darle un abrazo sincero, antes de beber el trago—. Serás un buen padre, me alegro, por ti y por tu familia…

—Vamos, no te pongas sentimental. Me alegra que estés aquí, quizá cuando el bebé nazca podrías ser su…

—No… —se apresuró a decir—. Quiero decir, no podré…

—¿Es por mi esposa y su amiga? Vamos, hombre, olvídalo. Pasa página.

—No es eso. Me habría encantado estar presente, pero… —Sintió un tirón más en el pecho—. Hablé con Félix. Perdón porque no he venido hasta ahora, nuestra amistad no debió haberse visto afectada por cosas del pasado…

—Qué dices. Tenías tus razones. Anda, tómate otra copa.

Dicho esto, Xavier tomó su vaso y le dio la espalda para dirigirse a la vitrina en donde había colocado la botella.

—Escucha, yo… —Jadon comenzó a tener dificultades para respirar y supo que ya no tenía caso intentar explicárselo. Con dificultad y debido a la molestia que sentía en el pecho, quiso volver al sofá prefiriendo decirle cuánto lo quería. Se sintió agradecido por morir en manos de alguien y no en soledad como lo había planeado—. Te quiero, Xavier… —alcanzó a decir antes de sentir una punzada descomunal en el pecho que terminó por abatirlo. El sonido de su cuerpo estrellándose contra el suelo, alarmó a su amigo, que dejó caer al piso lo que tenía en las manos para aproximarse a él con rapidez.

—¡Jadon! —gritó dándole palmadas en las mejillas para intentar despertarlo. Segundos después se apresuró a tomarle el pulso, lo percibía muy ligero, casi apagado—. ¡Jadon, joder! —volvió a gritar mientras cogía su teléfono para llamar a una ambulancia.

Sus gritos provocaron la aparición de su pareja, quien, al verlo sobre el suelo, se llevó las manos a la boca. Contempló a Xavier, desesperado por que le cogiesen la llamada.

—¿Qué ocurrió? —inquirió con temor, sin obtener respuestas.

Sin pensarlo, se aproximó a Jadon y colocó sus dedos en la arteria carótida, luego lo hizo en su muñeca y se estremeció al percibir un palpitar muy leve que se detenía por segundos.

—Xavier…

—Ya vienen —respondió con nerviosismo.

—Él…

—No, ¡no, Sam! No puede. ¡Maldición, Jadon! ¡Noooo! —gritó aproximándose a su amigo y sin perder oportunidad, intentó reanimarlo presionando rítmicamente las manos contra su pecho. Una y otra vez, una y otra vez, incrementando en cada segundo su miedo a perderlo. Para cuando se dio cuenta, las lágrimas corrían por sus mejillas haciéndole saber que quizá, había llegado la hora de dejarlo partir. Con ese pensamiento en mente, lo cogió en sus brazos y lloró como nunca lo había hecho en la vida.

* * *

Cuando Nazli recibió la llamada sintió como su corazón se partía en pedazos tan pequeños que pensaba iba a ser imposible volver a unirlos. Después de la conversación que habían tenido la otra tarde, comprendió que seguía pensando en apartarse, aunque no imaginó que se iba a alejar sin despedirse. Al principio le dolió, después pensó en él y en su última voluntad. Si esa era la única manera en la que podía apoyarlo, la aceptaba, aunque eso significara no volver a verlo. A veces, alejarse también era un acto de amor.

—¿Que él ha qué…? —preguntó antes de caer de rodillas sobre el piso de su habitación.

Marty le había informado que Jadon había sufrido un paro cardíaco y que había ingresado al hospital con urgencia. Los paramédicos habían hecho lo posible por reanimarlo, llegando al hospital con pocas esperanzas. Una vez dentro, el esfuerzo de los doctores fue en vano, su corazón dejó de latir.

—Le he pedido a Didiane que vaya a por ti. Espérala… Xavier está aquí, su otro amigo viene en camino —finalizó con pesar.

Cuando Nazli lo vio recostado sobre la camilla del hospital, lloró hasta casi perder el conocimiento y se aferró a él como si con aquello pudiera hacerlo volver a la vida. Sufrió como nunca antes lo había hecho y quiso con todas sus fuerzas, regresar en el tiempo para hacerle saber cuánto lo amaba. Deseó volver al día en el que le había enviado el primer avión y disfrutar al máximo el tiempo a su lado.

Recordó el destello en sus ojos, cuando le hablaba al oído y la hacía estremecer con su voz. Cuando hicieron el amor por primera vez y cuando en un acto de magia, le pidió que fuera su novia. También recordó con pesar la ocasión en la que se enfrentó a golpes con Marty. Ni hablar de sus celos injustificados. Evocó imágenes de cuando, sentados en el mismo sofá, leían con bastante interés los capítulos que Félix había escrito sobre su historia de amor. Al final de muchos de ellos, siempre terminaban abrazados. Todo eso la hizo llorar con más fuerza.

—No, Jadon —gritó al verlo sin vida—. ¿Qué queda de tus planes? Lo íbamos a superar juntos..., cariño… —sollozó aferrándose a él—. No puede ser verdad que te has ido, no puede ser…

Didiane acudió a su encuentro. La abrazó y la reconfortó.

Nazli no quería olvidarlo porque si lo hacía, entonces también iba a hacerlo todo el mundo. Él se había quedado sin familia. Solo ella, Félix y Xavier iban a recordarlo. Pero para ser sincera, tenía miedo de que nadie en el mundo supiera que Jadon había existido. Él había sido una persona increíble que no se merecía un final así.

Lo peor fue durante el funeral, pues no pudo contenerse. Lo sepultaron junto a su familia y en compañía de sus allegados, se celebró una despedida que la conmovió bastante. El tiempo que había estado a su lado fue único. No aceptaba que hubiera terminado así. Apenas unos días atrás, había sido un hombre con vida, quería comerse el mundo, tenía anhelos, ilusiones, planes.

—Se ha ido, Didiane… Jadon se fue. —Lloró sobre el hombro de su amiga antes de lanzar a la tumba la carta de corazones y la rosa que había jurado mantener consigo. Conservó los aviones y la fotografía que le había regalado, aún no se sentía preparada para dejarlos ir—. Se fue…

Didiane lloró a su lado. La comprendía. No hacía falta un año o más para encariñarse con alguien. Nazli había perdido a una persona muy importante, a alguien que había dejado huella en su vida.

* * *

Una tarde, sentada en el balcón, aún con el pesar de lo acontecido, la sorprendió el sonido de un dron que se acercaba a ella. Conmocionada, comenzó a mirar en todas las direcciones en busca de Jadon Haland, casi creyendo que todo había sido parte de una ilusión. Sintió un nudo en el estómago y otro más en la garganta, todo su cuerpo se estremeció. Parecía estar viviendo un *déjà vu*. Se preguntó si era parte de una broma o si alguien más había querido hacerle pasar un mal momento.

Con miedo y aflicción, se animó a coger el avión de papel que estaba atado en el dron. Después, lo siguió con la mirada para saber a dónde se dirigía hasta que, por debajo de ella, vio a Félix indicándole con señas que iba a volver más tarde, mientras se tomaba su tiempo para procesar lo que había ocurrido.

En una de las alas del avión que sostenía con mucho cariño en sus manos, decía: LÉEME.

Claramente era la caligrafía de Jadon, y con un dolor descomunal en el pecho, recordó su talante y lo que le había dicho la última noche que estuvo en su departamento.

—Siempre fuiste el amor de mi vida, perdóname por no poderte dar un final al estilo Disney —se lamentó con dolor—. Te di un amor trágico, algo que muy pocas veces se ve en la literatura y muchas en la vida real.

—Nunca, nadie fue tan romántico conmigo.

—Adiós, amor. Te enviaré un avión desde el cielo.

Definitivamente, había cumplido su promesa y había cambiado el mundo de Nazli. Indirectamente le había hablado sobre un amor imposible, sobre la importancia de atreverse a ser romántico en un mundo en donde mucho de eso ya se había perdido. Le hizo darse cuenta de que, incluso, aunque no estuviera a su lado, iba a amarla. También comprendió, que en la vida existían personas que estaban destinadas a amarse con mucha intensidad, pero que no necesariamente iban a pertenecerse.

Entre lágrimas y con el recuerdo de su voz, todavía vivo en su mente, desdobló el avión con miedo a romperlo. Tampoco quería apresurarse, después de todo, era la última carta que le había escrito, y el último recuerdo que tendría de Jadon Haland, el fotógrafo más romántico que había conocido.

9:00 p.m.

3/06/20

Atlacomulco, México.

ACERCA DE LA AUTORA

Patsy García (México, 1994) es escritora y profesora. Tras el seudónimo de Gi Maelys, es autora de thrillers de suspense, novelas policíacas y romance que, ante todo, narran la singularidad en las personas, en el mundo y en todo aquello que falsamente se ha idealizado como "normal".

Agradecida de descubrir lo que en realidad le apasiona, algo que ama y quiere compartir, porque a las palabras no se las lleva el viento, son un legado que quiere conservar.

Comenzó en Facebook y Wattpad con novelas romance y juvenil.

SOBRE LA OBRA

Aviones de papel surgió en marzo de 2020 después de observar lo que estaba ocurriendo en el mundo. Fue un modo de registrar lo que sucedía. La autora pensaba en una historia romántica con dos personajes que mantuvieran comunicación en los balcones. Con todos confinados, observando a través de la ventana, no fue complicado imaginarlo.

Fue también ideal para hablar sobre temas del momento, sobre la tecnología, el romance, historias, libros, series, películas y noticias que la autora recordaba al escribir. Aviones de papel fue el pretexto para inmortalizar parte de lo que se vivió durante la pandemia, una especie de proyecto personal que a medida que iba escribiendo, supo debía compartirse con el mundo.

Cada uno lo vivió a su modo, aquí solo se recopiló de un modo romántico, algo surreal, con un poco de historia y un toque de ficción.

El proceso de escritura le permitió a la autora empatizar con los personajes de un modo singular. Convirtiéndose en una historia elaborada por los mismos personajes. Esta es la historia de Jadon Haland.

* * *

Si te ha gustado hazlo saber a través de estas redes o en el sitio en donde lo compraste.

Contacto: gimaelyswriter@gmail.com
Página web: www.gimaelys.com
Twitter: @kanade_drew
IG: gmwords

Serie crimen y misterio (Caden)

- Buenas Noches Querida
- Grulla
- Hotel Ephemeral
- El sendero de la muerte

Serie policíaca (Allan Franco)

- El Truco Final

Romance

- Fake
- Un amor para Evan

Gracias por darme la oportunidad de llegar a ti.
Con cariño,
Gi Maelys